

BIBLIOTECA UNIVERSAL



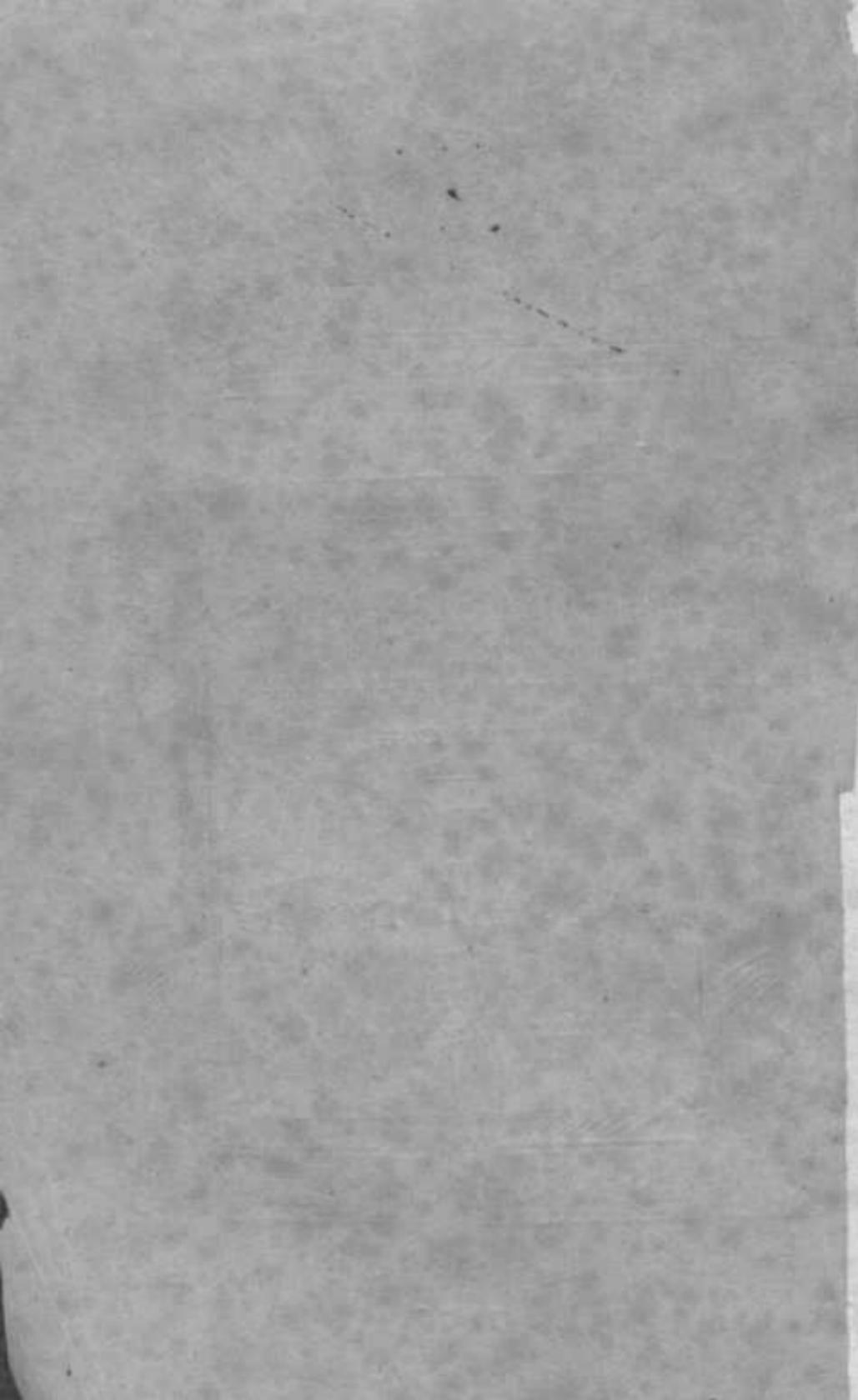
COLECCION
DE LOS
MEJORES AUTORES
ANTIGUOS Y MODERNOS
NACIONALES Y EXTRANJEROS.
TOMO XXXI.

OBRAS
DE
SANTA TERESA.

MADRID.
DIRECCION Y ADMINISTRACION,
Leganitos, núm. 16, 2.º

50 céntimos de peseta (2 rs.) en toda España.

1877.



Diusto
A

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

T. 160143 C. 1202476

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF TORONTO

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS,
NACIONALES Y EXTRANJEROS.

TOMO XXXI.

OBRAS DE SANTA TERESA.

Conceptos del amor de Dios. — Exclamaciones.
Cartas. — Poesías.

MADRID.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,
calle de Leganitos, 18, 2.º

1877.

BIBLIOTECA UNIVERSAL

COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ESPAÑESES Y EXTRANJEROS

NACIONALES Y EXTRANJEROS

TOMO XXXI

OBRA DE SANTA TERESA

Consejo de la Real Academia de las Ciencias y Letras de España.
Madrid.—P. de la

Madrid, 1877.—IMP., EST. Y GALV. DE ARIBAU Y C.^{as},
SUCCESORES DE RIVADENEYRA
IMPRESORES DE CAMARA DE S. M.,
calle del Duque de Osuna, número 3.



R. 126604

CONCEPTOS
DEL AMOR DE DIOS,

escritos

por la Santa Madre Teresa de Jesus,
sobre algunas palabras de los Cantares de Salomon.

PRÓLOGO

que á los religiosos y religiosas carmelitas descalzos dirige Fr. Jerónimo Gracian de la Madre de Dios.

Por cuatro razones las personas espirituales suelen escribir los buenos conceptos, pensamientos, deseos, visiones, revelaciones, y otras interiores mercedes que Dios les comunica en la oracion. La primera porque *cantan eternamente las misericordias del Señor*, dejándolas escritas, para que se lean y sepan en los siglos venideros, á fin que este Señor sea más glorificado y ensalzado. La segunda, porque teniendo los escritos, los tornan á traer á la memoria cuando quisieren refrescar su espíritu, y esta escritura les causa más provecho, devocion, oracion y fervor que otros libros, por la cual causa los antiguos

padres del yermo traian siempre consigo estos sus conceptos de oracion, ó algunos nombres de ellos, que llamaban *Nómina*. La tercera, porque la caridad les fuerza á no esconder la luz y talentos recibidos en la oracion, *sino ponellas sobre el candelero*, para alumbrar otras almas, especialmente de sus súbditos. La cuarta, porque sus superiores mandaron las escribiesen; y aunque por humildad los quisieran callar, la obediencia las fuerza á manifestarlos.

Por estas causas escribió la gloriosa Santa Hildegardis, abadesa de un convento de Benitas en la Alemania Alta, muchos libros de sus conceptos y revelaciones. Y esta doctrina y libros aprueban los Papas Eugenio III, Anastasio IV, Adriano IV y el glorioso San Bernardo, como se colige de sus Epístolas escritas á la misma gloriosa santa. Y los Papas Bonifacio IX, Martino V, el Cardenal Turrecremata y otros gravísimos autores dicen lo mismo de lo que escribió Santa Brígida, como se lee en las Bulas de su canonizacion y en el prólogo del libro de sus revelaciones. En tiempo del mismo Papa Eugenio, en la diócesis de Tréveris, en un monasterio llamado Sco-

naugia, hubo una gran sierva de Dios, llamada Isabel, que el año de 1132 le mandó su abad, llamado Hildelino, que dijese todas sus revelaciones y los conceptos de su oracion al abad Egberto; para que las escribiese; el cual abad Egberto escribió de ellas un libro muy provechoso para las almas, muy agradable al Papa y á toda la Iglesia. Y segun escribe Jacobo Fabro en una carta á Machiardo, canónigo de Moguncia, y á otros sus amigos, que se halla al principio del libro intitulado: *Libro de los tres varones y tres virgenes espirituales*, beato Renano loa y engrandece mucho lo que escribió la gloriosa Santa Matildis, así de sus éxtasis y revelaciones, como de otras espirituales mercedes que de Dios recibió. Fué esta Santa alemana, de la Orden de San Bernardo, en un monasterio cabe del Rhin, cerca de Flándes. Pudiera decir de otras muchas; pero basta lo que el Papa Pio II escribe de la vida y doctrina de la gloriosa Santa Catalina de Sena, á la cual fray Raimundo de Cápua, su confesor y otros Prelados, mandaron escribiese lo que le pasaba en la oracion, de que quedaron libros de gran provecho.

Esto mismo acaeció á la Venerable Madre TERESA DE JESUS, que (obedeciendo á sus confesores y prelado) para *cantar eternamente las misericordias del Señor*, como trae por blason, *Misericordias Domini in aeternum cantabo*, y para provecho de su alma y de las de sus hijas, ha escrito libros de lo que ha recibido en el espíritu, que han hecho, hacen y harán mucho fruto en la Iglesia de Dios, como se colige de la Bula del Papa Sixto V, en que confirma sus *Constituciones*, y de los remisoriales y rótulos que el Papa Paulo V ha enviado para hacer los procesos de su canonización.

Entre otros libros que escribió, era uno de divinos conceptos y altísimos pensamientos del amor de Dios y de la oración, y otras virtudes heroicas, en que se declaraban muchas palabras de los cantares de Salomon, el cual libro, como pareciese á un su confesor cosa nueva y peligrosa, que mujer escribiese sobre los cantares, se le mandó quemar, movido con celo, de que (como dice San Pablo) *callen las mujeres en la iglesia de Dios*; como quien dice, no prediquen en púlpitos, ni lean en cátedras, ni impriman libros. Y el sentido de la Sagra-

da Escritura (principalmente de los cantares de Salomon) es tan grave, profundo y dificultoso, que los muy grandes letrados tienen bien que hacer para entender de él alguna cosa, cuanto más mujeres. Y como en aquel tiempo que le escribió hacia gran daño la herejía de Lutero, que abrió puerta á que mujeres y hombres idiotas leyesen y explicasen las divinas letras, por la cual han entrado innumerables almas á la herejía y condenándose al infierno, parecióle que le quemase. Y así, al punto que este padre se lo mandó, ella echó el libro en el fuego, ejercitando sus dos tan heroicas virtudes de la humildad y obediencia.

Bien creo yo que si este confesor hubiera leído con atencion todo el libro, y considerado la doctrina tan importante que tenía, y que no era declaracion sobre los Cantares, sino conceptos de espíritu que Dios le daba, encerrados en algunas palabras de los cantares, no se lo hubiera mandado quemar. Porque así como cuando un señor da á su amigo un preciosísimo licor, se le da guardado en vaso riquísimo, así cuando Dios da á las almas tan suave licor como el espíritu le encierra, las más veces,

en palabras de la Sagrada Escritura, que es el vaso que viene bien para la guarda de tal licor. Por lo cual decia David: *Confesaréte, Señor, en los vasos del Salmo*. Llamando vasos á las palabras del Salterio.

Permitió el Divino Maestro que una monja trasladó del principio de este libro unas pocas hojas de papel, que andan escritas á mano y han llegado á mis manos, con otros muchos conceptos espirituales que tengo en cartas, que me envió escritas de su mano la misma venerable Madre, y muchos que supe de su boca en todo el tiempo que la traté, como su confesor y prelado, que fueron algunos años, de que pudiera hacer un gran libro; mas conténtome ahora con hacer imprimir estos pocos *Conceptos del amor de Dios*, que espero le encenderán en los corazones de quien los leyere, lo cual haga nuestro Señor como yo deseo y rogaré.

✠ JHS. MA.

Esta es una consideracion de Teressa de Jesus: no e hallado en ella cossa que me offenda. Fr. Domingo Bañes.

Viendo yo las misericórdias que nuestro Señor hace con las almas que tray á estos monesterios que Su Majestad ha sido servido que se funden de la primera regla de Nuestra Señora del Monte Carmelo, que á algunas en particular son tantas las mercedes que nuestro Señor les hace, que solas á las almas que entendieren las necesidades que tienen de quien les declare algunas cosas de lo que pasa entre el alma y Nuestro Señor, podrá ver el trabajo que se pasa en no tener claridad. Habiéndome á mí el Señor de algunos años acá dado un regalo grande, cada vez que oyo ó leo algunas palabras de los Cantares de Salomon, en tanto extremo que sin entender la claridad del latin en romance, me recogia más y movia mi alma que los libros muy devotos que entiendo, y esto es cuasi ordinario, y aunque me declaraban, el ro-

mance tampoco le entendia más.
. que sin
entenderlo mi. apartar mi
alma de sí. Há como dos años que me da el
Señor para mi propósito á entender algo
del sentido de algunas palabras, y paré-
ceme serán para consolacion de las her-
manas, que nuestro Señor lleva para este
camino y áun para la mia, que algunas
veces da el Señor tanto á entender que yo
deseaba no se me olvidase, mas no osaba
poner cosa por escrito. Ahora, con parecer
de personas á quien yo estoy obligada á
obedecer, escribiré alguna cosa de lo que
el Señor me da á entender que se encier-
ran en palabras, de que mi alma gusta
para este camino de la oracion, por donde
(como he dicho) el Señor lleva á estas her-
manas destes monesterios y las mias. Si
fuere para que lo veais tomaréis este pobre
donecito, de quien os desea todos los del
Espíritu Santo, como á sí mesma, en cuyo
nombre yo lo comienzo. Si algo acertare
no será de mí. Plega á la divina Majestad
acierte.

CONCEPTOS DEL AMOR DE DIOS

SORRE ALGUNAS PALABRAS

DE LOS CANTARES DE SALOMON.

CAPÍTULO PRIMERO.

En que se trata la dificultad que hay en entender el sentido de las divinas letras, principalmente de los Cantares; y que algunas palabras de ellos (aunque parecen bajas, humildes y ajenas de la boca purísima de Dios, y de su Esposa) contienen santísimos misterios y altísimos conceptos.

Bésemel Señor con el beso de su boca, porque más valen tus pechos, que el vino, etc.

He notado mucho, que parece que el alma está, á lo que aquí da á entender, hablando con una persona, y pide la paz de otra. Porque dice — *Bésemel con el beso de su boca.* Y luégo parece que está diciendo á con quien está — *Mejores son tus pechos.* Esto no entiendo como es, y no entenderlo me hace gran regalo; porque verdaderamente, hijas, no ha de mirar el alma tanto, ni la hacen mirar tanto, ni la hacen tener respeto á su Dios las cosas que acá parece podemos alcanzar con nuestros entendimientos tan bajos, como las que en ningun-

na manera se pueden entender. Y así os encomiendo mucho que cuando leyéredes algún libro, y oyéredes sermón ú pensáredes en los misterios de nuestra sagrada fe, que lo que buenamente no pudiéredes entender, no os canseis, ni gasteis el pensamiento en adelgazarlo: no es para mujeres, ni áun para hombres muchas cosas.

Quando el Señor quiere darlo á entender, su Majestad lo hace sin trabajo nuestro. A mujeres dijo esto, y á los hombres, que no han de sustentar con sus letras la verdad; que á los que el Señor tiene para declarárnoslas á nosotras, ya se entiende que lo han de trabajar, y lo que en ello ganan: mas nosotras con llaneza tomar lo que el Señor nos diere, y lo que no, no nos cansar, sino alegrarnos, considerando que tan gran Dios y Señor tenemos, que una palabra suya terná en sí mil misterios, y así su principio no entendemos nosotras. Así si estuviera en latin, ú en hebraico ú griego, no era maravilla; mas en nuestro romance, ¿qué de cosas hay en los salmos del glorioso rey David, que quando nos declaran el romance solo, tan oscuro se nos queda como el latin? Así que siempre os guardad de gastar el pensamiento con estas cosas, ni cansaros, que mujeres no han menester mas que para su entendimiento bastare: con esto nos hará

Dios merced. Cuando su Majestad quisiere dárnoslo sin cuidado ni trabajo nuestro lo hallaremos sabido: en lo demas humillarnos y, como he dicho, alegrarnos, que tengamos tal Señor, que aún palabras suyas dichas en romance nuestro no se pueden entender. Pareceros há que hay algunas en estos Cánticos, que se pudieran decir por otro estilo. Segun es nuestra torpeza, no me espantaria; he oido á algunas personas decir, que ántes hufan de oírlas. ¡Oh, vá-lame Dios, qué gran miseria es la nuestra! Que como las cosas emponzoñasas, que cuanto comen se vuelve en ponzoña; así nos acaece, que de mercedes tan grandes como aquí nos hace el Señor en dar á entender lo que tiene el alma que le ama, y animarla para que pueda hablar y regalar-se con su Majestad, hemos de sacar miedos y dar sentidos, conforme al poco sentido del amor de Dios que se tiene. ¡Oh Señor mio, que de todos los bienes que nos hecistes nos aprovechamos mal! Vuestra Majestad, buscando modos y maneras y invenciones para mostrar el amor que nos tenéis, nosotros, como mal experimentados en amaros á Vos, tenémoslo en tan poco que de mal ejercitados en esto vanse los pensamientos á donde están siempre; y dejan de pensar los grandes misterios, que este lenguaje encierra en sí, dicho por el

Espíritu Santo. ¿Qué más era menester para encendernos en amor suyo, y pensar que tomó este estilo no sin gran causa? Por cierto que me acuerdo oír á un religioso un sermón harto admirable, y fué lo mas dél declarando destes regalos que la Esposa trataba con Dios, y hubo tanta risa y fué tan mal tomado lo que dijo, porque hablaba de amor, siendo sermón del Mandato que es para no tratar otra cosa, que yo estaba espantada. Y veo claro, que es lo que yo tengo dicho, ejercitarnos tan mal en el amor de Dios, que no nos parece posible tratar un alma así con Dios. Mas algunas personas conozco yo, que así como estotras no sacaban bien, porque cierto no lo entendían, ni creo pensaban sino ser dicho de su cabeza, estotras han sacado tan gran bien, tan gran regalo, tanta seguridad de temores, que tenían que hacer particulares alabanzas á nuestro Señor muchas veces, que dejó remedio tan saludable para las almas, que con hirviente amor le aman, que entiendan y vean que es posible humillarse Dios á tanto; que si no tuvieran desto experiencia, no dejarán de temer. Y sé de alguna que estuvo hartos años con muchos temores, y no hubo cosa que la haya asegurado, sino que fué el Señor servido oyese algunas cosas de los Cánticos, y en ellas entendió ir bien

guiada su alma. Porque, como he dicho, conoció que es posible pasar el alma enamorada por su esposo todos esos regalos y desmayos y muertes y aflicciones y deleites y gozos con Él, despues que ha dejado todos los del mundo por su amor y está del todo puesta y dejada en sus manos: esto no de palabra como acaece en algunos, sino con toda verdad confirmada por obras. ¡Oh hijas mias, que es Dios muy buen pagador, y teneis un Señor, y Esposo que no se le pasa nada sin que lo entienda y lo vea! y así, aunque sean cosas muy pequeñas, no dejeis de hacer por su amor lo que pudiéredes. Su Majestad las pagará: no mira sino el amor con que las hicierdes. Pues concluyo en esto, que jamas en cosa que no entendais de la Sagrada Escritura, ni de los misterios de nuestra fe, os detengais más de como he dicho, ni de palabras encarecidas, que en ella oyais que pasa Dios con el alma, no os espanteis. El amor que nos tuvo y tiene, me espanta á mí más y me desatina, siendo lo que somos; que tiniéndole ya entiendo que no hay encarecimiento de palabras con que nos le muestre, que no le haya mostrado más con obras. Sino, cuando llegueis aquí, os ruego que os detengais un poco, pensando en lo que nos ha mostrado, y lo que ha hecho por nosotras, viendo



claro, que amor tan poderoso y fuerte que tanto le hace padecer, ¿ con qué palabras se pueda mostrar que nos espanten? Pues tornando á lo que comencé decir, grandes cosas debe haber y misterios en estas palabras, pues cosa de tanto valor, que me han dicho letrados, rogándoles yo que me declaren lo que quiere decir en ella el Espíritu Santo, y el verdadero sentido de ellos, dicen, que los doctores escribieron muchas exposiciones, y que aún no acaban de darle. Parecerá demasiada soberbia la mia, siendo esto así, quereros yo declarar algo; y no es mi intento, por poco humilde que soy, pensar que atinaré á la verdad. Lo que pretendo es que así que yo me regalo en lo que el Señor me da á entender, cuando algo dellos oyo, que deciros lo por ventura os consolará como á mí; y si no fuere á propósito de lo que quiere decir, tómolo yo á mi propósito, que no sabiendo de lo que tiene la Iglesia, y los santos, que para esto primero lo examinarán bien letrados que lo entiendan, que los veais vosotras, licencia nos da el Señor, á lo que pienso, como nos los da, para que pensando en la sagrada Pasion, pensemos muchas más cosas de fatigas y tormentos, que allí debia de padecer el Señor, de que los Evangelistas escriben; y no yendo con curiosidad; como dije al principio, sino

tomando lo que su Majestad nos diere á entender, tengo por cierto no le pesa que nos consolemos y deleitemos en sus palabras y obras; cómo se holgaria y gustaria el Rey, si á un pastorcillo amase y le cayese en gracia, y le viese embobado mirando el brocado, y pensando qué es aquello y cómo se hizo; que tampoco no hemos de quedar las mujeres tan fuera de gozar las riquezas del Señor: de disputarlas y enseñarlas, pareciendo les aciertan, sin que lo muestren á letrados, esto sí. Así, que ni yo pienso acertar en lo que escribo (bien lo sabe el Señor), sino como este pastorcillo que he dicho. Consuélame, como á hijas mías, deciros mis meditaciones, y serán con hartas boberías. Y así comienzo con el favor deste divino Rey mio, y con licencia del que me confiesá. Plega á Él, que como ha querido que atine en otras cosas que os he dicho (ó su Majestad por mí quizá, por ser para vosotras), atine en éstas, y si no, doy por bien empleado el tiempo que ocupare en escribir, y tratar con mi pensamiento tan divina materia, que no la merecia yo oír.

Paréceme á mí en esto que dije al principio, habla con tercera persona, y es la misma que da á entender, que hay en Cristo dos naturalezas, una divina y otra humana. En esto no me detengo, porque

mi intento es hablar en lo que me parece podemos aprovecharnos los que tratamos de oracion; aunque todo aprovecha para animar y admirar un alma, que con ardiente deseo ama á el Señor. Bien sabe su Majestad que aunque algunas veces he oido exposicion de algunas palabras destas, y me la han dicho, pidiéndolo yo, son pocas, que poco ni mucho no se me acuerda, porque tengo muy mala memoria; y así no podré decir sino lo que el Señor me enseñare; y fuere á mí propósito, y deste principio jamas he oido cosa que me acuerde.

Béseme con beso de su boca. ¡ Oh Señor mio y Dios mio, y qué palabras son éstas, para que las diga un gusano á su Criador! ¡ Bendito seais Vos, Señor, que por tantas maneras nos habeis enseñado! ¿ Mas quién osará, Rey mio, decir esta palabra, si no fuera con vuestra licencia? Es cosa que espanta, y así espantará decir yo que la diga nadie. Dirán que soy una necia, que no quiere decir esto, que tiene muchas significaciones, que está claro, que no habíamos de decir esta palabra á Dios, que por eso es bien estas cosas no las lean gente simple. Yo lo confieso que tiene muchos entendimientos: mas el alma que está abrasada de amor que la desatina, no quiere ninguno, sino decir estas palabras, si que no se lo quita el Señor. ¡ Válame Dios! ¿ Qué

nos espanta? ¿No es de admirar mas la obra? ¿No nos llegamos al Santísimo Sacramento? Y áun pensaba yo, si pedia la Esposa esta merced que Cristo despues nos hizo. Tambien he pensado, si pedia aquel ayuntamiento tan grande, como fué hacerse Dios hombre, aquella amistad que hizo con el género humano; porque claro está que el beso es señal de paz y amistad grande entre dos personas: cuantas maneras hay de paz el Señor ayude á que lo entendamos.

Una cosa quiero decir ántes que vaya adelante, y á mi parecer de notar, aunque viniera mejor á otro tiempo; mas para que nó se nos olvide, que tengo por cierto habia muchas personas que se llegan al Santísimo Sacramento (y plega al Señor yo mienta) con pecados mortales graves; y si oyesen á un alma muerta por amor de su Dios decir estas palabras, se espantarian y lo ternian por gran atrevimiento. Al ménos, estoy yo segura que no lo dirán ellos porque estas palabras y otras semejantes que están en los Cantares, dícelas el amor, y como no le tienen, bien pueden leer los Cantares cada dia y no se ejercitar en ellas, ni áun las osarán tomar en la boca, que verdaderamente áun oirlas hace temor, porque trayn gran majestad consigo. Harta trayis vos, Señor mio, en el Santísimo

Sacramento, sino como no tienen fe viva, sino muerta, estos tales ven os tan humilde bajo especies de pan, no les hablais nada, porque no lo merecen ellos oír, y así atreven tanto.

Ansí que estas palabras verdaderamente pornian temor en sí, si estuviesen en sí quien las dice, tomada sola la letra; mas á quien vuestro amor, Señor, ha sacado de sí, bien perdonaréis de eso y más, aunque sea atrevimiento. ¿Y, Señor mio, si significa paz y amistad, por qué no os pedirán las almas la tengais con ellas? ¿Qué mejor cosa podemos pedir que lo que yo os pido, Señor, que me deis paz *con beso de vuestra boca*. Esta, hijas, es altísima petición, como despues os diré.

CAPÍTULO II.

De las nueve maneras que hay de paz falsa, amor imperfecto y oración engañosa. Es doctrina de mucha importancia para entender el verdadero amor y para examinarse las almas y saber las faltas que las estorban de caminar á la perfeccion que desean.

Dios os libre de muchas maneras de paz que tienen los mundanos: nunca Dios nos la deje probar, que es para guerra perpétua. Cuando uno de los del mundo anda muy quieto metido en grandes pecados, y tan sosegado en sus vicios, que de nada le remuerde la conciencia. Esta paz ya habeis

leido, que es señal que el demonio y él están amigos, y mientras vive, no le quiere dar guerra, porque segun son malos por huir della, y no por amor de Dios, se tornarían algo á Él; mas los que van por aquí nunca duran en servirle, luégo como el demonio lo entiende, tórnales á dar gusto á su placer, y tórnanse á su amistad, hasta que los tiene adonde les da á entender cuán falsa era su paz. En éstos no hay que hablar, allá se lo hayan, que yo os espero en el Señor, no se hallará entre vosotras tanto mal. Aunque podia el demonio comenzar por otra paz en cosas pocas, y siempre, hijas, mientras vivimos nos hemos de temer. Cuando la religiosa comienza á relajarse en unas cosas, que en sí parecen poco, y perseverando en ellas mucho, no les remuerda la conciencia, es mala paz, y de aquí puede el demonio traerla muy malísima. Así como es el quebrantamiento de constitucion, que en sí no es pecado, y no andar con cuidado en lo que manda el perlado, aunque no con malicia, porque en fin está en lugar de Dios, y es bien siempre que á eso venimos andar mirando lo que quiere, cosillas muchas que se ofrecen, que en sí no parecen pecado, y en fin, hay faltas y hálas de haber, que somos miserables no digo yo que no, lo que digo es que sientan cuando se hacen

y entiendan que faltaron; porque si no, como digo, deste se puede el demonio alegrar, y poco á poco ir haciendo insensible al alma de estas cosillas. Y os digo, hijas, que cuando eso llegáre á alcanzar que no tenga poco, porque temo pasará adelante: por eso miraos mucho por amor de Dios: guerra ha de haber en esta vida, porque con tantos enemigos no es posible dejarnos estar mano sobre mano, sino que siempre ha de haber cuidado y traerle de cómo andamos en lo interior y exterior. Yo os digo que ya que en la oracion os haga el Señor mercedes y os dé lo que despues diré, que salidas de allí no os falten mil estropecillos y mil ocasioncillas, quebrantar con descuido lo uno, no hacer bien lo otro, turbaciones interiores y tentaciones. No digo que ha de ser esto siempre ó muy ordinario: es grandísima merced del Señor, así se adelanta el alma. No es posible ser aquí ángeles, que no es nuestra naturaleza. Es así que no me turba alma cuando la veo con grandísimas tentaciones, que si hay amor y temor de nuestro Señor, ha de salir con mucha ganancia, ya lo sé, y si la veo andar siempre quieta y sin ninguna guerra (que he topado algunas, aunque la vea no ofender al Señor, siempre me train con miedo) nunca acabo de asegurarme y probarlas y tentarlas yo, si puedo, y ya

que no lo hace el demonio, para que vean que lo son. Pocas he topado; mas es posible; ya que el Señor llega un alma á mucha contemplacion. Son modos de proceder, y estánse en un contento ordinario y interior, aunque tengo para mí que no se entienden, y apurado lo veo que algunas veces tienen sus guerrillas, sino que son pocas. Mas es así que no hé envidia á estas almas, y que lo he mirado con aviso. Y veo que se adelantan mucho mas las que andan con la guerra dicha, sin tener tanta oracion en las cosas de perfeccion, que acá podemos entender. Dejemos almas que están ya tan aprovechadas y tan mortificadas, despues de haber pasado por muchos años esta guerra: como ya muertas al mundo las da nuestro Señor ordinariamente paz, mas no de manera que no sientan la falta que hacen y les dé mucha pena. Así que, hijas, por muchos caminos lleva el Señor; mas siempre os temé, como he dicho, cuando no os doliere la falta que hiciéredes, que de pecado, aunque sea venial, ya se entiende os ha de llegar al alma, como, gloria á Dios, creo y veo lo sentís ahora. Notad una cosa, y esto se os acuerde por amor de mí. Si una persona está viva, poquito que la lleguen con un alfiler, ¿no lo siente, ó una espinita por pequeña que sea? Pues si el alma no está

muerta, sino que tiene vivo un amor de Dios, ¿no es merced grande suya que cualquiera cosita que haga contra lo que hemos profesado y estamos obligados se sienta? O que es hacer la cama su Majestad de rosas y flores para sí en el alma, á quien da Dios este cuidado, y es imposible dejarse de venir á regalarla á ella, aunque tarde. Válame Dios, ¿qué hacemos los religiosos en el monasterio? ¿A qué dejamos el mundo? ¿A qué venimos? ¿En qué mejor nos podemos emplear que hacer aposentos en nuestras almas á nuestro esposo y llegar á tiempo que le podamos decir que nos dé beso con su boca? Venturosa será la que tal peticion hiciere, y cuando venga el Señor no halle su lámpara muerta y de harto de llamar se torne. ¡Oh, hijas mías, que tenemos gran estado que no hay quien nos quite decir esta palabra á nuestro Esposo, pues le tomamos por tal cuando hicimos profesion!

Entiéndanme las almas de las que fueren escrupulosas, que no hablo por alguna falta alguna vez, ó faltas, que no todas se pueden entender ni áun sentir siempre; sino quien las hace muy ordinarias sin hacer caso, pareciéndole nonada, y no la recuerda ni procura enmendarse desta. Torno á decir que es peligrosa paz y que estéis advertida de ella. ¿Pues qué será de

los que la tienen en mucha relajacion de su regla? No plega á Dios haya ninguna. De muchas maneras la debe dar el demonio, que lo permite Dios por nuestros pecados: no hay para qué tratar dello, que esto poquito os he querido advertir. Vamos á la amistad y paz que nos comienza á mostrar el Señor en la oracion, y diré lo que su Majestad me diere á entender.

Despues me ha parecido será bien deciros un poquito de la paz que da el mundo y nos da nuestra misma sensualidad, porque aunque esté en muchas partes mejor escrito que yo lo diré, quizá no terneis con qué comprar los libros, que sois pobres, ni quien os haga limosna de ellos; y esto estáse en casa y vese aquí junto. Podríanse engañar en la paz que da el mundo por muchas maneras: de algunas que diga sacaréis las demas ó con riquezas que si tienen bien lo que han menester y muchos dineros en el arca, como se guarden de hacer pecados graves, todo les parece está hecho. Gózanse de lo que tienen, dan una limosna de cuando en cuando, no miran que aquellos bienes no son suyos, sino que se los dió el Señor como á mayordomos suyos, para que partan á los pobres, y que les han de dar estrecha cuenta del tiempo que lo tienen sobrado en el arca, suspendido y entretenido á los pobres, si

ellos están padeciendø. Esto no nos hace al caso más de para que supliqueis al Señor les dé luz, no se estén en este embebecimiento y les acaezca lo que al rico avariento, y para que alabeis á su Majestad que os hizo pobres y lo teneis por particular merced suya. ¡Oh, hijas mías, qué gran descanso no tener estas cargas, áun para descansar acá, que para el dia de la fin no le podeis imaginar! Son esclavos éstos, y vosotras señoras: áun por esto lo veréis. ¿Quién tiene más descanso? ¿Un caballero, que ponen en la mesa cuanto ha de comer y le dan todo lo que ha de vestir, ó su mayordomo, que le ha de dar cuenta de un solo maravedí? Estotro gasta sin tasa como bienes suyos; el pobre mayordomo es el que lo pasa, y miétras más hacienda más, que ha de estar desvelándose cuando se ha de dar la cuenta, en especial si es de muchos años y se descuidan un poco, es el alcance mucho, no sé cómo se sosiega. No paseis por esto, hijas, sin alabar mucho nuestro Señor, y siempre ir adelante en lo que ahora haceis en no poseer nada en particular ninguna, que sin cuidado comemos lo que nos envia el Señor, y como lo tiene su Majestad, que no nos falte nada, no tenemos que dar cuenta de lo que nos sobra. Su Majestad tiene cuenta que no sea cosa que nos le ponga de repartirlo.

Lo que es menester, hijas, es contentarnos con poco, que no hemos de querer tanto, como los que dan estrecha cuenta, como la ha de dar cualquier rico, aunque no la tenga él acá, sino que la tengan sus mayordomos, y ¡cuán estrecha! si lo entendiese no comería con tanto contento, ni se daría á gastar lo que tiene en cosas impertinentes y de vanidad. Ansí vosotras, hijas, siempre mirá con lo más pobre que pudiéredes pasar, ansí de vestidos como de manjares, porque si no hallaros heis engañadas, que no os lo dará Dios, y estaréis discontentas. Siempre procurá servir á su Majestad de manera que no comais lo que es de los pobres, sin servirlo, aunque mal se puede servir el sosiego y descanso que os da el Señor en no tener cuenta de dar cuenta de riquezas. Bien sé que lo entendéis, mas es menester que por ellos, dés á tiempos gracias particulares á su Majestad. De la paz que da el mundo en honras no tengo para qué os decir nada, que pobres nunca son muy honrados. En lo que os puede hacer daño grande, si no teneis aviso, en las alabanzas, que nunca acaba de que comienza, para despues abajaros más: es lo más ordinario en decir que sois más santas, con palabras tan encarecidas, que parece los enseña el demonio; y ansí debe ser á veces, porque si lo dijesen en ausen-

cia pasaria, mas en presencias, ¿ qué fruto puede traer, sino daño, si no andais con mucho aviso? Por amor de Dios os pido que nunca os pacifiqueis en estas palabras, que poco á poco os podrian hacer daño y creer que dicen verdad, ó en pensar que ya es todo hecho y que lo habeis trabajado. Vosotras nunca dejeis pasar palabra sin moveros guerra en vuestro interior, que con facilidad se hace si teneis costumbre. Acordaos cuál paró el mundo á Cristo Nuestro Señor, y qué ensalzado le habia tenido el dia de Ramos. Mirá en la estima que ponía á San Juan Baptista, que le querian tener por el Mesías, y en cuanto y por qué le descabezaron. Jamas el mundo ensalza sino para abajar, si son hijos de Dios los ensalzados. Yo tengo harta experiencia desto. Solia afligirme mucho de ver tanta ceguedad en estas alabanzas, y ya me rio, como si viese hablar un loco. Acordaos de vuestros pecados, y puesto que en alguna cosa os digan verdad, advertid que no es vuestro, y que estais obligados á servir más. Dispertad temor en vuestra alma para que no se sosiegue en ese beso de tan falsa paz que da el mundo. Creé que es la de Júdas: aunque algunos no lo digan con esa intencion, el demonio está mirando que podrá llevar despojo si no os defendeis. Creé que es menester aquí estar con la es-

pada en la mano de la consideracion: aunque parezca no os hace daño, no os fieis deso; acordaos cuántos estuvieron en la cumbre y están en el profundo. No hay seguridad miéntras vivimos, sino que por amor de Dios, hermanas, siempre salgais con guerra interior destas alabanzas, porque así saldréis con ganancia de humildad, y el demonio, que está á la mira de vos y el mundo, quedará corrido.

De la paz y daño, que con ella nos puede hacer nuestra misma carne, habia mucho que decir. Advertiros he algunos puntos, y por ahí, como he dicho, sacaréis lo demas. Es muy amiga de regalo, ya lo veis, y harto peligroso pacificarse en ellos, si lo entendiésemos: yo lo pienso muchas veces, y no puedo acabar de entender cómo hay tanto sosiego y paz en las personas muy regaladas. ¿Por ventura merece el cuerpo sacratísimo de nuestro dechado y luz ménos regalos que los nuestros? ¿Habia hecho por qué padecer tantos trabajos? ¿Hemos leído de santos, que son los que ya sabemos que están en el cielo cierto, tener vida regalada? ¿De dónde viene este sosiego en ella? ¿Quién nos ha dicho que es buena? ¡Qué es esto, que tan sosegadamente se pasan los dias con comer bien y dormir y buscar recreaciones y todos los descansos que pueden algunas personas, que me que-

do boba de mirarlo! No parece ha de haber otro mundo, y que en aquello hay el menor peligro dél. ¡Oh, hijas, si supiéredes el grande mal que aquí está encerrado! El cuerpo engorda, el alma enflaquece, que si la viésemos parece que va ya á espirar. En muchas partes veréis escrito el gran mal que hay pacificarse en esto, que áun si entendiesen que es malo, terniamos esperanza de remedio; mas temo no les pasa por pensamiento. Como se usa tanto, no me espanto. Yo os digo que aunque en esto su carne sosiega, que por mil partes tengan la guerra si se han de salvar, y valdríales más entenderse y tomar la penitencia poco á poco, que les ha de venir por punto. Esto he dicho para que alabeis mucho á Dios, hijas, de estar donde aunque vuestra carne quiera pacificarse en esto no puede. Podria dañaros disimuladamente, que es con color de enfermedad, y habeis menester traer mucho aviso en esto, que un dia os hará mal tomar disciplina, y de aquí á ocho dias por ventura no, y otra vez no traer lienzo, y por algunos dias no lo habeis de tomar para continuo, y otra comer pescado, y si se acostumbra hácese el estómago á ello, y no le hace mal. Pareceros há que teneis tanta flaqueza de todo esto y mucho, mas tengo experiencia, y no se entiende que va mucho en hacer estas

cosas, aunque no haya mucha necesidad de ellas: lo que digo es que no nos sosieguemos en lo que es relajar, sino que nos probemos algunas veces; porque yo sé que esta carne es muy falsa, y que es menester entenderla. Él señor nos dé luz para todo por su bondad: gran cosa es la discrecion y fiar de los superiores y no de nosotras.

Tornando al propósito, señal es, que pues la Esposa señala que la paz que pide diciendo: — Bésame con beso de su boca, que otras maneras de hacer paces y mostrar amistad tiene el Señor.— Quieroos decir ahora algunas, para que veais qué peticion es ésta tan alta, y de la diferencia que hay de lo uno á lo otro. ¡Oh, gran Dios y Señor nuestro, qué sabiduría tan profunda! Bien pudiera decir la Esposa: — Bésame,— y parece concluya su peticion en ménos palabras. ¿Por qué señala un beso de su boca? Pues á buen seguro que no hay letra demasiada. El por qué yo no lo entiendo, mas diré algo sobre esto: poco va que no sea á este propósito, como he dicho, si de ello nos aprovechamos; así que de muchas maneras trata paz el Rey nuestro, y amistad con las almas, como vemos cada día, así en la oracion como fuera de ella, sino que nosotras la tenemos con su Majestad de pelillo, como dicen. Miraréis, hijas, en qué está el punto para que podais

pedir lo que la Esposa, si el Señor os llegare á Él; sino, no desmayeis, que con cualquier amistad que tengais con Dios quedais harto ricas, si no falta por vosotras. Mas para lastimar es y dolernos mucho los que por nuestra culpa no llegamos á tan excelente amistad, y nos contentamos con poco. ¡Oh, Señor, no nos acordaríamos, que es mucho el premio y el fin; y que llegadas ya á tanta amistad, acá nos le da el Señor, y que muchos se quedan al pié del monte, que pudieran subir á la cumbre! En otras cosillas que os he escrito os he dicho esto muchas veces, y ahora os lo torno á decir y rogar que siempre nuestros pensamientos vayan animosos, que de aquí vernán á que el Señor os dé gracia, para que lo sean las obras: creé que va mucho en esto, pues hay unas personas que han ya alcanzado la amistad del Señor, porque confesaron bien sus pecados, y se arrepintieron; mas no pasan dos dias que se tornan á ellos: á buen seguro que no es ésta la amistad que pide la Esposa. Siempre, oh hijas, procurá no ir al confesor cada vez á decir una falta. Verdad es que no podemos estar sin ella; mas siquiera múdense, porque no echen raíces, que serán más malas de arrancar, y áun podrán venir dellas á nacer otras muchas, que si una yerba ó arbolillo ponemos y cada dia le regamos,

cual se para tan grande, que para arrancarle despues es menester pala y azadon. Así me parece es hacer cada dia una falta (por pequeña que sea) si no nos enmendamos della; y si un dia ó diez se pone y se arranca luégo, es fácil. En la oracion lo habeis de pedir al Señor, que de nosotros poco podemos, ántes añadirémos que se quitarán. Mirá que en aquel espantoso juicio de la hora de la muerte no se nos hará poco, en especial á las que tomó por esposas el juez en esta vida. ¡Oh gran dinidad dina de despertarnos, para andar con diligencia contentar á este Señor y Rey nuestro! ¡Mas qué mal pagan estas personas el amistad, pues tan presto se tornan enemigos mortales! Por cierto que es grande la misericordia de Dios: ¿qué amigo hallarémos tan sufrido? Y áun una vez que acaezca esto entre dos amigos, nunca se quita de la memoria, ni acaban á tener tan fiel amistad como ántes. ¿Pues qué de veces serán las que faltan en la de Nuestro Señor de esta manera, y qué de años no espera desta suerte? Bendito seais Vos, Señor mio, que con tanta piedad nos llevais, que parece olvidais vuestra grandeza para no castigar, como sería razon, traicion tan traidora como ésta. Peligroso estado me parece, porque aunque la misericordia de Dios es la que vemos, tambien vemos mu-

chas veces morirse en él sin confesion: librenos su Majestad por quien Él es, hijas, de estar en estado tan peligroso.

Hay otra amistad, mayor que ésta, de personas que se guardan de ofender al Señor mortalmente: harto han alcanzado los que han llegado aquí, segun está el mundo. Estas personas, aunque se guardan de no pecar mortalmente, no dejan de caer de cuando en cuando á lo que creo; porque no se les da nada de pecados veniales, aunque hagan muchos al dia, y así están cerca de los mortales. Dicen: — De esto haceis caso? muchos que he yo oido. — Para eso hay agua bendita, y los remedios que tiene la Iglesia madre nuestra. ¡Cosa por cierto para lastimar mucho! Por amor de Dios, que tengais en esto gran aviso de nunca os descuidar hacer pecado venial, por pequeño que sea, con acordaros hay este remedio, porque no es razon el bien nos sea ocasion de hacer mal. Acordaros, despues de hecho, este remedio, y procurarle luégo; esto sí. Es muy gran cosa traer siempre la conciencia tan limpia, que ningun impedimento os estorbe á pedir á Nuestro Señor la perfeta amistad que pide la Esposa: al ménos no es ésta que queda dicha: es amistad bien sospechosa por muchas personas, y llegada á regalos, y aparejada para mucha tibieza, y ni bien sabrán si es

pecado venial ó mortal el que hacen. Dios os libre de ella, porque con parecerles no tienen cosas de pecados grandes, como ven á otros, y éste no es estado de perfecta humildad juzgarlos por muy ruines; podrá ser sean muy mejores, porque lloran su pecado, y con gran arrepentimiento, y por ventura mejor propósito que ellos, que darán en nunca ofender á Dios en poco ni en mucho. Estos otros, con parecerles, no hacen ninguna cosa de aquellas; toman más anchura para sus contentos, éstos por la mayor parte ternán sus oraciones vocales, no muy bien rezadas, porque no lo llevan por tan delgado.

Hay otra manera de amistad y paz, que comienza á dar Nuestro Señor á unas personas que totalmente no le querrian ofender en nada; aunque no se apartan tanto de las ocasiones, tienen sus ratos de oracion; dales Nuestro Señor ternuras y lágrimas, mas no querrian ellas dejar los contentos de esta vida, sino tenerla buena y concertada, que parece para vivir acá con descanso les está bien aquello. Esta vida tray consigo hartas mudanzas: harto será si duran en la virtud, porque no apartándose de los contentos y gustos del mundo, presto tornarán á aflojar en el camino del Señor, que hay grandes enemigos para defendérnosle. No es ésta, hijas, la amis-

tad que quiere la Esposa ; tampoco ni vosotras la queráis : apartaos siempre de cualquier ocasioncita , por pequeña que sea , si quereis que vaya creciendo el alma y vivir con seguridad. No sé para qué os voy diciendo estas cosas , si no es para que entendais los peligros que hay en no desviaros con determinacion de las cosas del mundo todas , porque ahorrariamos de hartas culpas y de hartos trabajos. Son tantas las vías por donde comienza Nuestro Señor á tratar amistad con las almas , que sería nunca acabar , me parece , las que yo he entendido , con ser mujer ; ¿ qué harán los confesores y personas que las tratan más particularmente ? Y así que algunas me desatinan , porque no parece les falta nada para ser amigos de Dios. En especial os contaré una persona que há poco traté muy particularmente.

X Ella era muy amiga de comulgar muy á menudo mucho , y jamas decia mal de nadie , y ternura en la oración , y continúa soledad , porque se estaba en su casa de por sí , tan blanda de condicion que ninguna cosa que se le decia la hacia tener ira , que era harta perfeccion , ni decir mala palabra : nunca se habia casado ni era ya de edad para casarse , y habia pasado hartas contradicciones con esta paz , y como via esto parecíanme efectos de muy

aventajada alma, y de gran oracion, y preciábala mucho á los principios, porque no la via ofensa de Dios, y entendia se guardaba de ella. Tratada, comencé á entender de ella que todo estaba pacífico si no tocaba á interese; mas llegado aquí, no iba tan delgada la conciencia, sino bien grueso: entendé que con sufrir todas las cosas que le decian de esta suerte, tenía un punto de honra que por su culpa no perdiera un tanto ó una puntica de su honra ó estima tan embebida en esta miseria que tenía, y era tan amiga de entender y saber lo uno y lo otro, que yo me espantaba, cómo aquella persona podia estar una hora sola, y bien amiga de su regalo. Todo esto hacía y lo doraba, que lo libraba de ningun pecado; y segun las razones que daba en algunas cosas me parece que le hiciera yo si se le juzgára (que en otras bien notorio era), aunque quizá por no se entender bien. Trayame desatinada, y casi todas la tenian por santa, puesto que vi que de las persecuciones que ella contaba haber padecido, debia de tener ella alguna culpa, y no tuve envidia á su modo y santidad, sino que ella y otras dos almas que he visto en ésta vida, que ahora me acuerde, santas en su parecer, me han hecho más temor que cuantas pecadoras he visto despues que las trataba, y su-

plicar al Señor nos dé luz. Alabalde, hijas, mucho que os trajo á monesterio, adonde, por mucho que haga el demonio, no puede tanto engañar, como á las que en sus casas están, que hay almas que parece no les falte nada para volar al cielo, porque en todo siguen la perfeccion, á su parecer; mas no hay quien las entienda, porque en los monesterios jamas he visto dejarse de entender, porque no han de hacer lo que quieren, sino lo que les mandan; y acá, aunque verdaderamente se querrian entender ellas, porque desean contentar al Señor, no pueden, porque, en fin, hacen lo que hacen por su voluntad, y aunque alguna vez la contradigan, no se ejercitan tanto en la mortificacion. Dejemos algunas personas á quien muchos años nuestro Señor ha dado luz, que éstas procuran tener quien las entienda, y á quien se sujetar, y la gran humildad tray poca confianza de sí, aunque más letrados sean.

Otros hay que han dejado todas las cosas por el Señor, y ni tienen casa ni hacienda, ni tampoco gustan de regalos, ántes son penitentes, ni de las cosas del mundo, porque les ha dado ya el Señor luz de cuan miserables son; mas tienen mucha honra, no querrian hacer cosa que no fuese tambien aceta á los hombres tanto como al Señor, gran discrecion y prudencia.

Puédense harto mal concertar estas dos cosas; y es el mal que casi, sin que ellos entiendan su imperfeccion, siempre gana más el partido del mundo que el de Dios. Estas almas, por la mayor parte, las lastima cualquier cosa que digan de ellos. No abrazan la cruz, sino llévanla arrastrando, y así las lastima y cansa y hace pedazos; porque si es amada es suave de llevar, y esto es cierto. No, tampoco es esta la amistad que pide la Esposa; por eso, hijas mias, mirá mucho (pues habeis hecho lo que aquí digo al principio) no falteis, ni os detengais en lo segundo. Todo es cansancio para vosotras: si lo habeis dejado lo más, dejad el mundo, los regalos y contentos y riquezas de él, que aunque falsos, en fin, aplacen, ¿qué temeis? Mirá que no lo entendeis, que por libraros de un desabor que os puede dar con un dicho os cargais de mil cuidados y obligaciones. Son tantas las que hay, si queremos contentar á los del mundo, que no se sufre decirlas, por no me alargar, ni áun sabria.

Hay otras almas (y con esto acabo) que por aquí, si vais advirtiendo, entenderéis muchas vías por donde comienzan á aprovechar, y se quedan en el camino. Digo que hay otras que ya tampoco se les da mucho de los dichos de los hombres ni de la honra; mas no están ejercitadas en la mortifi-

ficacion y en negar su propia voluntad, y así no parece les sale el miedo del cuerpo; puestos en sufrir, con todo parece está ya acabado; mas en negocios graves de la honra del Señor torna á revivir la suya, y ellos no lo entienden, no les parece temen ya el mundo, sino á Dios: peligros, sacan lo que puede acaescer, para hacer que una obra virtuosa sea tornada en mucho mal, que parece que el demonio se las enseña, mil años ántes profetizan lo que puede venir si es menester. No son estas almas de las que harán lo que San Pedro, de echarse en la mar, ni lo que otros muchos santos. En su sosiego allegarán almas al Señor; mas no puniéndose en peligros, ni la fe en éstos obra mucho para sus determinaciones. Una cosa he notado, que pocos vemos en el mundo (fuera de religion) fiar de Dios su mantenimiento: solas dos personas conozco yo que en la religion ya saben no les ha de faltar, aunque quien entra de véras por sólo Dios, creo no se le acordará de esto: ¿mas cuántos habria, hijas, que no dejarán lo que tenían si no fuera con la seguridad: porque en otras partes que os he dado avisos he hablado mucho en estas almas pusilánimes y dicho el daño que les hace y el gran bien tener grandes deseos ya que no puedan las obras; no digo más destas, aunque nunca me

cansaria. Pues las llega el Señor á tan gran estado, sírvanle con ello, y no se arrinconen, que aunque sean religiosos, si no pueden aprovechar á los prójimos (en especial mujeres) con determinacion grande y vivos deseos de las almas, terná fuerza su oracion, y áun por ventura querrá el Señor que en vida ú en muerte aprovechen, como hace agora el Santo Fray Diego, que era lego, y no hacía más de servir, y despues de tantos años muerto, resucita el Señor su memoria para que nos sea ejemplo. Alabemos á su Majestad. Así que, hijas mias, el Señor, si os ha traído á este estado, poco os falta para la amistad y paz que pide la Esposa: no dejeis de pedir las con lágrimas muy continas y deseos. Haced lo que pudiéredes de vuestra parte para que os la dé; porque sabé que no está la paz y la amistad que pide la Esposa; aunque hace harta merced el Señor á quien llega á este estado, porque será con haberse ocupado en mucha oracion y penitencia y humildad y otras muchas virtudes. Sea siempre alabado el Señor que todo lo da. Amén.

CAPÍTULO III.

De la verdadera paz, amor de Dios y union de Cristo, que nace de la oracion unitiva y llama la Esposa beso de la boca de Dios.

Bésemelo con el beso de su boca.

¡Oh Santa Esposa! vengamos á lo que vos pedís, que es aquella santa paz que hace aventurar al alma á ponerse á guerra con todos los del mundo, quedándose ella con toda seguridad pacífica. ¡Oh qué dicha tan grande será alcanzar esta merced! Pues es juntarse con la voluntad de Dios, de manera que no hay division entre Él y ella, sino que sea una mesma voluntad, no por palabras, no por solos deseos, sino puesto por obra; de manera que en entendiendo que sirve más á su Esposo en una cosa, haya tanto amor y deseo de contentarle, que no escuche las razones que le dará el entendimiento ni los temores que le porná, sino que deje obrar la fe, de manera que no mire provecho ni descanso, sino acabe ya de entender que en esto está todo su provecho.

Pareceros há, hijas, que eso no va bien, pues es tan loable cosa hacer las cosas con discrecion: habeis de mirar un punto, que es entender que el Señor (á lo que vos podeis entender, digo que cierto que no se puede saber) oido ha vuestra peticion de

besaros con beso de su boca. Que si esto conoceis por los efectos, no hay que detenernos en nada, sino olvidaros de vos por contentar á tan dulce Esposo. Su Majestad se da á sentir á los que gozan de esta merced con muchas muestras. Una es menospreciar todas las cosas de la tierra, estimarlas en tan poco como ellas son, no querer bien suyo, porque ya tienen entendido su vanidad: no se alegrar sino con los que aman á su Señor: cánsale la vida: tiene en la estima las riquezas que ellas merecen, otras cosas semejantes á estas que enseña el que las puso en tal estado. Llegada aquí el alma, no tiene que temer, sino es si no ha de merecer que Dios se quiera servir de ella en darla trabajos y ocasion para que pueda servirle, aunque sea muy á costa. Ansí que aquí, como he dicho, obra el amor y la fe, y no se quiere aprovechar el alma de lo que la enseña el entendimiento. Porque esta union que entre el Esposo y la Esposa hay, la ha enseñado otras cosas, que él no alcanza y *traele* debajo de los piés. Pongamos una comparacion para que lo entendais. Está un cautivo en tierra de moros, éste tiene un padre pobre, ó un grande amigo, y si éste no le riscata no tiene remedio; y para haberle de riscatar no bastó lo que tiene, sino que ha él de ir á servir por él. El

grande amor que le tiene, pide, que quiera más la libertad de su amigo que la suya; mas luégo viene la discrecion con muchas razones; y dice que más obligado es á sí, y podrá ser que tenga él ménos fortaleza que el otro, y que le hagan dejar la fe, que no es bien ponerse en este peligro, y otras muchas cosas. ¡Oh amor fuerte de Dios! ¡Y cómo no le parece que ha de haber cosa imposible á quien ama! Oh dichosa alma que ha llegado á alcanzar esta paz de su Dios, que esté señoreada sobre todos los trabajos y peligros del mundo, que ninguno teme, á cuenta de servir á tan buen Esposo y Señor, y con razon, que la tiene este pariente ó amigo que hemos dicho. Pues ya habeis leído, hijas, de un santo que no por hijo, ni por amigo, sino porque debia bien haber llegado á esta ventura tan buena de que le hubiese Dios dado esta paz, y por contentar á su Majestad y imitarle en algo de lo mucho que hizo por nosotros, se fué á trocar á tierra de moros por hijo de una viuda que vino á él fatigada, y habeis leído cuán bien le sucedió y con la ganancia que vino. •Creeria yo no dejaria su entendimiento de presentarle algunas más razones de las que dije, porque era obispo y habia de dejar sus ovejas, y por ventura ternia temores. Mirá una cosa que se me ofrece ahora y viene á

propósito para los que de su natural son pusilánimes y de ánimos flacos, y por la mayor parte son mujeres, y aunque en ello de verdad su alma haya llegado á este estado, su flaco natural teme. Es menester tener aviso, porque esta flaqueza natural nos hace perder una gran corona. Quando os halláredes con esta pusilanidad acudid á la fe y humildad, y no dejeis de acometer con fe, que Dios lo puede todo, y así pudo dar fortaleza á muchas niñas santas, y se la dió para pasar tantos tormentos, que se determinaron á pasar por Él. Desta determinacion quiere hacerle señor, deste libre albedrío, que no há menester el nuestro esfuerzo de nada; ántes gusta su Majestad de querer que resplandezcan sus obras en gente flaca, porque hay más lugar de obrar su poder y de cumplir el deseo que tiene de hacernos mercedes. Para esto os han de aprovechar las virtudes que Dios os ha dado, para hacer con determinacion y dar de mano á las razones del entendimiento y vuestra flaqueza, para no dar lugar á que crezca con pensar si será ó no quizá por mis pecados no merecer yo que me dé la fortaleza que á otros. No es ahora tiempo de pensar vuestros pecados: dejadlos aparte, que no es con sazón esta humildad: es á mala coyuntura. Quando os quisieren dar una cosa muy honrosa, ó

cuando el demonio os incita á vida regalada ó á otras cosas semejantes, temed, que por vuestros pecados no lo podréis llevar con rectitud; mas cuando hubiéredes de padecer algo por vuestro Señor ó por el prójimo, no hayais miedo á vuestros pecados. Con tanta caridad podréis hacer una obra de éstas que se los perdone todos, y esto teme el demonio; y por esto os la trae á la memoria entónces. Y tened por cierto que nunca dejará el Señor á sus amadores, cuando por sólo Él se aventuran. Si llevan otros intentos de interese propio eso miren, que yo no hablo con los que pretenden contentar con mayor profesion al Señor. Y agora en nuestros tiempos conozco yo una persona, y vosotras la visteis, que me vino á ver á mí, que la movia el Señor con tan gran caridad, que le costó hartas lágrimas no poderse ir á trocar por un cativo. Él lo trató conmigo (era de los Descalzos de fray Pedro de Alcántara), y despues de muchas importunaciones recaudó licencia de su general, y estando cuatro leguas de Argel, que iba á cumplir su buen deseo, le llevó el Señor consigo. ¡Y á buen seguro que llevó buen premio! Pues qué de discretos habia, que le decian era disbarate. A los que no llegamos á amar tanto al Señor así nos parece. ¿Y cuán mayor disbarate que acabárseos es-

te sueño de esta vida con tanto seso? Que plega á Dios merezcamos entrar en el cielo, cuanto más ser de estos que tanto se aventajaron en amar á Dios. Ya yo veo es menester grande ayuda suya para cosas semejantes; y por esto os aconsejo, hijas, que siempre con la Esposa pidais esta paz tan regalada, porque así señorea todos estos temorcillos del mundo, que con todo sosiego y quietud le da batería. ¿No está claro, que á quien Dios hiciere tan gran merced de juntarse con un alma en tanta amistad, que la ha de dejar bien rica de bienes suyos? Porque cierto estas cosas no pueden ser nuestras. El pedir y el desear nos haga esta merced podemos, y aún esto con su ayuda: que lo demas, ¿qué ha de poder un gusano, que el pecado le tiene tan acobardado y miserable que todas las virtudes imaginamos tasadamente con nuestro bajo natural? ¿Pues qué remedio, hijas? Pedir con la Esposa: — *bésemel Señor, etc.*

Si una labradorcilla se casase con el rey, y tuviese hijos, ¿ya no quedan de sangre real? Pues si á un alma nuestro Señor hace tanta merced, que tan sin division se junte con ella, ¿qué deseos, qué efectos, qué hijos de obras heróicas podrán nacer de allí, si no fuere por su culpa? Por esto os torno á decir que para cosas semejantes

si el Señor os hiciere merced que ofrezcan hacerlas por Él, que no hagáis caso de haber sido pecadoras. Es menester aquí que señoree la fe á nuestra miseria y no os espanteis si al principio de determinaros, y aún despues, sintiéredes temor y flaqueza: no hagáis caso de ello, si no es para avisaros más: dejad hacer su ofioio á la carne. Mirá que dice el buen Jesus en la oracion del huerto — La carne es enferma y acuérdeseos de aquel tan admirable y lastimoso sudor; pues si aquella carne divina y sin pecado dice su Majestad que es enferma ¿ cómo queremos acá la nuestra tan fuerte que no sienta la persecucion, que le pueda venir y los trabajos? en ellos mismos será como sujeta ya la carne al espíritu. Junta su voluntad con la de Dios no se queja. Ofréceseme ahora como nuestro buen Jesus muestra la flaqueza de su humanidad ántes de los trabajos y en el golfo de ellos gran fortaleza, que, no sólo quejarse, mas en el semblante no hizo cosa por donde pareciese que padecia con flaqueza. Cuando iba al huerto dijo — Triste está mi ánima hasta la muerte; y estando en la cruz, que era estar ya pasando la muerte, no se queja. Cuando en la oracion del huerto iba á despertar á los Apóstoles, pues con más razon se quejará á su Madre cuando estaba al pié de la cruz y no dor-

mia sino padeciendo en su alma y muriendo dura muerte, y siempre nos consuela mas quejarnos á los que sabemos sienten nuestros trabajos y nos aman más. Así que no nos quejemos de temores, ni nos desanime ver flaco nuestro esfuerzo, sino procuremos fortalecernos de humildad; y entender claramente lo poco que podemos de nosotras, y que si Dios no nos favorece no somos nada y confiar en su misericordia y desconfiar de todo punto de nuestras fuerzas y que estribar en ello es toda la flaqueza, que no sin mucha causa lo mostró nuestro Señor, que claro está que no lo temia pues era la misma fortaleza, sino para consuelo nuestro y porque entendamos lo que nos conviene ejercitar con obras nuestros deseos, y miremos que á los principios de mortificarse un alma todo se le hace penoso: si comienza á dejar regalos pena, si á dejar honra tormento, si á sufrir una palabra mala intolerable, en fin, nunca le faltan tristezas hasta la muerte. Como acabáre á determinarse á morir al mundo verse ha libre de estas penas; y todo al contrario no haya miedo que se queje. Ya ha alcanzado la paz que pide la Esposa. »

Por cierto que pienso que si nos llegásemos al Santísimo Sacramento con gran fe y amor, que de una vez bastase para de-

jarnos ricos, ¿cuánto más de tantas? Sino que no parece sino cumplimiento el llegar-nos á Él, y así nos luce tan poco. ¡Oh miserable mundo, que así tienes atapados los ojos de los que viven en tí, que no vean los tesoros con que podrian granjear riquezas perpétuas! ¡Oh Señor del cielo y de la tierra! ¿Qué es posible que aún estando en esta vida mortal, se pueda gozar de Vos con tan particular amistad? ¿Y qué tan á las claras lo diga el Espíritu Santo en estas palabras, y que aún no lo queramos entender, que son los regalos con que tratais con las almas en estos Cánticos? ¡Qué requiebros, qué suavidades, que habia de bastar una palabra destas á deshacernos en Vos! Seais bendito, Señor, que por vuestra parte no perderémos nada. ¡Qué de caminos, por qué de maneras, por qué de modos nos mostrais el amor! Con trabajos, con muerte tan áspera, con tormentos, sufriendo cada día injurias, y perdonando, y no sólo con esto, sino con unas palabras tan heridoras para el alma que os ama, que la decís en estos Cánticos, y le enseñais que os diga, que no sé yo cómo se pueden sufrir, si Vos no ayudais, para que las sufra quien las siente, no como ellas merecen, sino conforme á nuestra flaqueza. Pues, Señor mio, no os pido otra cosa en esta vida, sino que me *beseis con*

beso de vuestra boca, y que sea de manera que aunque yo me quiera apartar de esta amistad y union, esté siempre, Señor de mi vida, sujeta mi voluntad á no salir de la vuestra, que no haya cosa que me impida pueda yo decir, Dios mio y gloria mia, con verdad, que son mejores tus pechos y más sabrosos que el vino.

CAPÍTULO IV.

Del amor de Dios dulce, suave y deleitoso, que nace del morar Dios en el alma en la oracion de quietud, significada en esta palabra, *Pechos de Dios.*

Más valen tus pechos que el vino, que dan de sí fragancia de muy buenos olores.

¡Oh, hijas mias, qué secretos tan grandes hay en estas palabras! Dénoslo nuestro Señor á sentir, que harto mal se puede decir. Cuando su Majestad quiere por su misericordia cumplir esta peticion á la Esposa, es una amistad la que comienza á tratar con el alma, que solas las que la experimentais, la entenderéis, como digo. Mucho della tengo escrito en dos libros (que si el Señor es servido, veréis despues que me muera), y muy menuda y largamente, porque veo que los habréis menester, y así aquí no haré más que tocarlo: no se si acertaré por las mismas palabras que allí quiso el Señor declararallo. Siéntese una

suavidad en lo interior del alma tan grande, que se da bien á sentir estar de ella vecino nuestro Señor. No es ésta sólo una devocion que ahí mueve á lágrimas muchas, y éstas dan satisfaccion, ó por la Passion del Señor, ó por nuestro pecado, aunque en esta oracion de que hablo, que llamo yo de quietud, por el sosiego que hace en todas las potencias, que parece la persona tiene muy á su voluntad, aunque algunas veces se siente de otro modo, quando no está el alma tan engolfada en esta suavidad, parece que todo el hombre interior y exterior conhorta, como si le echasen en los tuétanos una uncion suavísima, á manera de un gran olor; como si entrásemos en una parte de presto donde le hubiese grande, no de una cosa sola, sino muchas y ni sabemos qué es, ni donde está aquel olor, sino que nos penetra todas. Así parece es este amor suavísimo de nuestro Dios: se entra en el alma y es con gran suavidad y la contenta y satisface y no puede entender cómo ni por dónde entra aquel bien: querria no perderle, querria no menearse, ni hablar, ni áun mirar, porque no se le fuese. Porque á donde he dicho digo lo que el alma ha de hacer aquí para aprovecharnos, y esto no es sino para dar á entender algo de lo que voy tratando, no quiero alargarme más de que en esta

amistad que ya el Señor muestra aquí al alma, que la quiere tan particular con ella, que no haya cosa partida entre entramos. Se le comunican grandes verdades; porque esta luz que la deslumbra, por no entender ella lo que es, la hace ver la vanidad del mundo: no ve al buen maestro que la enseña; aunque entiende claro que está con ella, mas queda tan bien enseñada, y con tan grandes efectos y fortaleza en las virtudes, que no se conoce despues, ni querria otra cosa hacer, sino alabar al Señor; y está, cuando está en este gozo, tan embebida y absorta, que no parece que está en sí, sino con una manera de borrachez divina, que no sabe lo que quiere, ni qué dice, ni qué pide. En fin, no sabe de sí, mas no está tan fuera de sí, que no entienda algo de lo que pasa. Mas cuando este Esposo riquísimo la quiere enriquecer y regalar más, conviértela tanto en Sí, que como una persona que el gran placer y contento la desmaya, le parece se queda suspendida en aquellos divinos brazos, y arrimada á aquel sagrado costado, y aquellos pechos divinos: no sabe más de gozar, sustentada con aquella leche divina que la va criando su Esposo, y mejorándola para poderla regalar, y que merezca cada día mas. Cuando despierta de aquel sueño, y de aquella embriaguez celestial, queda como cosa es-

pantada y embobada, y con un santo desatino, me parece á mí que puede decir estas palabras—*Mejores son tus pechos que el vino*. Porque cuando estaba en aquella borrachez, parecíale que no habia más que subir; mas cuando se vió en más alto grado, y toda empapada en aquella inmemorable grandeza de Dios, y se ve quedar tan sustentada, delicadamente lo comparó y así dice—*Mejores son tus pechos que el vino*. Porque así como un niño no entiende cómo crece, ni sabe cómo mama, que aún sin buscar mamar él ni hacer nada, muchas veces le echan la leche en la boca; así es aquí, que totalmente el alma no sabe de sí, ni hacer nada, ni sabe cómo ni por dónde, no lo puede entender, le vino aquel bien tan grande. Sabe que es el mayor que en la vida se puede gustar, aunque se junten juntos todos los deleites y gustos del mundo. Vese criada y mejorada, sin saber cuándo lo mereció; enseñada en grandes verdades, sin ver el Maestro que la enseña; fortalecida en las virtudes, regalada de quien tan bien lo sabe, y puede hacer: no sabe á qué lo comparar, sino á el regalo de la madre, que ama mucho al hijo, y le cria y regala. *Porque es al propio esta comparacion, que así está el alma elevada y tan sin aprovecharse de su entendimiento, en parte como un niño recibe

aquel regalo, y deléitase en él, mas no tiene entendimiento para entender cómo le viene aquel bien, que en el adormecimiento pasado de la embriaguez, no está el alma tan sin obrar, que algo entiende y obra, porque entiende estar cerca de Dios, y así con razon dice — «Mejores son tus pechos que el vino. Grande es, Esposo mio, esta merced, sabroso convite, precioso vino me dais, que con sola una gota me hace olvidar de todo lo criado, salir de las criaturas y de mí, para no querer ya los contentos y regalos, que hasta aquí queria mi sensualidad. Grande es éste, no le merecia yo.» Despues que su Majestad se le hizo mayor y la llegó más á sí, con razon dice — «Mejores son tus pechos que el vino; gran merced era la pasada, Dios mio, mas muy mayor es esta, porque hago yo ménos en ella; y así es de todas maneras mejor. Gran gozo es y deleite del alma cuando llega aquí.» Oh, hijas mias, déos nuestro Señor á entender, ó por mejor decir, á gustar (que de otra manera no se puede entender), que es del gozo del alma cuando está así. Allá se avengan los del mundo con sus riquezas, y con sus deleites, y con sus honras, y con sus manjares, que si todo lo pudiesen gozar sin los trabajos que traen consigo (lo que es imposible) no llegará en mil años al contento que en un momento

tiene un alma, á quien el Señor llega aquí. San Pablo dice: que no «son dinos todos los trabajos del mundo para la gloria que esperamos»: yo digo, que no son dinos, ni pueden merecer una hora de esta satisfacion, que aquí da Dios al alma, y gozo y deleite. No tiene comparacion á mi entender, ni se puede merecer un regalo tan regalado de nuestro Señor, una union tan unida, un amor tan dado á entender, y gustar con las bajezas de las cosas del mundo. ¡Donosos son sus trabajos para compararlos á esto! Que si no son pasados por Dios, no valen nada; y si lo son, su Majestad los da tan medidos con nuestras fuerzas, que de miserables y pusilánimes los tememos tanto. ¡Oh cristianos! ¡Oh hijas mias! Despertemos ya, por amor del Señor, de este sueño, y miremos, que aún no nos guarda para la otra vida el premio de amarle: en esta comienza la paga. ¡Oh Jesus mio! ¡Quién pudiese dar á entender la ganancia que hay de arrojarnos en los brazos de este Señor nuestro, y hacer un concierto con su Majestad, que «mire yo á mi amado y mi amado á mí; y mire Él por mis cosas, y yo por las suyas!» no nos queramos tanto que nos saquemos los ojos, como dicen. Torno á decir, Dios mio, y á suplicaros por la sangre de vuestro Hijo, que me hagais esta merced, *béseme con beso*

de su boca, que sin Vos, ¿qué soy yo, Señor? Si no estoy junto á Vos, ¿qué valgo? Si me desvio un poquito de vuestra Majestad, ¿á dónde voy á parar? ¡Oh, Señor mio y misericordia mia y bien mio! y ¿qué mejor quiero yo en esta vida que estar tan junto á Vos, que no haya division entre Vos y mí? Con esta compañía ¿qué se puede hacer dificultoso? ¿Qué no se puede emprender por Vos, teniéndoos tan junto? ¿Qué hay que agradecerme, Señor, que culparme muy mucho por lo que no os sirvo? Y ansí os suplico con San Agustin, con toda determinacion, que «me deis lo que mandardes, y mandadme lo que quisieres»: no volveré las espaldas jamas con vuestro favor y ayuda. «Ya yo veo, Esposo mio, que Vos sois para mí, no lo puedo negar. Por mí venisteis al mundo, por mí pasasteis tan grandes trabajos, por mí sufristeis tantos azotes, por mí os quedastes en el Santísimo Sacramento y ahora me haceis tan grandísimos regalos. Pues, Esposa santa, como dije yo, que Vos decís, ¿qué puedo hacer por mi Esposo! Por cierto, hermanas, que no sé cómo paso de aquí. ¿En qué seré para Vos, mi Dios? ¿Qué puede hacer por Vos quien se dió tan mala maña? perder las mercedes que me habeis hecho. ¿Qué se podia esperar de sus servicios? Y ya que con vuestro favor haga algo, mirá

qué puede hacer un gusanillo, ¿para qué le há menester un poderoso Dios? ¡Oh amor, que en muchas partes querria decir esta palabra, porque sólo Él es quien se puede atrever á decir con la Esposa—¡Yo amé á mi Amado! Él nos da licencia para que pensemos que Él tiene necesidad de nosotras este verdadero Amador, Esposo y bien mio. Pues nos da licencia, tornemos, hijas, á decir: mi Amado á mí, y yo á mi Amado. ¡Vos á mí, Señor! Pues si Vos venis á mi, ¿en qué dudo que puedo mucho serviros? Pues de aquí adelante, Señor, quiérome olvidar de mí, y mirar solo en qué os puedo servir y no tener voluntad sino la vuestra. Mas mi poder no es poderoso. Vos sois el poderoso, Dios mio: en lo que yo puedo, que es determinarme, desde este punto lo hago para ponerlo por obra. »

CAPÍTULO V.

Del amor firme, seguro y de asiento, que nace de verse el alma amparada de la sombra de la Divinidad, y de ordinario la suele Dios dar á los que han preservado en su amor y padecido trabajos por El, y del fruto grande que deste amor viene.

Sentéme á la sombra del que deseaba, y su fruto es dulce para mi garganta.

Ahora preguntemos á la Esposa: sepamos de esta bendita alma, llegada á esta boca divina, y sustentada con estos pechos

celestiales (para que sepamos si el Señor nos llega alguna vez á tan gran merced) qué hemos de hacer, cómo hemos de estar, qué hemos de decir. Lo que nos dice es: «Asentéme á la sombra de aquel á quien habia deseado, y su fruto es dulce para mi garganta. Metióme el Rey en la bodega del vino, y ordenó en mí la caridad.» Dice: «Asentéme en la sombra del que habia deseado.»

¡Oh válame Dios, qué metida está el alma y abrasada en el mismo sol! Dice que se sentó á la sombra del que habia deseado. Aquí no le hace sino manzano, y dice que es fruta dulce para mi garganta. ¡Oh almas que teneis oracion, gustad de todas estas palabras! ¿De qué manera podemos considerar á nuestro Dios? ¡Qué diferencia de manjares podemos hacer de Él! Es maná, que sabe conforme á lo que queremos que sepa. ¡Oh que sombra ésta tan celestial, y quién supiera decir lo que de esto da á entender el Señor! Acuérdomeme cuando el ángel dijo á la Virgen sacratísima Señora nuestra:—*La virtud del muy alto os hará sombra.* ¡Qué amparada se debe ver un alma cuando el Señor la pone en esta grandeza! Con razon se puede asentar y asegurar. Ahora notad que por la mayor parte, y cuasi siempre, si no es alguna persona que quiere nuestro Se-

ñor hacer algun señalado llamamiento (como hizo á san Pablo, que le puso luégo en la cumbre de la contemplacion, y se le apareció y habló de manera, que quedó bien ensalzado desde luégo) da Dios estos regalos tan subidos, y hace mercedes tan grandes á personas que han mucho trabajado en su servicio y deseado su amor, y procurado disponerse para que sean agradables á su Majestad todas sus cosas; ya cansadas de grandes años de meditacion y de haber buscado este Esposo, y cansadisimas de las cosas del mundo, que estas tales asiéntanse en la verdad, no buscan en otra parte su consuelo, sosiego, ni descanso, sino á donde entienden que con verdad le pueden tener: pónense debajo del amparo del Señor, no quieren otro. ¡Y cuán bien hacen de fiarse de su Majestad, que así como lo han deseado lo cumple! ¡Y cuán venturosa es el alma que merece estar debajo de esta sombra, aún para cosas que se pueden acá ver! que para lo que el alma puede entender, es otra cosa, segun he entendido muchas veces. Parece que estando el alma en el deleite que queda dicho, que se siente estar toda engolfada y amparada con una sombra y manera de nube de la Divinidad, de donde vienen influencias al alma y rocío tan deleitoso, que bien con razon qui-

tan el cansancio que le han dado las cosas del mundo. Una manera de descanso siente allí el alma, que áun la cansa el haber de resolgar; y las potencias tan sosegadas y quietas, que á un pensamiento, aunque sea bueno, no querria entónces admitir la voluntad ni le admite por vía de inquirirle ni procurarle. No há menester menear la mano, ni levantarse (digo la consideracion) para nada, porque cortado y guisado y áun comido le da el Señor de la fruta del manzano á que ella compara á su amado, y ansí dice, *que su fruto es dulce para su garganta*; porque aquí todo es gustar sin ningun trabajo de las potencias, y en esta sombra de la Divinidad, que bien se dice sombra, porque con claridad no la podemos acá ver, sino debajo de esta nube, hasta que el sol resplandeciente envia por medio del amor una noticia de que se está tan junto su Majestad, que no se puede decir, ni es posible. Sé yo, que á quien hobiere pasado por ello entenderá cuán verdaderamente se puede dar aquí este sentido á estas palabras, que dice la Esposa. Paréceme á mí que el Espíritu Santo debe ser medianero entre el alma y Dios, y el que la mueve con tan ardientes deseos, que la hace encender en fuego soberano, que tan cerca está. ¡Oh Señor, que son aquí las misericordias que usais con el

alma! Seais bendito y alabado para siempre, que tan buen amador sois. ¡Oh Dios mío y Criador mío! ¿Es posible que hay nadie que no os ame? ¡Oh triste de mí, y como soy yo la que mucho tiempo no os amé! ¿Por qué no merecí conoceros? Como baja sus ramas este divino manzano, para que unas veces las coja el alma considerando sus grandezas, y las muchedumbres de sus misericordias que ha usado con ella, y que vea y goce del fruto que sacó Jesucristo Señor nuestro de su Pasión, regando este árbol con su sangre preciosa, con tan admirable amor. Antes de ahora dice el alma que goza del mantenimiento de sus pechos divinos: como principiante en recibir estas mercedes, la sustentaba el Esposo: ahora va ya más crecida, y vala más habilitando para darle más: mantiénela con manzanas, quiere que vaya entendiendo lo que está obligada á servir y á padecer. Y aún no se contenta con todo esto (cosa maravillosa y de mirar mucho) de que el Señor entiende que un alma es toda suya, suya sin otro interese ni otras cosas que la muevan por sola ella, sino por quien es su Dios, y por el amor que tiene, como nunca cesa de comunicarse con ella, de tantas maneras y modos, como quien es la misma Sabiduría. Parecia que no habia más que dar en la

primera paz, y es lo que queda dicho, y muy más subida merced: queda mal dicho, porque no he hecho sino apuntarlo. En el libro que os he dicho, hijas, lo hallaréis con mucha mas claridad, si el Señor es servido que salga á luz. ¿Pues qué podrémos ya desear más desto que ahora se ha dicho? ¡Oh váleme Dios, y qué nonada son nuestros deseos para llegar á vuestras grandezas, Señor! ¡Qué bajos quedaríamos, si conforme á nuestro pedir fuese vuestro dar! Ahora miremos lo que dijo adelante desto la Esposa.

CAPÍTULO VI.

Del amor fuerte de suspension y arrobamientos, en el cual, pareciendo al alma que no hace nada, la ordena Dios la caridad, dándole virtudes heroicas.

Metióme el Rey en la bodega del vino y ordenó en mí la caridad.

Pues estando ya la Esposa descansando debajo de sombra tan deseada (y con tanta razon), ¿qué le queda que desear á un alma que llega aquí, sino es que no le falte aquel bien para siempre? A ella no parece que hay más que desear, mas á nuestro Rey sacratísimo fáltale mucho por dar: nunca querría hacer otra cosa si hallase á quién. Y como he dicho muchas veces, deseo, hijas, que nunca se os olvide, no se conten-

ta el Señor con darnos tan poco como son nuestros deseos: yo lo he visto acá en algunas cosas que comienza uno á pedir al Señor, le de en qué merezca y cómo padezca algo por El, no yendo su intento á más de lo que le parece sus fuerzas alcanzan (como Su Majestad las puede hacer crecer) en pago de aquello poquito que se determinó por el, dale tantos trabajos y persecuciones y enfermedades, que el pobre hombre no sabe de sí. A mí mesma me ha acaecido en tiempo de harta mocedad, y decir algunas veces: ¡Oh, Señor, que no querria yo tanto! Mas daba Su Majestad la fuerza de manera, y la paciencia, que áun ahora me espanto cómo lo podia sufrir; y no trocaria aquellos trabajos por todos los tesoros del mundo. Dice la Esposa: *Entróme el Rey*. ¡Oh cuánto hinche aquí este nombre, Rey poderoso, y ver que no tiene superior, ni acabará su reinar para sin fin! Y el alma que está ansí, á buen seguro que no le faltase mucho para conocer de la grandeza deste Rey, que todo lo que es, es imposible en esta vida mortal.

Dice que la entró en la bodega del vino y ordenó en mí la caridad. Entiendo yo de aquí que es grande la grandeza de esta merced. Porque puede ser dar á beber más ó ménos de un vino, y de un vino bueno, y otro mejor, y embriagar y emborrachar

á uno más ó menos : así en las mercedes del Señor, que á uno da poco vino de devoción, á otro más, á otro crece de manera, que le comienza á sacar de sí y de su sensualidad, y de todas las cosas de la tierra ; á otros da hervor grande en su servicio, á otros ímpetus, á otros gran caridad con los prójimos, de manera que andan tan embebidos, que no sienten los trabajos grandes que aquí pasan : mas lo que dice la Esposa es mucho junto. *Meterla en la bodega*, para que allí más sin tasa pueda salir rica. No parece que el Rey quiere dejarle nada por dar, sino que beba, conforme á su deseo, y se embriague bien, bebiendo de todos esos vinos que hay en la despensa de Dios. Gócese de esos goces, admírese de sus grandezas, no tema perder la vida de beber tanto, que sea sobre la flaqueza de su natural : muérase en ese paraíso de deleites. ¡ Bienaventurada tal muerte que así hace vivir ! Y verdaderamente así lo hace, porque son tan grandes las maravillas que el alma entiende, sin entender cómo lo entiende, que queda tan fuera de sí, como ella misma lo dice en decir : *Ordénó en mí la caridad*.

¡ Oh palabras que nunca se habían de olvidar al alma, á quien nuestro Señor regala ! ¡ Oh soberana merced, y que sin poderse merecer, si el Señor no diese caudal

para ello! Bien, que áun para amar no se halla dispierta: mas bienaventurado sueño, dichosa embriaguez, que hace suplir al Esposo lo que el alma no puede, que es dar órden tan maravillosa, que estando todas las potencias muertas ó dormidas, quede el amor vivo; y que sin entender cómo obra, ordene el Señor que obre tan maravillosamente, que esté hecha una cosa con el mesmo Señor del amor, que es Dios, con una limpieza grande; porque no hay quien le estorbe, ni sentidos ni potencias; digo ni entendimiento y memoria: tampoco la voluntad se entiende

Pensaba yo ahora si es cosa que hay alguna diferencia la voluntad y el amor. Y páreceme que sí, no sé si es boberia: páreceme que es el amor una saeta que envia la voluntad, que si va con toda la fuerza que ella tiene, libre de todas las cosas de la tierra, empleada en sólo Dios, muy de verdad debe de herir á Su Majestad; de suerte que, metida en el mesmo Dios, que es amor, torna de allí con grandisimas ganancias, como diré: y es así, que informado de algunas personas, á quien ha llegado nuestro Señor á tan gran merced en la oracion, que los llega á este embebecimiento santo con una suspension, que áun en lo exterior se ve que no están en sí, preguntadas lo que sienten, en ninguna manera

lo saben decir, ni supieron, ni pudieron entender cosa de cómo obra allí el amor. Entiéndese bien las grandísimas ganancias que saca un alma de allí, por los efectos, y por las virtudes, y la viva fe que le queda y el desprecio del mundo. Mas como se le dieron estos bienes, y lo que el alma goza aquí ninguna cosa se entiende, si no es al principio cuando comienza, que es grandísima la suavidad. Así que está claro ser lo que dice la Esposa, porque la sabiduría de Dios suple aquí por el alma, y El ordena cómo gane tan grandísimas mercedes en aquel tiempo, porque estando tan fuera de sí, y tan asorta, que ninguna cosa puede obrar con las potencias, ¿cómo había de merecer? Pues es posible que la hace Dios merced tan grande, para que pierda el tiempo y no gane nada en El, no es de creer. ¡Oh secretos de Dios! Aquí no hay más de rendir nuestros entendimientos y pensar que para entender las grandezas de Dios no valen nada. Aquí viene bien el acordarnos, cómo lo hizo con la Virgen nuestra Señora con toda la sabiduría que tuvo, y cómo preguntó al ángel: *¿Cómo será esto?* En diciéndola: *El Espíritu Santo sobreverná en tí, y la virtud del muy alto te hará sombra*, no curó de más disputar como quien tenía tan gran fe y sabiduría, entendió luego, que entrevi-

niendo estas dos cosas, no habia más que saber ni dudar. No como algunos letrados, que no les lleva el Señor por este modo de oracion, ni tienen principio de espíritu, que quieren llevar las cosas por tanta razon, y tan medidas por sus entendimientos, que no parece sino que han ellos con sus letras de comprender todas las grandezas de Dios. ¡Si deprendiesen algo de la humildad de la Virgen sacratísima! ¡Oh, Señora mia, cuán al cabal se puede entender por Vos lo que pasa Dios con la Esposa, conforme á lo que dice en los Cánticos! Y así ver podeis, hijas, en el Oficio que rezamos de nuestra Señora cada semana, lo mucho que está dello en Antífonas y Lecciones. En otras almas podránlo entender cada uno, como Dios lo quiere dar á entender, que muy claro podrá ver si ha llegado á recibir algo de estas mercedes semejantes á esto que dice la Esposa: *Ordenó en mí la caridad*. Porque no saben á dónde estuvieron, ni cómo en regalo tan subido contentaron al Señor, ni qué se hicieron, pues no le daban gracias por ello. ¡Oh, alma amada de Dios! no te fatigues, que cuando Su Majestad te llega á tí y te habla tan regaladamente, como verás en muchas palabras que dice en los cánticos á la Esposa, como *Toda eres hermosa, amiga mia*, y otras, como digo, muchas, en que mues-

tra el contento que tiene de ella: de creer es que no consentirá que le descontente á tal tiempo, sino que le ayudará á lo que ella no supiere para contentarse de ella más. Véla perdida de sí, enajenada por amarle, y que la misma fuerza del amor le ha quitado el entendimiento para poderle más amar; sí, ¿qué no ha de sufrir dejar de darse á quien se le da toda? Paréceme á mí que va Su Majestad esmaltando sobre este oro, que ya tiene aparejado con sus dones, y tocado para ver de qué quilates es el amor que le tiene, por mil maneras y modos, que el alma que llega aquí podrá decir. Esta alma, que es el oro, estáse en este tiempo sin hacer más movimiento, ni obrar más por sí, que estaria el mismo oro y la divina sabiduría; contenta de verla así: como hay tan pocas que con esta fuerza le amen, va asentando en este oro muchas piedras preciosas y esmaltes con mil labores. Pues esta alma, ¿qué hace en este tiempo? Esto es lo que no se puede entender, ni saber más de lo que dice la Esposa: *Ordenó en mí la caridad.*

Ella al ménos si ama, no sabe cómo, ni entiende qué es lo que ama: el grandísimo amor que la tiene el Rey que la ha traído á tan gran estado, debe de haber juntado el amor de esta alma á Sí, de manera que no lo merece entender el entendimiento,

sino estos dos amores se tornan uno; y puesto tan verdaderamente, y junto con el de Dios, ¿cómo le ha de alcanzar el entendimiento? Piérdele de vista en aquel tiempo, que nunca dura mucho, sino con brevedad, y allí le ordena de manera Dios, que sabe bien contentar á Su Majestad entónces, y áun despues, sin que el entendimiento lo entienda, como queda dicho. Mas entiéndelo bien despues que ve esta alma esmaltada y compuesta de piedras y perlas de virtudes, que le tienen espantado y puede decir: *¿Quién es ésta que ha quedado como el sol?* ¡Oh verdadero Rey, y qué razon tuvo la Esposa de poneros este nombre! Pues en un momento podeis dar riquezas y ponerlas en un alma, que se gozan para siempre. ¡Qué ordenado deja el amor en esta alma!

Yo podré dar buenas señas de esto, porque he visto algunas. De una me acuerdo ahora, que en tres dias la dió el Señor bienes, que si la experiencia de haber ya algunos años, y siempre mejorando, no me lo hicieran creer, no me parecia posible; y áun á otra en tres meses, y entramas eran de poca edad. Otras he visto, que despues de mucho tiempo les hace Dios esta merced: y he dicho de estas dos y de alguna otras podia decir, porque he escrito aquí que son pocas las almas, que sin haber

pasado muchos años de trabajos, les hace nuestro Señor estas mercedes, para que se entienda con algunas. No se ha de poner tasa á un Señor tan grande, y tan ganoso de hacer mercedes. Acaece, y esto es casi ordinario, cuando el Señor llega á un alma á hacerla estas mercedes (digo que sean mercedes de Dios, no sean ilusiones ó melancolías ó ensayos que hace la misma naturaleza; esto el tiempo lo viene á descubrir, y áun esotro tambien, porque quedan las virtudes tan fuertes y el amor tan encendido, que no se encubre, porque siempre, áun sin querer, aprovechan á otras almas). *Ordenó en mí el Rey la caridad*, tan ordenada, que el amor que tenía al mundo se le quita, y el que así le vuelve en desamor, y el que á sus deudos queda de suerte que sólo los quiere por Dios; y el que á los enemigos, no se podrá creer sino se prueba; es muy crecido el que á Dios, tan sin tasa, que la aprieta algunas veces más de lo que puede sufrir su bajo natural, y como ve que ya desfallece y va á morir, dice: *Sostenéme con flores, y acompañadme con manzanas, porque desfallezco de mal de amores.*

CAPITULO VII.

Del amor de Dios provechoso, que es el sumo grado de amor, y tiene dos partes. La primera, cuando el alma por solo el deseo de agradar á Dios, ejercita obras grandes de su servicio. La segunda, cuando á imitacion de Cristo crucificado pide y desea tribulaciones.

*Sostenéme con flores, y acompañadme con manzanas,
porque desfallezco de mal de amores.*

¡Oh qué lenguaje tan divino este para mi propósito! ¿Cómo, Esposa santa, mata os la suavidad? porque segun he sabido, algunas veces es tan excesiva, que deshace el alma de manera, que no parece ya que la hay para vivir, y pedís flores. ¿Qué flores son éstas? Porque éste no es el remedio, salvo si no le pedís para acabar ya de morir, que á la verdad no se desea cosa más cuando el alma llega aquí. Mas no viene bien, porque dice — *Sostenéme con flores*: y el sostener no me parece que es pedir la muerte, sino querer con la vida servir en algo á quien tanto ve que debe. No penseis, hijas, que es encarecimiento decir que muere, sino que, como he dicho, pasa en hecho de verdad. Que el amor obra con tanta fuerza algunas veces, que se enseñoorea de manera sobre todas las fuerzas del sujeto natural, que sé de una persona, que estando en oracion semejante, oyó cantar una buena voz, y certifica que, á su parecer, si el canto no cesára, iba

ya á salirsele el alma, del gran deleite y suavidad que nuestro Señor le daba á gustar, y así proveyó su Majestad que dejase el canto quien cantaba, que la que estaba en esta suspension bien se podia morir, mas no decir que cesase; porque todo el movimiento exterior estaba sin poder hacer operacion ninguna, ni bullirse, y este peligro en que se vía se entendia bien; mas de un arte como quien está en un sueño profundo de cosa que querria salir della, y no puede hablar, áun que quiera. Aquí el alma no querria salir de ella, ni le seria penoso, sino grande contentamiento, que eso es lo que desea. ¡ Y cuán dichosa muerte sería á manos de este amor! sino que algunas veces dale su Majestad luz de que es bien que viva, y ella ve no lo podrá su natural flaco sufrir, si mucho dura aquel bien, y pídele otro bien para salir de aquel tan grandísimo, y así dice—*Sostenéme con flores*. De otro olor son esas flores que las que acá olemos. Entiendo yo aquí, que pide hacer grandes obras en servicio de nuestro Señor y del prójimo, y por esto huelga de perder aquel deleite y contento; que aunque es vida más ativa que contemplativa, y parece perderá si le concede esta peticion, cuando el alma está en este estado, nunca dejan de obrar casi juntas Marta y María, porque en lo

ativo, y que parece exterior, obra lo interior, y cuando las obras ativas salen de esta raiz, son admirables y olorosisimas flores, porque proceden de este árbol de amor de Dios, y por solo Él, sin ningun interese propio, y extiéndese el olor de estas flores, para aprovechar á muchos, y es olor que dura: no pasa presto, sino que hace gran operacion.

— Quiérome declarar más, porque lo entendais. Predica uno un sermon, con intento de aprovechar las almas, mas no está tan desasido de provechos humanos, que no lleva alguna pretension de contentar, ó por ganar honra ó crédito, ó que si está puesto á llevar alguna calonjia por predicar bien. Así son otras cosas que hacen en provecho de los prójimos muchos, y con buena intencion; mas con mucho aviso de no perder por ellos ni descontentar. Temen persecucion: quieren tener gratos los reyes y señores y el pueblo: van con la discrecion que el mundo tanto honra: ésta es amparadora de hartas imperfecciones, porque le ponen nombre de discrecion, y plega al Señor que lo sea. Estos servirán á su Majestad, y aprovechan mucho, mas no son así las obras que pide la Esposa, á mi parecer, y las flores, sino un mirar á sola honra y gloria de Dios en todo. Que verdaderamente á las almas que

el Señor llega aquí, según he entendido de algunas, creo no se acuerdan más de sí, que si no fuesen, para ver si perderán ó ganarán, sólo miran al servir y contentar al Señor, porque saben el amor que tiene á sus criados, gustan de dejar su sabor y bien por contentarle en servirlos, y decirles las verdades, para que se aprovechen sus almas, por el mejor término que pueden, ni se acuerdan, como digo, si perderán ellos: la ganancia de sus prójimos tienen presente, y no más; por contentar más á Dios, se olvidan á sí por ellos, y pierden la vida en la demanda, como hicieron muchos mártires, y envueltas sus palabras en este tan subido amor de Dios, emborrachadas de aquel vino celestial, no se acuerdan, y si se acuerdan, no se les da nada descontentar á los hombres: estos tales aprovechan mucho. Acuérdomé ahora lo que muchas veces he pensado de aquella santa Samaritana, que herida debía de estar de esta yerba, y cuán bien había comprendido en su corazón las palabras del Señor, pues deja al mismo Señor, porque ganen y se aprovechen los de su pueblo, que da bien á entender esto que voy diciendo: y en pago de esta tan gran caridad mereció ser creída, y ver el gran bien que hizo nuestro Señor en aquel pueblo. Paréceme que debe de ser uno de los

grandísimos consuelos que hay en la tierra, ver uno almas aprovechadas por medio suyo. Entónces me parece se come el fruto gustosísimo de estas flores. Dichosos á los que el Señor hace estas mercedes, bien obligados están á servirle. Iba esta santa mujer con aquella borrachez divina dando gritos por las calles. Lo que me espanta á mí es ver cómo la creyeron una mujer, y no debia de ser de mucha suerte, pues iba por agua: de mucha humildad sí, pues cuando el Señor la dijo sus faltas, no se agravió (como lo hace ahora el mundo, que son malas de sufrir las verdades) sino díjole, que debia ser profeta. En fin, le dieron crédito, y, por solo su dicho, salió gran gente de la ciudad á ver al Señor. Así digo que aprovechan mucho los que despues de estar hablando con su Majestad algunos años, ya que reciben regalos y deleites suyos, no quieren dejar de servir en las cosas penosas, aunque se estorben estos deleites y contentos: digo que estas flores y obras salidas y producidas del árbol de tan herviente amor, dura su olor mucho mas, y aprovecha más un alma de estas con sus palabras y obras, que muchos que las hagan con el polvo de nuestra sensualidad, y con algun interese propio.

Destas produce la fruta: estos son los

manzanos que luégo dice la Esposa — *Acompañadme de manzanos*. Dadme, Señor, trabajos, dadme persecuciones; verdaderamente los desea, y áun salen bien de ellos; porque, como ya no mira su contento, sino el contentar á Dios, su gusto es en imitar en algo la vida trabajosísima que Cristo vivió. Entiendo yo por el manzano el árbol de la cruz, porque dijo en otro cabo en los Cantares: *Debajo del árbol manzano te resucité*: y un alma, que está rodeada de cruces de trabajos, gran remedio espera. No está tan de ordinario en el deleite de la contemplacion; tiénele grande en padecer, mas no la consume y gasta la virtud, como lo debe hacer, si es muy ordinario esta suspension de las potencias en la contemplacion. Y tambien tiene razon de pedir esto, que no ha de ser siempre gozar sin servir ni trabajar en algo. Yo lo miro con advertencia en algunas personas (que muchas no las hay por nuestros pecados) que mientras más adelante están en esta oracion y regalos de nuestro Señor, más acuden á los regalos y salvacion de los prójimos, en especial á las de las ánimas, que por sacar una de pecado mortal, parece darán muchas vidas, como dije al principio.

¡Quién hará creer esto á los que comienzan nuestro Señor á dar regalos! Sino que

quizá les parecerá trayn estotros la vida mal aprovechada, y que estarse ellos en su rincon gozando de ésto, es lo que hace al caso. Es providencia del Señor, á mi parecer, no entender éstos á dónde llegan estotras almas; porque en el hervor de los principios, querrian luego dar salto hasta allí, y no les conviene, porque áun no están criadas, sino que es menester que se sustenten más dias con la leche que dije al principio. Esténse cabe aquellos divinos pechos, que el Señor terná cuidado, cuando estén ya con fuerzas, de sacarlas á más, porque no harian el provecho que piensan, ántes se le dañarian á sí. Y porque en el libro que os he dicho hallaréis cuando ha un alma de desear salir aprovechar á otras, y el peligro que es salir ántes de tiempo muy por menudo, no lo quiero decir aquí, ni alargarme más en esto, pues mi intento fué, cuando lo comencé, daros á entender cómo podréis regalaros, cuando oyerdes algunas palabras de los Cánticos, y pensar (aunque son á entender vuestro escuras) los grandes misterios que hay en ellas; y alargarme más, sería atrevimiento. Plega al Señor no lo haya sido lo que he dicho, aunque ha sido por obedecer á quien me lo ha mandado. Sírvase su Majestad de todo, que si algo bueno va aquí, bien creeréis no es mio, pues ven

las hermanas que están conmigo con la priesa que lo he escrito, por las muchas ocupaciones. Suplicá á su Majestad que yo lo entienda por experiencia. A la que le pareciere que tiene algo de esto, alabe á nuestro Señor, y pídale esto postrero, porque no sea para sí sola la ganancia. Plega á nuestro Señor nos tenga de su mano, y enseñe siempre á cumplir su voluntad. *Amén.*

EXCLAMACIONES.

I.

¡Oh vida, vida! ¿Cómo puedes sustentarte estando ausente de tu Vida? En tanta soledad, en qué te empleas? ¿Qué haces, pues todas tus obras son imperfectas y faltas? ¿Qué te consuela, oh ánima mia, en este tempestuoso mar? Lástima tengo de mí, y mayor del tiempo que no viví lastimada. ¡Oh Señor, que vuestros caminos son suaves! Mas ¿quién caminará sin temor? Temo de estar sin serviros, y cuando os voy á servir, no hallo cosa que me satisfaga, para pagar algo de lo que debo. Parece que me querria emplear toda en esto, y cuando bien considero mi miseria, veo que no puedo hacer nada que sea bueno, si no me lo dais Vos. ¡Oh Dios mio, Misericordia mia! ¿qué haré para que no deshaga yo las grandezas que Vos haceis conmigo? Vuestras obras son santas, son justas, son de inestimable valor, y con gran sabiduría, pues la mesma sois

Vos, Señor. Si en ella se ocupa mi entendimiento, quájase la voluntad, porque querria que nadie la estorbese á amarnos; pues no puede el entendimiento en tan grandes grandezas alcanzar quién es su Dios, y deséale gozar, y no ve cómo puesta en cárcel tan penosa como esta mortalidad. Todo lo estorba, aunque primero fué ayudada en la consideracion de vuestras grandezas, á donde se hallan mejor las innumerables bajezas mias. ¿Para qué he dicho esto, mi Dios? ¿A quién me quejo? ¿Quién me oye sino Vos, Padre y Criador mio? Pues para entender Vos mi pena, ¿qué necesidad tengo de hablar, pues tan claramente veo que estais dentro de mí? Este es mi desatino. Mas ¡ay Dios mio! ¿Cómo podré yo saber cierto, que no estoy apartada de Vos? ¡Oh vida mia, que has de vivir con tan poca seguridad de cosa tan importante! Quién te deseará, pues la ganancia que de tí se puede sacar, ú esperar, que es contentar en todo á Dios, está tan incierta y llena de peligros.

II.

Muchas veces, Señor mio, considero, que si con algo se puede sustentar el vivir sin Vos, es en la soledad, porque descansa el alma con su descanso; puesto que como



no se goza con entera libertad, muchas veces se dobla en tormento; mas el que da el haber de tratar con las criaturas, y dejar de entender el alma á solas con su Criador, hace tenerle por deleite. ¿Mas qué es esto, mi Dios, que el descanso cansa al alma, que sólo pretende contentaros? ¡Oh amor poderoso de Dios, cuán diferentes son tus efectos del amor del mundo! Este no quiere compañía, por parecerle que le han de quitar de lo que posé. El de mi Dios miétras más amadores entiende que hay, más crece, y así sus gozos se templan en ver que no gozan todos de aquel bien. ¡Oh bien mio! Que esto hace, que en los mayores regalos y contenidos que se tienen con Vos, lastime la memoria de los muchos que hay, que no quieren estos contenidos, y de los que para siempre los han de perder. Y así el alma busca medios para buscar compañía, y de buena gana deja su gozo, cuando piensa será alguna parte, para que otros le procuren gozar. Mas, Padre celestial mio, ¿no valdria más dejar estos deseos para cuando esté el alma con ménos regalos vuestros, y ahora emplearse toda en gozaros? ¡Oh Jesus mio, cuán grande es el amor que tenéis á los hijos de los hombres! Que el mayor servicio que sé os puede hacer, es dejaros á Vos por su amor y ganancia, y

entonces sois poseido más enteramente; porque aunque no se satisface tanto en gozar la voluntad, el alma se goza de que os contenta á Vos, y ve que los gozos de la tierra son inciertos, aunque parezcan dados de Vos, mientras vivimos en esta mortalidad, si no van acompañados en el amor del prójimo. Quien no le amare, no os ama, Señor mio; pues con tanta sangre vemos mostrado el amor tan grande que teneis á los hijos de Adan.

III.

Considerando la gloria que teneis, Dios mio, aparejada á los que perseveraren en hacer vuestra voluntad, y con cuántos trabajos y dolores la ganó vuestro Hijo, y cuán mal lo tenemos merecido, y lo mucho que merece que no se desagradezca la grandeza de amor, que tan costosamente nos ha enseñado á amar, se ha afligido mi alma en gran manera. ¿Cómo es posible, Señor, se olvide todo esto, y que tan olvidados estén los mortales de Vos cuando os ofenden? Oh, Redentor mio, ¡y cuán olvidados se olvidan de sí! ¡Y que sea tan grande vuestra bondad, que entonces os acordeis Vos de nosotros, y que habiendo caido por heriros á Vos de golpe mortal, olvidado de esto, nos torneis á dar la ma-

no, y despertéis de frenesí tan incurable, para que procuremos y os pidamos salud! Bendito sea tal Señor, bendita tan gran misericordia y alabado sea por siempre por tan piadosa piedad. ¡Oh ánima mia! Bendicé para siempre á tan gran Dios. ¿Cómo se puede tornar contra Él? ¡Oh, que á los que son desagradecidos la grandeza de la merced les daña! Remediadlo Vos, mi Dios. ¡Oh hijos de los hombres! ¿hasta cuándo seréis duros de corazon, y le tendréis para ser contra este mansísimo Jesus? ¿Qué es esto? ¿Por ventura permanecerá nuestra maldad contra Él? No, que se acaba la vida del hombre, como la flor del heno, y ha de venir el Hijo de la Virgen á dar aquella terrible sentencia. ¡Oh poderoso Dios mio! Pues aunque no queramos, nos habeis de juzgar, porque no miramos lo que nos importa teneros contento para aquella hora. Mas ¿quién, quién no querrá juez tan justo? ¡Bienaventurados los que en aquel temeroso punto se alegraren con Vos, oh Dios y Señor mio! Al que Vos habeis levantado, y él ha conocido cuán miseramente se perdió por ganar un muy breve contento, y está determinado á contentaros siempre, y ayudándole vuestro favor (pues no faltais, Bien mio de mi alma, á los que os quieren, ni dejais de responder á quien os llama),

¿qué remedio, Señor, para poder despues vivir, que no sea muriendo, con la memoria de haber perdido tanto bien, como tuviera estando en la inocencia que quedó del bautismo? La mejor vida que puede tener es morir siempre con este sentimiento. Mas el alma que tiernamente os ama, ¿cómo lo ha de poder sufrir? ¡Mas qué desatino os pregunto, Señor mio! Parece que tengo olvidadas vuestras grandezas y misericordias, y como venistes al mundo por los pecadores, y nos comprastes por tan gran precio, y pagastes nuestros falsos contentos, con sufrir tan crueles tormentos y azotes. Remediastes mi ceguedad con que atapasen vuestros divinos ojos, y mi vanidad con tan cruel corona de espinas. ¡Oh Señor, Señor! Todo esto lastima más á quien os ama: sólo consuela, que será alabada para siempre vuestra misericordia, cuando se sepa mi maldad, y con todo no sé si quitarán esta fatiga, hasta que con veros á Vos se quiten todas las miserias de esta mortalidad.

IV.

Parece, Señor mio, que descansa mi alma, considerando el gozo que terná, si por vuestra misericordia le fuere concedido gozar de Vos. Mas querria primero

serviros, pues ha de gozar de lo que Vos sirviéndole á ella le ganastes. ¿Qué haré, Señor mio? ¿Qué haré, mi Dios? ¡Oh qué tarde se han encendido mis deseos, y qué temprano andábades Vos, Señor, granjeando y llamando para que toda me emplease en Vos. ¿Por ventura, Señor, desamparastes al miserable, ó apartastes al pobre mendigo, cuando se quiere llegar á Vos? ¿Por ventura, Señor, tienen término vuestras grandezas, ó vuestras magníficas obras? ¡Oh Dios mio y misericordia mia! ¡Y cómo las podeis mostrar ahora en vuestra sierva! Poderoso sois, gran Dios: ahora se podrá entender si mi alma se entiende á sí, mirando el tiempo que ha perdido, y como en un punto podeis Vos, Señor, hacer que le torne á ganar. Paréceme que desatino, pues el tiempo perdido suelen decir, que no se puede tornar á cobrar. Bendito sea mi Dios. ¡Oh Señor! Confieso vuestro gran poder: si sois poderoso, como lo sois, ¿qué hay imposible al que todo lo puede? Quered Vos, Señor mio, quered, que aunque soy miserable, firmemente creo que podeis lo que quereis, y mientras mayores maravillas oigo vuestras; y considero que podeis hacer más, más se fortalece mi fe, y con mayor determinacion creo que lo haréis Vos. ¿Y qué hay que maravillarse de lo que hace el To-

dopoderoso? Bien sabeis Vos, mi Dios, que entre todas mis miserias nunca dejé de conocer vuestro gran poder y misericordia. Válame, Señor, esto en que no os he ofendido. Recúperad, Dios mio, el tiempo perdido, con darme gracia en el presente y porvenir, para que parezca delante de Vos con vestiduras de bodas, pues si que-reis podeis.

V.

¡Oh, Señor mio! ¿Cómo os osa pedir mercedes quien tan mal os ha servido, y ha sabido ganar lo que le habeis dado? ¿Qué se puede confiar de quien muchas veces ha sido traidor? ¿Pues qué haré, consuelo de los desconsolados, y remedio de quien se quiere remediar de Vos? ¿Por ventura, será mejor callar con mis necesidades, esperando que vos las remedieis? No por cierto, que Vos, Señor mio y deleite mio, sabiendo las muchas que habian de ser, y el alivio que nos es contarlas á Vos, decís que os pidamos, y que no dejaréis de dar. Acuérdome algunas veces de la queja de aquella santa mujer María, que no sólo se quejaba de su hermana, ántes tengo por cierto que su mayor sentimiento era, pareciéndole no os doliades Vos, Señor, del trabajo que ella pasaba,

ni se os daba nada que ella estuviese con Vos. Por ventura le pareció no era tanto el amor que la teníades, como á su hermana, que esto le debia hacer mayor sentimiento, que el servir á quien ella tenía tan gran amor, que éste hace tener por descanso el trabajo. Y parécese en no decir nada á su hermana, ántes con toda su queja se fué á Vos, Señor, que el amor la hizo atrever á decir, que cómo no teníades cuidado. Y áun en la respuesta parece ser y proceder la demanda de lo que digo; que sólo amor es el que da valor á todas las cosas, y que sea tan grande, que ninguna le estorbe á amar, es lo más necesario. ¿Mas cómo le podrémos tener, Dios mio, conforme á lo que merece el amado, si el que Vos me teneis no le junta consigo? ¿Quejaréme con esta santa mujer? ¡Oh! que no tengo ninguna razon, porque siempre he visto en mi Dios hartos mayores y más crecidas muestras de amor de lo que yo he sabido pedir ni desear: si no me quejo de lo mucho que vuestra benignidad me ha sufrido, no tengo de qué. ¿Pues qué podrá pedir una cosa tan miserable como yo? Que me deis, Dios mio, que os dé con San Agustín, para pagar algo de lo mucho que os debo, que os acordeis que soy vuestra hechura, y que conozca yo quien es mi Criador, para que le ame.

VI.

¡Oh deleite mio, Señor de todo lo criado, y Dios mio! ¿Hasta cuándo esperaré ver vuestra presencia? ¿Qué remedio dais á quien tan poco tiene en la tierra, para tener algun descanso fuera de Vos? ¡Oh vida larga! ¡Oh vida penosa! ¡Oh vida que no se vive! ¡Oh qué sola soledad! ¡Qué sin remedio! ¿Pues cuándo, Señor, cuándo? ¿Hasta cuándo? ¿Qué haré, bien mio, qué haré? ¿Por ventura desearé no desearos? ¡Oh mi Dios y mi Criador, que llagais y no poneis la medicina, herís y no se ve la llaga, matais dejando con más vida; en fin, Señor mio, haceis lo que quereis como poderoso! Pues un gusano tan despreciado, mi Dios, ¿quereis sufra estas contrariedades? Sea así, mi Dios, pues Vos lo quereis, que yo no quiero sino quereros. ¡Mas ay, ay, Criador mio, que el dolor grande hace quejar, y decir lo que no tiene remedio, hasta que Vos querais! Y alma tan encarcelada desea su libertad, deseando no salir un punto de lo que Vos querais. Quered, gloria mia, que crezca su pena, ó remediadla del todo. ¡Oh muerte, muerte! ¡No sé quien te teme, pues está en tí la vida! ¡Mas quién no temerá, habiendo gastado parte della en no amar á su Dios? Y pues soy ésta, ¿qué

vido y qué deseo? ¿Por ventura el castigo tan bien merecido de mis culpas? No lo primitais Vos, bien mio, que os costó mucho mi rescate. ¡Oh ánima mia! Deja hacerse la voluntad de tu Dios, eso te conviene: sirve, y espera en su misericordia, que remediará tu pena, cuando la penitencia de tus culpas haya ganado algun perdon dellas: no quieras gozar sin padecer. ¡Oh verdadero Señor y Rey mio, que aún para esto no soy, si no me favorece vuestra soberana mano y grandeza, que con esto todo lo podré!

VII.

¡Oh esperanza mia y Padre mio, y mi Criador, y mi verdadero Señor y Hermano! Cuando considero en cómo decís que son vuestros deleites con los hijos de los hombres, mucho se alegra mi alma. ¡Oh Señor del cielo y de la tierra! ¡Y qué palabras éstas para no desconfiar ningun pecador! ¿Fáltaos, Señor, por ventura con quien os deleiteis, que buscáis un gusanillo tan de mal olor como yo? Aquella voz se oyó cuando el Bautismo, que dice, que os deleitais con vuestro Hijo. ¿Pues, hemos de ser todos iguales, Señor? ¡Oh qué grandísima misericordia, y qué favor tan sin poderlo nosotras merecer! ¿Y qué todo

esto olvidemos los mortales? Acordaos Vos, Dios mio, de tanta miseria, y mirad nuestra flaqueza, pues de todo sois sabidor. ¡Oh ánima mia! considera el gran deleite, y gran amor que tiene el Padre en conocer á su Hijo, y el Hijo en conocer á su Padre, y la inflamacion con que el Espíritu Santo se junta con ellos: y como ninguna se puede apartar de este amor y conocimiento, porque son una misma cosa. Estas soberanas personas se conocen, éstas se aman, y unas con otras se deleitan. ¿Pues qué menester es mi amor? Para qué le quereis, Dios mio, ó qué ganais? ¡Oh bendito seais, Vos, oh bendito seais, Dios mio, para siempre! Alaben os todas las cosas, Señor, sin fin, pues no lo puede haber en Vos. Alégrate, ánima mia, que hay quien ame á tu Dios como Él merece. Alégrate, que hay quien conoce su bondad y valor. Dale gracias, que nos dió en la tierra quien así le conoce, como á su único Hijo. Debajo de este amparo podrás llegar, y suplicarle, que pues su Majestad se deleita contigo, que todas las cosas de la tierra no sean bastantes á apartarte de deleitarte tú, y alegrarte en la grandeza de tu Dios, y en cómo merece ser amado y alabado, y que te ayude para que tú seas alguna partecita para ser bendecido su nombre, y que pue-

das decir con verdad — *Engrandece y loa mi ánima al Señor.*

VIII.

¡Oh Señor Dios mio, y como teneis palabra de vida, á donde todos los mortales halláran lo que desean, si lo quisiéremos buscar! Mas que maravilla, Dios mio, que olvidemos vuestras palabras con la locura y enfermedad, que causan nuestras malas obras. ¡Oh Dios mio, Dios, Dios Hacedor de todo lo criado! ¿Y qué es lo criado, si Vos, Señor, quisiéredes criar más? Sois todopoderoso, son incomprensibles vuestras obras. Pues haced, Señor, que no se aparten de mi pensamiento vuestras palabras. Decís Vos: Venid á mí todos los que trabajais y estais cargados, que yo os consolaré. ¿Qué más queremos, Señor? ¿Qué pedimos? ¿Qué buscamos? ¿Por qué están los del mundo perdidos, sino por buscar descanso? ¡Válame Dios, oh válame Dios! ¿Qué es esto, Señor? ¡Oh qué lástima! ¡Oh gran ceguedad, que le busquemos en lo que es imposible hallarle! Habed piedad, Criador, de estas vuestras criaturas. Mirad que no nos entendemos, ni sabemos lo que deseamos, ni atinamos lo que pedimos. Dadnos, Señor, luz; mirad que es más menester, que al ciego que lo era de su naci-

miento, que éste deseaba ver la luz, y no podía: ahora, Señor, no se quiere ver. ¡Oh qué mal tan incurable! Aquí, Dios mio, se ha de mostrar vuestro poder, aquí vuestra misericordia. ¡Oh qué recia cosa os pido, verdadero Dios mio, que querais á quien no os quiere, que abrais á quien no os llama, que deis salud á quien gusta de estar enfermo, y anda procurando la enfermedad! Vos decís, Señor mio, que venís á buscar los pecadores: éstos, Señor, son los verdaderos pecadores: no mireis nuestra ceguedad, mi Dios, sino á la mucha sangre que derramó vuestro Hijo por nosotros: resplandezca vuestra misericordia en tan crecida maldad: mirad, Señor, que somos hechura vuestra. Válganos vuestra bondad y misericordia.

IX.

¡Oh piadoso y amoroso Señor de mi alma! También decís Vos—Vení á mí todos los que teneis sed, que yo os daré á beber. ¿Pues cómo puede dejar de tener gran sed el que se está ardiendo en vivas llamas en las codicias de estas cosas miserables de la tierra? Hay grandísima necesidad de agua para que en ella no se acabe de consumir. Ya sé yo, Señor mio, de vuestra bondad que se la daréis: Vos mesmo lo

decís, no pueden faltar vuestras palabras. Pues si de acostumbrados á vivir en este fuego, y de criados en él, ya no lo sienten, ni atinan de desatinados á ver su gran necesidad, ¿qué remedio, Dios mío? Vos venistes al mundo para remediar tan grandes necesidades como estas, comenzad, Señor: en las cosas más dificultosas se ha de mostrar vuestra piedad. Mirad, Dios mío, que van ganando mucho vuestros enemigos: habed piedad de los que no la tienen de sí, ya que su desventura los tiene puestos en estado que no quieren venir á Vos; venid Vos á ellos, Dios mío. Yo os lo pido en su nombre, y sé que como se entiendan, y tornen en sí, y comiencen á gustar de Vos, resucitarán estos muertos.

Oh vida, que la dais á todos! No me negueis á mí esta agua dulcísima que prometéis á los que la quieren: yo la quiero, Señor, y la pido y vengo á Vos: no os escondáis, Señor, de mí, pues sabéis mi necesidad, y que es verdadera medicina del alma llagada por Vos. ¡Oh Señor, qué de maneras de fuegos hay en esta vida! ¡Oh, con cuánta razon se ha de vivir con temor! Unos consumen el alma, otros la purifican, para que viva para siempre gozando de Vos. ¡Oh fuentes vivas de las llagas de mi Dios! Como manaréis siempre con gran abundancia para nuestro manteni-

miento, y qué seguro irá por los peligros de esta miserable vida, el que procuráre sustentarse de este divino licor.

X.

¡Oh Dios mio de mi alma, qué priesa nos damos á ofenderos! ¡Y cómo os la dais Vos mayor á perdonarnos! ¿Qué causa hay, Señor, para tan desatinado atrevimiento, si es, el haber ya entendido vuestra gran misericordia, y olvidarnos de que es justa vuestra justicia? Cercáronme los dolores de la muerte: ¡oh, oh, oh, qué grave cosa es el pecado, que bastó para matar á Dios con tantos dolores! ¡Y cuán cercado estais, mi Dios, de ellos! ¿A dónde podeis ir, que no os atormenten? De todas partes os dan heridas mortales. ¡Oh cristianos! Tiempo es de defender á vuestro Rey, y de acompañarle en tan gran soledad, que son muy pocos los vasallos que le han quedado, y mucha la multitud que acompaña á Lucifer; y lo que peor es, que se muestran amigos en lo público, y véndenle en lo secreto: casi no halla de quien se fiar. ¡Oh amigo verdadero, qué mal os paga el que os es traidor! ¡Oh cristianos verdaderos! Ayudad á llorar á vuestro Dios, que no es por solo Lázaro aquellas piadosas lágrimas, sino por los que no ha-

bían de querer resucitar, aunque su Majestad les diese voces. ¡Oh bien mio, qué presentes teníades las culpas que he cometido contra Vos! Sean ya acabadas, Señor, sean acabadas, y las de todos. Resucitad á estos muertos, sean vuestras voces, Señor, tan poderosas, que aunque no os pidan la vida se la deis, para que despues, Dios mio, salgan de la profundidad de sus deleites. No os pidió Lázaro que le resucitáredes. Por una mujer pecadora lo hicistes, veisla aquí, Dios mio, y muy mayor: respandezca vuestra misericordia. Yo, aunque miserable, lo pido, por las que no os lo quieren pedir. Ya sabeis, Rey mio, lo que me atormenta, verlos tan olvidados de los grandes tormentos, que han de padecer para sin fin, si no se tornan á Vos. ¡Oh los que estais mostrados á deleites y contentos y regalos y hacer siempre vuestra voluntad, habed lástima de vosotros! Acordaos que habeis de estar sujetos siempre, siempre sin fin á las furias infernales: mirad, mirad, que os ruega ahora el juez que os ha de condenar, y que no teneis un solo momento segura la vida; ¿por qué no queréis vivir para siempre? ¡Oh dureza de corazones humanos! Ablándelos vuestra inmensa piedad, mi Dios.

XI.

¡Oh váleme Dios! ¡Oh váleme Dios!
¡Qué gran tormento es para mí, cuando considero qué sentirá un alma, que siempre ha sido acá tenida y querida y servida y estimada y regalada, cuando en acabándose de morir se vea ya perdida para siempre, entienda claro que no ha de tener fin: que allí no le valdrá querer no pensar las cosas de la fe (como acá ha hecho) y se vea apartar de lo que le parecerá que aún no había comenzado á gozar! Y con razon, porque todo lo que con la vida se acaba es un soplo, y rodeado de aquella compañía disforme y sin piedad, con quien siempre ha de padecer, metida en aquel lago hediondo, lleno de serpientes, que la que más pudiere la dará mayor bocado: en aquella miserable escuridad, á donde no verán sino lo que les dará tormento y pena, sin ver luz, sino de una llama tenebrosa. ¡Oh que poco encarecido va para lo que es! Oh, Señor, ¿quién puso tanto lodo en los ojos de esta alma, que no haya visto esto, hasta que se vea allí? Oh, Señor, ¿quién ha atapado sus oídos, para no oír las muchas veces que se le había dicho esto, y la eternidad de estos tormentos? ¡Oh vida que no se acabará! ¡Oh tormento sin fin! ¡Oh tormento sin fin!

¿Cómo no os temen los que temen dormir en una cama dura, por no dar pena á su cuerpo? Oh, Señor Dios mio. Lloro el tiempo que no lo entendí; y pues sabeis, mi Dios, lo que me fatiga ver los muy muchos que hay, que no quieren entenderlo: si quiera uno, Señor, si quiera uno que ahora os pido alcance luz de Vos, que seria para tenerla muchos. No por mí, Señor, que no lo merezco, sino por los méritos de vuestro Hijo: mirad sus llagas, Señor, y pues Él perdonó á los que se las hicieron, perdonadnos Vos á nosotros.

XII.

¡Oh mi Dios y mi verdadera fortaleza! ¿Qué es esto, Señor, que para todo somos cobardes, si no es para contra Vos? Aquí se emplean todas las fuerzas de los hijos de Adán. Y si la razon no estu-riese tan ciega, no bastarian las de todos juntos, para atreverse á tomar armas contra su Criador, y sustentar guerra continua contra quien los puede hundir en los abismos en un momento, sino como está ciega, quedan como locos, que buscan la muerte: porque en su imaginacion les parece con ella ganar la vida: en fin, como gente sin razon. ¿Qué podemos hacer, Dios mio, á los que están con esta enfermedad de locura? Dicen que

el mismo mal les hace tener grandes fuerzas; así es los que se apartan de Dios, gente enferma, que toda su furia es con Vos, que les haceis más bien. ¡Oh sabiduría, que no se puede comprender! Como fué necesario todo el amor que teneis á vuestras criaturas, para poder sufrir tanto desatino, y aguardar á que sanemos, y procurarlo con mil maneras de medios y remedios. Cosa es que me espanta, cuando considero que falta el esfuerzo para irse á la mano de una cosa muy leve, y que verdaderamente se hacen entender á sí mismos, que no pueden, aunque quieren, quitarse de una ocasion, y apartarse de un peligro, á donde pierden el alma: y que tengamos esfuerzo y ánimo para acometer á una tan gran Majestad como sois Vos. ¿Qué es esto, Bien mio? ¿Qué es esto? ¿Quién da estas fuerzas? ¿Por ventura el capitan á quien siguen en esta batalla contra Vos, no es vuestro siervo, y puesto en fuego eterno? ¿Por qué se levanta contra Vos? ¿Cómo da ánimo el vencido? ¿Cómo siguen al que es tan pobre, que le echaron de las riquezas celestiales? ¿Qué puede dar quien no tiene nada para sí, sino mucha desventura? ¿Qué es esto, mi Dios? ¿Qué es esto, mi Criador? ¿De dónde vienen estas fuerzas contra vos, y tanta cobardía contra el demonio? ¿Aun si Vos,

Príncipe mio, no favoreciérades á los vuestros? Aun si debiéramos algo á este príncipe de las tinieblas, no llevaba camino; por lo que para siempre nos teneis guardado, y ver todos sus gozos, y prometimientos falsos y traidores. ¿Qué ha de hacer con nosotros, quien lo fué contra Vos? ¡Oh ceguedad grande, Dios mio! ¡Oh qué grande ingratitude, Rey mio! ¡Oh qué incurable locura, que sirvamos al demonio con lo que nos dais Vos, Dios mio! ¿Que paguemos el gran amor que nos teneis, con amar á quien así os aborrece, y ha de aborrecer para siempre: que la sangre que derramastes por nosotros, y los azotes y grandes dolores que sufristes, y los grandes tormentos que pasastes, en lugar de vengar á vuestro Padre Eterno (ya que Vos no quereis venganza, y lo perdonastes) de tan gran desacato como se usó con su Hijo, tomamos por compañeros y por amigos á los que así le trataron, pues seguimos á su infernal capitán? Claro está que hemos de ser todos unos, y vivir para siempre en su compañía, si vuestra piedad no nos remedia de tornarnos el seso, y perdonarnos lo pasado. ¡Oh mortales, volved, volved en vosotros! Mirad á vuestro Rey, que ahora le hallaréis manso: acábase ya tanta maldad: vuélvanse vuestras furias y fuerzas contra quien os hace la

guerra, y os quiere quitar vuestro mayorazgo. Tornad, tornad en vosotros, abrid los ojos, pedid con grandes clamores y lágrimas luz á quien la dió al mundo: entendedos por amor de Dios, que vais á matar con todas vuestras fuerzas á quien por daros vida perdió la suya; mirad, que es quien os defiende de vuestros enemigos. Y si todo esto no basta, básteos conocer que no podeis nada contra su poder, y que tarde, ó temprano habeis de pagar con fuego eterno tan gran desacato y atrevimiento. ¿Es porque veis á esta Majestad atado, y ligado con el amor que nos tiene? ¿Qué más hacian los que le dieron la muerte, sino despues de atado darle golpes y heridas? ¡Oh mi Dios, cómo padeceis por quien tan poco se duele de vuestras penas! Tiempo verná, Señor, donde haya de darse á entender vuestra justicia, y si es igual de la misericordia. Mirad, cristianos, considerémoslo bien, y jamas podremos acabar de entender lo que debemos á nuestro Señor Dios, y las magnificencias de sus misericordias. Pues si es tan grande su justicia, ¡ay dolor! ¡ay dolor! ¿qué será de los que hayan merecido que se ejecute, y resplandezca en ellos?

XIII.

¡Oh almas, que ya gozais sin temor de vuestro gozo, y estais siempre embebidas en alabanzas de mi Dios! Venturosa fué vuestra suerte. ¡Qué gran razon teneis de ocuparos siempre en estas alabanzas, y qué envidia os tiene mi alma, que estais ya libres del dolor que dan las ofensas tan grandes, que en estos desventurados tiempos se hacen á mi Dios, y de ver tanto desagrado, y de ver que no se quiere ver esta multitud de almas que lleva Satanás! ¡Oh bienaventuradas ánimas celestiales! Ayudad á nuestra miseria, y sednos intercesores ante la divina misericordia, para que nos dé algo de vuestro gozo, y reparta con nosotras de ese claro conocimiento que teneis. Dadnos, Dios mio, Vos á entender qué es lo que se da á los que pelean varonilmente en este sueño de esta miserable vida. Alcanzadnos, oh ánimas amadoras, á entender el gozo que os da ver la eternidad de vuestros gozos, y como es cosa tan deleitosa ver cierto que no se han de acabar. ¡Oh desventurados de nosotros, Señor mio, que bien lo sabemos y creemos, sino que con la costumbre tan grande de no considerar estas verdades, son tan extrañas ya de las almas, que ni las conocen ni las quieren conocer! ¡Oh

gente interesal, codiciosa de sus gustos y deleites, que por no esperar un breve tiempo á gozarlos tan en abundancia, por no esperar un año, por no esperar un dia, por no esperar una hora, y por ventura no será más que un momento, lo pierden todo, por gozar de aquella miseria que ven presente! ¡Oh, oh, oh, qué poco fiamos de Vos, Señor! ¡Cuántas mayores riquezas y tesoros fiastes Vos de nosotros, pues treinta y tres años de grandes trabajos, y despues muerte tan intolerable y lastimosa nos distes á vuestro Hijo, y tantos años ántes de nuestro nacimiento, y áun sabiendo que no os lo habiamos de pagar, no quisistes dejarnos de fiar tan inestimable tesoro, porque no quedase por Vos, lo que nosotros granjeando con Él podemos ganar con Vos, Padre piadoso! Oh, ánimas bienaventuradas, que tan bien os supistes aprovechar, y comprar heredad tan deleitosa y permanente con este precioso precio, decidnos: ¿ cómo granjeábades con el Bien tan sin fin? Ayudadnos, pues estais tan cerca de la fuente, coged agua para los que acá perecemos de sed.

XIV.

¡Oh Señor y verdadero Dios mio! Quien no os conoce, no os ama. ¡Oh qué gran

verdad es ésta! ¡Mas, ay dolor, ay dolor, Señor, de los que no os quieren conocer! Temerosa cosa es la hora de la muerte; mas ¡ay, ay, Criador mio! ¡Cuán espantoso será el día á donde se haya de ejecutar vuestra justicia! Considero yo muchas veces, Cristo mio, cuán sabrosos y cuán deleitosos se muestran vuestros ojos á quien os ama, y Vos, bien mio, quereis mirar con amor. Paréceme que sola una vez de este mirar tan suave á las almas que teneis por vuestras, basta por premio de muchos años de servicio. ¡Oh váleme Dios! ¡Qué mal se puede dar esto á entender, sino á los que ya han entendido cuán suave es el Señor! Oh cristianos, cristianos, mirad la hermandad que teneis con este gran Dios, concedle, y no le menospreciéis; que así como este mirar es agradable para sus amadores, es terrible con espantable furia para sus perseguidores. Oh que no entendemos que es el pecado una guerra campal contra Dios de todos nuestros sentidos y potencias del alma: el que más puede, más traiciones intenta contra su Rey. Ya sabeis, Señor mio, que muchas veces me hacía á mí más temor acordarme si habia de ver vuestro divino rostro airado contra mí en este espantoso día del juicio final, que todas las penas y furias del infierno, que se representaban, y os suplicaba me valie-

se vuestra misericordia de cosa tan lastimosa para mí, y así os lo suplico ahora, Señor. ¿Qué me puede venir en la tierra que llegue á esto? Todo junto lo quiero, mi Dios, y librame de tan gran afliccion. No deje yo á mi Dios, no deje de gozar de tanta hermosura en paz: vuestro Padre nos dió á Vos, no pierda yo, Señor mio, joya tan preciosa. Confieso, Padre Eterno, que la he guardado mal; mas áun remedio hay, Señor, remedio hay, miéntas vivimos en este destierro. ¡Oh hermanos, oh hermanos, é hijos de este Dios! Esforcémonos, esforcémonos, pues sabéis que dice su Majestad, que en pesándonos de haberle ofendido, no se acordará de nuestras culpas y maldades. ¡Oh piedad tan sin medida! ¿Qué más queremos? ¿Por ventura hay quien no tuviera vergüenza de pedir tanto? Ahora es tiempo de tomar lo que nos da este Señor piadoso y Dios nuestro: pues quiere amistades, ¿quién las negará á quien no negó derramar toda su sangre y perder la vida por nosotros? Mirá que no es nada lo que pide, que por nuestro provecho nos está bien el hacerlo. ¡Oh váleme Dios, Señor! ¡Oh qué dureza! ¡Oh qué desatino y ceguedad! Que si se pierde una cosa, una aguja ó un gavilan, que no aprovecha de más de dar un gustillo á la vista de verle volar por el aire, nos da pena, y que no

la tengamos de perder esta águila caudalosa de la majestad de Dios, y un reino, que no ha de tener fin el gozarle! ¿Qué es esto? ¿Qué es esto? Yo no lo entiendo: remediad, Dios mio, tan gran desatino y ceguedad.

XV.

¡Ay de mí! ¡Ay de mí, Señor! Que es muy largo este destierro, y pásase con grandes penalidades del deseo de mi Dios. Señor, ¿qué hará un alma metida en esta cárcel? ¡Oh Jesus! ¡Qué larga es la vida del hombre, aunque se dice que es breve! Breve es, mi Dios, para ganar con él la vida que no se puede acabar, mas muy larga para el alma que se desea ver en la presencia de su Dios. ¿Qué remedio dais á este padecer? No le hay, sino cuando se padece por Vos. ¡Oh mi suave descanso de los amadores de mi Dios! No falteis á quien os ama, pues por Vos ha de crecer y mitigarse el tormento que causa el Amado al alma que le desea. Deseo yo, Señor, contentaros, mas mi contento bien sé que no está en ninguno de los mortales: siendo esto así, no culparéis á mi deseo. Veisme aquí, Señor, si es necesario vivir para haceros algun servicio, no rehusó todos cuantos trabajos en la tierra me puedan venir,

como decia vuestro amador San Martin. ¡Mas ay dolor! ¡ay dolor de mí, Señor mio! Que él tenía obras, y yo tengo solas palabras, que no valgo para más. Valgan mis deseos, Dios mio, delante de vuestro divino acatamiento, y no mireis á mi poco merecer. Merezcamos todos amarnos, Señor, yá que se ha de vivir, vívase para Vos; acábense ya los deseos é intereses nuestros: ¿qué mayor cosa puede ganar que contentaros á Vos? ¡Oh contento mio, y Dios mio! ¿Qué haré yo para contentaros? Miserables son mis servicios, aunque hiciese muchos á mi Dios: ¿pues para qué tengo de estar en esta miserable miseria? Para que se haga la voluntad del Señor. ¿Qué mayor ganancia, ánima mia? Espera, espera, que no sabes cuando verná el dia ni la hora. Vela con cuidado, que todo se pasa con brevedad, aunque tu deseo hace lo cierto dudoso, y el tiempo breve, largo. Mira que miéntas más peleares, más mostrarás el amor que tienes á tu Dios, y más te gozarás con tu Amado con gozo y deleite, que no puede tener fin

XVI.

¡Oh verdadero Dios y Señor mio! Gran consuelo es para el alma que le fatiga la soledad de estar ausente de vos, ver que

estais en todos cabos; mas cuando la reciedumbre del amor y los grandes ímpetus de esta pena crece, ¿qué aprovecha, Dios mio, que se turbe el entendimiento, y se esconda la razon para conocer esta verdad, de manera que no se puede entender ni conocer? Sólo se conoce estar apartada de Vos, y ningun remedio admite; porque el corazon que mucho aima no admite consejo ni consuelo, sino del mismo que le llagó, porque de ahí espera que ha de ser remediada su pena. Cuando vos quereis, Señor, presto sanais la herida que habeis dado: ántes no hay que esperar salud ni gozo, sino el que se saca de padecer tan bien empleado. ¡Oh verdadero Amador! ¡Con cuánta piedad, con cuánta suavidad, con cuánto deleite, con cuánto regalo, y con cuán grandísimas muestras de amor curais estas llagas, que con las saetas del mismo amor habeis hecho! ¡Oh Dios mio, y descanso de todas las penas, qué desatinada estoy! ¡Cómo podia haber medios humanos que curasen los que ha enfermado el fuego divino? ¿Quién ha de saber hasta dónde llega esta herida, ni de qué procedió, ni cómo se puede aplacar tan penoso y deleitoso tormento? Sin razon sería tan precioso mal poder aplacarse por cosa tan baja, como es los medios que pueden tomar los mortales. Con cuánta razon dice

la Esposa en los *Cantares*: — Mi Amado á mí, y yo á mi Amado, y mi Amado á mí. — Porque semejante amor no es posible comenzase de cosa tan baja como el mio. Pues si es baja, Esposo mio, ¿ cómo no pára en cosa criada hasta llegar á su Criador? ¡ Oh mi Dios! ¿ Por qué yo á mi Amado? Vos, mi verdadero Amador, comenzais esta guerra de amor, que no parece otra cosa un desasosiego y desamparo de todas las potencias y sentidos, que salen por las plazas y por los barrios, conjurando á las hijas de Jerusalem que le digan de su Dios. Pues, Señor, comenzada esta batalla, á quién han de ir á combatir, sino á quien se ha hecho señor de esta fortaleza á donde moraban, que es lo más superior de el alma, y echádaslas fuera á ellas, para que tornen á conquistar á su conquistador, y ya causadas de haberse visto sin Él, presto se dan por vencidas, y se emplean perdiendo todas sus fuerzas, y pelean mejor; y, en dándose por vencidas, vencen á su vencedor. ¡ Oh ánima mia! ¡ Qué batalla tan admirable has tenido en esta pena, y cuán al pié de la letra pasa así! Pues mi amado á mí, y yo á mi Amado. ¿ Quién será el que se meta á despartir y amatar dos fuegos tan encendidos? Será trabajar en balde, porque ya se ha tornado en uno.

XVII.

¡Oh Dios mio, y mi sabiduria infinita, sin medida y sin tasa, y sobre todos los sentimientos angélicos y humanos! ¡Oh amor, que me amas más de lo que yo me puedo amar, ni entiendo! ¿Para qué quiero, Señor, desear más de lo que vos quisiéredes darme? ¿Para qué me quiero cansar en pedir os cosa ordenada por mi deseo, pues todo lo que mi entendimiento puede concertar, y mi deseo desear, tenéis vos ya entendidos sus fines, y yo no entiendo cómo me aprovechar? En esto que mi alma piensa salir con ganancia, por ventura estará mi pérdida. Porque si os pido que me libreis de un trabajo, y en aquel está el fin de mi mortificacion, ¿qué es lo que pido, Dios mio? Si os suplico me le deis, no conviene por ventura á mi paciencia, que aún está flaca, y no puede sufrir tan gran golpe; y si con ella lo paso, y no estoy fuerte en la humildad, podrá ser que piense he hecho algo, y haceislo Vos todo, mi Dios. Si quiero padecer más, no querria en cosas en que parece no conviene para vuestro servicio perder el crédito, ya que por mí no entienda en mi sentimiento de honra, y podrá ser que por la mesma causa que pienso se ha de perder, se gane más

para lo que pretendo, que es serviros. Muchas cosas más pudiera decir en esto, Señor, para darme á entender que no me entiendo: mas como sé que las entendeis, ¿para qué hablo? Para que cuando veo dispierta mi miseria, Dios mio, y ciega mi razon, pueda ver si la hallo aquí en esto escrito de mi mano: que muchas veces me veo, mi Dios, tan miserable y flaca y pusilánime, que ando á buscar qué se hizo vuestra sierva, la que ya le parecia tenía recibidas mercedes de Vos para pelear contra las tempestades de este mundo. Que no, mi Dios, no, no más confianza, en cosa que yo pueda querer para mí: quered Vos de mí lo que quisiéredes querer, que eso quiero, pues está todo mi bien en contentaros: y si Vos, Dios, mio, quisiéredes contentarme á mí, cumpliendo todo lo que pide mi deseo, veo que iria perdida. ¡Qué miserable es la sabiduría de los mortales é incierta su providencia! Proveed Vos por la vuestra los medios necesarios, para que mi alma os sirva más á vuestro gusto que al suyo. No me castigueis en darme lo que yo quiero ó deseo, si vuestro amor (que en mí viva siempre) no lo deseáre. Muera ya este yo, y viva en mí otro que es más que yo, y para mí mejor que yo, para que yo le pueda servir: Él viva, y me de vida;

Él reine, y sea yo cautiva, que no quiere mi alma otra libertad. ¿Cómo será libre el que del Sumo estuviere ajeno? ¿Qué mayor, ni qué más miserable cautiverio, que estar el alma suelta de la mano de su Criador? Dichosos los que con fuertes grillos y cadenas de los beneficios de la misericordia de Dios se vieren presos é inhabilitados para ser poderosos para soltarse. Fuerte es como la muerte el amor, y duro como el infierno. ¡Oh quién se viese ya muerto de sus manos y arrojado en este divino infierno, de donde ya no se esperase poder salir, ó, por mejor decir, no se temiese verse fuera! Mas ¡ay de mí, Señor, que mientras dure esta vida mortal siempre corre peligro la eterna! ¡Oh vida enemiga de mi bien, y quién tuviese licencia de acabarte! ¡Súfrote, porque sufre Dios, y manténgote, porque eres suya; no me seas traidora ni desagradecida! Con todo esto, ay de mí, Señor, que mi destierro es largo: breve es todo tiempo, para darle por vuestra eternidad; y muy largo es un solo día, y una hora, para quien no sabe y teme si os ha de ofender. ¡Oh libre albedrío tan esclavo de tu voluntad, si no vives enclavado con el temor y amor de quien te crió! ¡Oh, cuándo será aquel dichoso día que te has de ver ahogado en aquel mar infinito de la suma verdad, don-

de ya no serás libre para pecar, ni lo querás ser, porque estarás seguro de toda miseria, naturalizado con la vida de tu Dios. El es bienaventurado, porque se conoce, y ama y goza de sí mismo sin ser posible otra cosa: no tiene ni puede tener, ni fuera perfeccion de Dios poder tener libertad para olvidarse de sí, y dejarse amar. Entónces, alma mia, entrarás en tu descanso, cuando te entrañares con este sumo Bien, y entendieres lo que entiende, y amares lo que ama, y gozares lo que goza. Ya que vieres perdida tu mudable voluntad, ya, ya no más mudanza; porque la gracia de Dios ha podido tanto, que te ha hecho partionera de su divina naturaleza, con tanta perfeccion, que ya no puedas ni desees poder olvidarte del sumo Bien, ni dejar de gozarle junto con su amor. Bienaventurados los que están escritos en el libro de esta vida. Mas tú, alma mia, si lo eres, ¿porqué estás triste y me conturbas? Espera en Dios, que áun ahora me confesaré á Él mis pecados, y sus misericordias, y de todo junto haré cantar de alabanza con suspiros perpetuos al Salvador mio y Dios mio: podrá ser venga algun dia cuando le cante mi gloria, y no sea compungida mi conciencia, donde ya cesarán todos los suspiros y miedos: mas entre tanto, en esperan-

za y silencio será mi fortaleza. Mas quiero vivir y morir en pretender y esperar la vida eterna, que poseer todas las criaturas y todos sus bienes, que se han de acabar. No me desampares, Señor, porque en tí espero no sea confundida mi esperanza, sírvate yo siempre, y haz de mí lo que quisieres

CARTAS DE SANTA TERESA.

Carta á la madre María de San José , priora de Sevilla. —
Desde Toledo, á principios del año 1577.

*Sobre asuntos del convento de Sevilla. Está escrita
en tono festivo.*

JESUS

Sea con ella , hija mia. Antes que se me olvide , ¿ cómo nunca me dice de mi padre fray Bartolomé de Aguilar, el dominico ? Pues yo le digo que le debemos harto, que el mucho mal que me dijo de la otra casa que teniamos comprada , fué principio de salir de ella ; que cada vez que se me acuerda la vida que tuvieran, no me harto de dar gracias á Dios. Sea por todo alabado. Crea que es muy bueno , y que para cosas de religion, que tiene más experiencia que otro. No querria que dejase alguna vez de llamarle , que es muy buen amigo y bien avisado , y no se pierde tener tales personas un monesterio. Ahí le escribo , envíale la carta.

Antes que se me olvide. En gracia me ha

caído la memoria que me enviaron de las limosnas y lo mucho que cuentan que han ganado. Plega á Dios que digan verdad, que harto me holgaria; sino que es una raposa, y pienso viene con algun rodeo, y áun de su salud hé miedo de otro tanto, segun estoy contenta. La nuestra priora de Malagon se está así. Harto he pedido á nuestro padre que me escriba si el agua de Loja aprovecha, llevada tan léjos, para enviar por ella: acuérdeselo vuestra reverencia. Hoy le he enviado una carta con un clérigo, que iba á su paternidad solamente para un negocio, que me holgué harto, y así no le escribo ahora. Harta caridad me hace en enviarme sus cartas; mas entienda cierto, que aunque no vengan, serán bien recibidas las de vuestra reverencia: de eso esté sin miedo. Ya envié á doña Juana de Antisco todo su recaudo, aunque no ha uyado á venir respuesta. Para personas semejantes, aunque se ponga algo del convento, no importa, en especial no teniendo la necesidad que tenemos á los principios, porque cuando se tiene más obligada está á sus hijas.

¡Oh, qué vana estará ella ahora en ser medio provinciala! ¡Y que en gracia me cayó, como dice con tanto desden, ahí envian esas coplas las hermanas! Y será ella la trazadora de todo. No creo será malo,

pues como dice no hay allá quien la diga nada, que para que no se desvanezca se lo diga yo de acá. Al ménos no quiere decir necesidad ni hacer, que bien se le parece. Plega á Dios que vaya siempre el intento en su servicio, que no es esto muy malo. Riéndome estoy de verme cargada de cartas, y qué despacio me pongo á escribir cosas impertinentes. Muy bien la perdonaré la alabanza de que sabrá llevar á la de las barras de oro si sale con ello; porque en gran manera deséolas ver sin cuidado, aunque va mi hermano tan adelante en virtud, que de buena gana las socorrería en todo.

Donosa está en no creer que sea otra como Tereña. Pues sepa cierto que si esta mi Bela tuviera la gracia natural que la otra, y la sobrenatural, que verdaderamente víamos obraba Dios algunas cosas en ella, que el entendimiento y habilidad y blandura, de que se puede hacer de ella lo que quisieren, que lo tiene mejor. Es extraña la habilidad de esta criatura, que con unos pastorcillos malaventurados y unas monjillas y una imágen de nuestra Señora que tiene, no viene fiesta que no hace una invencion de ello en su ermita ú en la recreacion con alguna copla, á quien ella da tan buen tono y la hace, que nos tiene espantadas. Sólo tengo un trabajo,

que no sé cómo le poner la boca, porque la tiene frigidísima y se rie muy friamente, y siempre se anda riendo. Una vez la hago que la abra, otra que la cierre, otra que no se ria. Ella dice que no tiene culpa, sino la boca: dice verdad. Quien ha visto la gracia de Teresa en cuerpo y en todo, echarlo ha más de ver, que así lo hacen acá, aunque yo no lo confieso, y á ella se lo digo en secreto: no lo diga á nadie, que gustaria si viese la vida que trayo en ponerle la boca. Creo, como sea mayor, no será tan fria, al ménos no lo es en los dichos. Hel aquí pintadas sus muchachas, para que no piense que le miento en que hace ventaja á la otra. Porque se ria se lo he dicho. De cuanto trabajo le doy de traer y llevar cartas, no hay miedo que yo se lo quite.

Harto en gracia me han caido las coplas que vinieron de allá: enviélas á mi hermano las primeras y algunas de las otras, que no venian todas concertadas. Creo las podrian mostrar al santo viejo y decir que en eso pasan las recreaciones, que todo es lenguaje de perfeccion; que cualquier entretenimiento es justo á quien tanto se debe. Es cosa que me espanta tanta caridad. Sepa que paran á nuestro padre Garci-Alvarez cual la mala ventura, que dicen las tiene muy soberbias: dígaselo. Ahora es-

tán temiendo lo que las han de escribir, que les dijo mi hermano que le habian enviado su carta para que respondiesen. Y han de saber que ninguna tray jerguilla ni la ha traído acá, sino yo, que han ahora con todos los hielos que ha hecho, no he podido traer otra cosa por los reñones, que temo mucho este mal; y tanto dicen, que se me hace ya escrúpulo, y como me tomó nuestro padre la muy vieja, que tenía de jerga gruesa, no sé qué hacer. Dios las perdone. Con todo, digo que la calor de ahí no sufre otra cosa sino sayas delgadas. Los hábitos no lo anden, que en esotro poco va. Hasta que trayan lo que me envía el mi santo prior, no sé qué hacer de escribirle, porque no puedo decir que lo he recibido: escribirle he con el arriero.

¡Oh Jesus, y qué obligada me tiene de lo que hace por ellas! ¡Y que nos hemos reido con la carta de mi Gabriela y puesto nos gran devocion la diligencia que trayn los santos para mortificacion de mi buen Garci-Alvarez! Harto los encomiendo á Dios. Déle muchas encómiendas mias; y á todas, que á cada una quisiera escribir por sí, sigun las amo. Cierto las quiero particularmente mucho: no sé qué se es. A su madre la portoguesa me encomiende, y á la Delgada. ¿Cómo nunca me dice nada de Bernarda Lopez? Lea esa carta para

Paterna, y si no va bien, enmiéndelo, como superiora de aquella casa. Yo le doy la ventaja de que acertará mejor lo que conviene. Dios le pague lo que hace con ellas, hablando ahora en véras, que harto me consuela. Lástima es que no sé acabar. Plega á Dios no se haya mostrado á encantar, como nuestro padre. Dios la encante y enajene en Sí, amén, amén.

De vuestra reverencia sierva. — TERESA DE JESUS.

Abra esa carta de la Priora de Paterna, y léala, que se cerró por yerro; y lea esa del Prior de las Cuevas, que todavía le escribí, aunque con tanta priesa, que no sé que he dicho; y ciérrela.

Carta al rey don Felipe II.—Desde Avila, 4 de Diciembre de 1577.

Implorando su proteccion contra los Calzados y que ellándose de la tropelia que acababan de cometer con San Juan de la Cruz.

JESUS.

La gracia del Espíritu Santo sea siempre con vuestra majestad, amén. Yo tengo muy creido que ha querido nuestra Señora valerse de vuestra majestad y tomarle por amparo para el remedio de su Orden; y ansí no puedo dejar de acudir á vuestra

majestad con las cosas de ella. Por amor de nuestro Señor suplico á vuestra majestad perdone tantos atrevimientos. Bien creo tiene vuestra majestad noticia de cómo estas monjas de la Encarnacion han procurado llevarme allá , pensando habrá algun remedio para librarse de los frailes , que cierto les son un gran estorbo para el recogimiento y religion que pretenden. Y de la falta de ella que ha habido allí en aquella casa , tienen toda la culpa. Ellos están en esto muy engañados , porque miéntras estuviesen sujetas á que ellos las confiesen y visiten no es de ningun provecho mi ida allí ; al ménos que dure , y así lo dije siempre al visitador dominico , y él lo tenía bien entendido. Para algun remedio , miéntras esto Dios hacía , puse allí en una casa un fraile Descalzo , tan gran siervo de nuestro Señor , que las tiene bien edificadas , con otro compañero , y espantada esta ciudad del grandísimo provecho que allí ha hecho , y así le tienen por un santo , y en mi opinion lo es y ha sido toda su vida. Informado de esto el Nuncio pasado , y del daño que hacian los del paño , por larga informacion que se le llevó de los de la ciudad , envió un mandamiento con descomunión para que los tornasen allí ; que los Calzados los habian echado con hartos denuestos y escándalo de la ciudad , y que,

so pena de descomunión, no fuese allá ninguno del paño á negociar, ni á decir misa, ni á confesar, sino los Descalzos y clérigos. Con esto ha estado bien la casa hasta que murió el Nuncio, que tornaron los Calzados; y ansí torna la inquietud, sin haber mostrado por dónde lo pueden hacer.

Y ahora un fraile que vino á absolver á las monjas las ha hecho tantas molestias y tan sin orden y justicia, que están bien afligidas, y no libres de las penas que ántes tenían, segun me han dicho. Y sobre todo hales quitado éste los confesores, que dicen le han hecho vicario provincial, y debe ser porque él tiene más partes para hacer mártires que otros, y tiénelos presos en su monesterio y descerrajaron las celdas y tomáronles en lo que tenían los papeles. Está todo el lugar bien escandalizado, cómo, no siendo perlado, ni mostrando por dónde hace esto (que ellos están sujetos al Comisario Apostólico) se atreven tanto, estando este lugar tan cerca de donde está vuestra majestad, que ni parece temen que hay justicia, ni á Dios. A mí me tiene muy lastimada verlos en sus manos, que há dias que lo desean, y tuviera por mejor que estuvieran entre moros, porque quizá tuvieran más piedad. Y este fraile tan siervo de Dios está tan fla-

co de lo mucho que ha padecido, que te-
mo su vida.

Por amor de nuestro Señor suplico á
vuestra majestad mande que con brevedad
le rescaten, y que se dé orden como no
padezcan tanto con los del paño estos po-
bres Descalzos todos, que ellos no hacen
sino callar y padecer, y ganan mucho; mas
dase escándalo en los pueblos, que este
mesmo que está aquí, tuvo este verano
preso en Toledo á fray Antonio de Jesus,
que es un bendito viejo, el primero de to-
dos sin ninguna causa, y así andan di-
ciendo los han de perder, porque lo tiene
mandado el Tostado. Sea Dios bendito, que
los que habian de ser medio para quitar
que fuese ofendido le sean para tantos pe-
cados y cada dia lo harán peor.

Si vuestra majestad no manda poner re-
medio, no sé en qué se ha de parar, por-
que ningun otro tenemos en la tierra. Ple-
ga á nuestro Señor nos dure muchos años.
Yo espero en Él que nos hará esta merced,
pues se ve tan solo de quien mire por su
honra. Continuamente se lo suplicamos to-
das estas siervas de vuestra majestad y yo.
Fecha en San José de Ávila, á iv de Di-
ciembre de MDLXXVII.

Indina sierva y súdita de vuestra majes-
tad.—TERESA DE JESUS, *carmelita.*

Carta al señor Lorenzo de Cepeda, su hermano.—Desde Toledo, 10 de Abril de 1580.

Recomendando á su hermano Pedro de Ahumada, que por su genio melancólico se habia marchado de casa de aquel.

JESUS.

La gracia del Espíritu Santo sea con vuestra merced. Yo le digo que parece permite Dios nos ande á tentar este pobre hombre, para saber hasta dónde llega nuestra caridad. Y cierto, hermano mio, que la mía es tan poca para con él, que me da harta pena: porque no sólo no es como con hermano, más an como prójimo (que sería razon dolerme de su necesidad) tengo bien poca: remédiome con tornar luégo á lo que debo hacer para contentar á Dios; y en entrando su Majestad de por medio, me ponía á todo trabajo por él. A no ser esto, yo digo á vuestra merced que no le estorbará poco ni mucho el camino; porque era tanto lo que deseaba verle fuera de casa de vuestra merced, que sobrepujaba harto más el contento que me daba esto, que su trabajo; y así suplico á vuestra merced, por amor de Nuestro Señor, me la haga á mí de no tornarle más á su casa, por ruego que haya y necesidad en que se vea, para que yo esté con sosiego; porque verdaderamente, quanto en este punto de estar

con vuestra merced él está loco, aunque no lo esté en otras cosas, que yo sé de letrados; que puede esto muy bien ser. Y ni tiene culpa la serna (que ántes que hubiese memoria de ir á ella queria hacer lo mismo), sino su gran enfermedad, y cierto que he traído harto temor de algun desman.

El dice que tiene vuestra merced razon en estar muy enojado, mas que no puede más. Bien entiende que va perdido, y debe de estar harto fatigado; mas dice que es tanto lo que sentia de estar así, que quiere más morir. Ya tenía concertado con un arriero de ir á Sevilla mañana; mas yo no entiendo á qué, que está el cuitado, que un dia de el sol del camino le matará, y ya venía con dolor de cabeza, y allá no tiene más remedio de gastar los dineros, y pedir por Dios; que an pensé que tenía algo en su hermano de doña Mayor, y no lo tiene. Hame parecido por sólo Dios hacerle esperar, hasta que venga respuesta de esta carta de vuestra merced, aunque él está muy cierto que no ha de aprovechar nada. Mas como va ya entendiendo su perdicion, en fin espera. Por caridad me responda luego, y envíe la carta á la priora, que ya le escribo, que con el primero me la envíe.

Esta tristeza que vuestra merced me escribe tan á deshora, he pensado fué la cau-

sa la venida de éste, porque Dios es muy fiel; y si éste está loco (como yo lo creo en esto), está claro que estaria vuestra merced más obligado en ley de perfeccion á acomodarle como pudiese, y no dejarlo ir á morir, y quitar de otras limosnas que hace, y dárselo á él, como á quien tiene más obligacion, quanto al deudo; que en lo demas ya veo no tiene ninguna: mas ménos la tenía José á sus hermanos.

Créame, que á quien Dios hace las mercedes que á vuestra merced, que quiere haga por Él cosas grandes, que háрто es ésta. Mas yo le digo, que si se muere por ese camino, que no acabe vuestra merced, segun su condicion, de llorarlo, y an quizá Dios de apretarlo, y ansí es menester nos miremos, ántes que se haga el yerro, que no se pueda remediar; que si se pone delante de Dios, como se ha de poner, no será vuestra merced más pobre por lo que le diere, que su Majestad lo dará por otras partes.

Vuestra merced le daba ducientos reales para vestir, y más de comer, y otras cosas de que él se aprovechaba de su casa; que aunque parece no se sentian, al fin se gasta más quizás de lo que vuestra merced entiende. Ya tiene, en lo que le ha dado, para comer este año en donde quisiere. Con otros ducientos reales que le dé

cada año para comer, sobre los que le daba para vestir, se estará con mi hermana (que segun él dice se lo rogaron), ú con Diego de Guzman. Él le dió cien reales, que gastará en estos caminos. Será menester no se lo dar junto el otro año, cuando vuestra merced se lo diere, sino á quien le diere de comer, poco á poco, porque á lo que yo entiendo, no estará mucho en una parte. Ello es gran lástima. Mas, á trueco de que no esté en casa de vuestra merced, lo tengo todo por bueno. Haga cuenta, que parte de esto me da á mí, como lo hiciera si me viera en necesidad, que yo lo tomo como si me lo diese, y quisiera harto poder yo no dar á vuestra merced ninguna pesadumbre. Yo le digo que ya há dias que no estuviera en su casa, segun lo que sentia algunas veces de ver á vuestra merced con ese tormento, y de los miedos que he dicho.

Porque ésta no es para más de que yo procuraré de el padre Nicolao los despachos, que creo él los tray de Sevilla, y hame dicho me verá. Harto me he holgado que estuviese Lorencico tan cerca. Dios sea con él. Yo procuraré estar aquí poco; porque no me hallo tan bien de salud, como por otras partes. A Segovia será la ida, si Dios quisiera. Fray Antonio de Jesus dice, que, aunque no sea sino por ver á vuestra

merced, ha de ir por allá. El padre Gracian no está ya aquí. A don Francisco mis encomiendas. Es hoy domingo de Casimodo.

Indina sierva de vuestra reverencia.—
TERESA DE JESUS.

Carta al señor Lorenzo de Cepeda.—Desde Toledo, 15 de
Abril de 1580.

*Sobre el mismo asunto de la anterior, recomendando á su
hermano Pedro.*

JESUS

Sea con vuestra merced. Porque ya habrán dado á vuestra merced una carta larga mia sobre este negocio de Pedro de Ahumada, ahora no tengo más que decir de suplicar á vuestra merced responda con brevedad, y se dé la carta á la madre priora, que muchas personas vienen acá. Está el pobre aquí gastando, y debe estar muy afligido, segun está de flaco. Dariame mucha pena no ser venida la respuesta cuando yo me fuese, que creo será presto.

Mejor estoy que he estado; en fin, todo debe ser reliquias de males viejos, y no hay que espantar. Mas lo estoy de no estar peor. Creo me daba por allá salud estar sin tantas cartas y negocios. De Roma hemos

tornado á saber. Muy bien van los negocios, aunque no falta contradiccion: encomiéndelos vuestra merced á Dios, y lo que ha de hacer en este negocio de Pedro de Ahumada, que su Majestad le dará luz para lo mejor.

Ya dije á vuestra merced que me habia dado los cuatrocientos reales: él debe gastar de lo que le dió Diego de Guzman, y haber gastado. Yo le digo, que para mi condicion me aprieta harto no le poder yo dar nada, con buena conciencia: an por quitar á vuestra merced de este cansancio, me diera harto contento. El Señor lo remedie.

Harto recio se me hace que no tenga vuestra merced misa más de los dias de fiesta: no hago sino pensar qué medio ternia, y no le hallo. Dícame Pedro de Ahumada que está muy mejor la casa que la de Avila, en especial las piezas de dormir, que me he holgado mucho. Tambien me parece mucha baraunda estar en casa los mozos del harada: si hiciese vuestra merced alguna casilla adonde se estuviesen, sería quitar gran ruido de casa. ¿Mas cómo no atajó la cocina, como concertamos? ¡Qué hablar hago! Ya veo que sabe más cada uno en su casa. Este Serna que lleva éstas, dice que tornará aquí de hoy en ocho dias. Si no hubiere vuestra merced enviado respuesta, en todo caso dé vuestra merced ór-

den como la traya éste, que no seré ida entónces : anque me hubiese de ir, esperaré.

Lo que vuestra merced decia de estarse en un monesterio de los nuestros, ya me lo ha él dicho ; mas ningun camino lleva, porque no se hace tener seglares, ni las comidas que le darán serán de sufrir. An ahora, como no le dan la carne manida y cocida, en el meson, no la puede comer : con un pastel se pasa. Cuando yo puedo le envío alguna nadería, mas es pocas veces. Yo no sé quién le ha de sufrir y dar las cosas tan á punto.

Terrible cosa es este humor, que hace mal á sí y á todos. Dios dé á vuestra merced el bien, que yo le suplico, y le libre de tornarle á su casa : todos los demas medios deseo se procuren, para que si éste se muriere, no quede vuestra merced con desasosiego, y yo lo mesmo. A don Francisco muchas encomiendas, y á Aranda. Guarde Dios á vuestra merced y hágale muy santo, amén. ¿Cómo no me dice cómo le va en la soledad ? Son hoy xxv de Abril.

De vuestra merced sierva. — TERESA DE JESUS.

Carta al señor Lorenzo de Cepeda, hermano de la Santa.
— Desde Toledo, á 10 de Febrero de 1577.

*Dándole consejos espirituales y noticias sobre algunos
asuntos de su orden.*

JESUS.

Sea con vuestra merced. Ya estuve buena de la flaqueza del otro dia, y despues, pareciéndome que tenía mucha cólera, con miedo de estar con ocasion la Cuaresma para no ayunar, tomé una purga, y aquel dia fueron tantas las cartas y negocios, que estuve escribiendo hasta las dos, y hizome harto daño á la cabeza, que creo ha de ser para provecho; porque me ha mandado el doctor que no escriba jamas, sino hasta las doce, y algunas veces no de mi letra. Y cierto ha sido el trabajo ecesivo, en este caso, este invierno, y tengo harta culpa; que por no me estorbar la mañana, lo pagaba el dormir; y, como era despues el escribir del vómito, todo se juntaba. Aunque este dia de esta purga ha sido notable el mal; mas parece que voy mijorando; por eso no tenga vuestra merced pena, que mucho me regalo. Helo dicho, porque, si alguna vez viere allá vuestra merced alguna carta no de mi letra, y las tuyas más breves, sepa ser ésta la ocasion.

Harto me regalo cuanto puedo, y heme enojado de lo que me envió, que más quie-

ro que lo coma vuestra merced, que cosas dulces no son para mí, aunque he comido de esto y lo comeré; mas no lo haga otra vez, que me enojaré mucho. ¿No basta que no le regalo en nada?

Yo no sé qué *Pater nostres* son esos que dice toma de disciplina, que yo nunca tal dije. Torne á leer mi carta y verálo; y no tome más de lo que allí dice en ninguna manera, salvo que sean dos veces en la semana. Y en Cuaresma se pondrá un dia en la semana el silicio, á condicion que si viere le hace mal se lo quite: que como es tan sanguíneo, témole mucho; y por ser malo para la vista tomar mucha disciplina no le consiento más, y an porque es más penitencia darse tan tasadamente, despues de comenzado, que es quebrar la voluntad. Hame de decir si se siente mal con el silicio, de que se le ponga.

Esa oracion de sosiego, que dice, es oracion de quietud, de lo que está en ese librilla. En lo de esos movimientos sensuales, para probarlo todo se lo dije; que bien veo no hace al caso, y que es lo mejor no hacer caso de ellos. Una vez me dijo un gran letrado, que habia venido á él un hombre afligidísimo, que cada vez que comulgaba venia en una torpeza grande, más que eso mucho, y que le habian mandado que no comulgase, sino de año á

año, por ser de obligacion. Y este letrado, aunque no era espiritual, entendió la flaqueza; y dijole, que no hiciese caso de ello, que comulgase de ocho á ocho dias, y como perdió el miedo, quitósele. Así que no le haga vuestra merced caso de eso.

Cualquiera cosa puede hablar con Julian de Avila, que es muy bueno. Díceme que se va con vuestra merced, y yo me huelgo. Véale vuestra merced algunas veces; y cuando le quisiere hacer alguna gracia, puede por limosna, que es muy pobre, y harto desasido de riquezas, á mi parecer, que es de los buenos clérigos que hay allí, y bien es tener conversaciones semejantes, que no ha de ser todo oracion.

En el dormir vuestra merced digo, y an mando, que no sean ménos de seis horas. Mire que es menester los que hemos ya edad llevar estos cuerpos, para que no derruequen el espíritu, que es terrible trabajo. No puede creer el disgusto que me da estos dias, que ni yo oso rezar, ni leer, aunque, como digo, estoy ya mejor; mas quedaré escarmentada, yo se lo digo; y así haga lo que le mandan, que con eso cumple con Dios. ¡Qué bobo es, que piensa que es esa oracion, como la que á mí no me dejaba dormir! No tiene que ver, que harto más hacía yo para dormir, que por estar despierta.

Por cierto que me hace alabar harto á nuestro Señor las mercedes que le hace, y con los efectos que queda. Aquí verá cuán grande es, pues le deja con virtudes, que no acabára de alcanzarlas con mucho ejercicio. Sepa que no está la flaqueza de la cabeza en comer, ni en beber: haga lo que le digo. Harta merced me hace nuestro Señor en darle tanta salud. Plega á su Majestad que sea muchos años, para que la gaste en su servicio.

Este temor, que dice, entiendo cierto debe ser, que el espíritu entiende siente el mal espíritu, y aunque con los ojos corporales no le vea, débele de ver el alma ú sentir. Tenga agua bendita junto á sí, que no hay cosa con que más huya. Esto me ha aprovechado muchas veces á mí. Algunas no paraba en solo miedo, que me atormentaba mucho, esto para sí solo. Mas, si no le acierta á dar el agua bendita, no huye; y así es menester echarla alrededor.

No piense le hace Dios poca merced en dormir tan bien, que sepa es muy grande. Y torno á decir que no procure que se le quite el sueño, que ya no es tiempo de eso.

Mucha caridad me parece querer tomar los trabajos y dar los regalos; y harta merced de Dios, que pueda an pensar en hacerlo. Mas, por otra parte, es mucha

bobería y poca humildad, que piense él que podrá pasar con tener las virtudes que tiene Francisco de Salcedo, ú las que Dios da á vuestra merced sin oracion. Créame, y dejen hacer al Señor de la viña, que sabe lo que cada uno há menester. Jamas le pedí trabajos interiores, aunque Él me ha dado hartos, y bien recios en esta vida. Mucho hace la condicion natural y los humores para estas afliciones. Gusto que vaya entendiendo el de ese santo, que querria le llevase mucho la condicion.

Sepa que pensé lo que habia de ser de la sentencia, y que se habia de sentir; mas no se sufria responder en seso; y si miró vuestra merced, no deje de loar algo de lo que dijo; y á la repuesta de vuestra merced, para no mentir, no pude decir otra cosa. Yo lo digo, cierto, que estaba la cabeza tal, que áun eso no sé como se dijo, segun aquel dia habian cargado los negocios y cartas, que parece los junta el demonio algunas veces, y así fué la noche, que me hizo mal de la purga. Y fué milagro no enviar al obispo de Cartagena una carta, que escribia á la madre del padre Gracian, que erré el sobrescrito, y estaba ya en el pliego, que no me harto de dar gracias á Dios; que le escribia sobre que han andado con las monjas de Caravaca

su provisor, y (nunca le he visto) parecia una locura. Quitaron les dijese misa. Ya esto está remediado, y lo demas. creo se hará bien, que es, que admita el monesterio. No puede hacer otra cosa: iban algunas cartas de favor con las mias. ¡Mire qué bien fuera! ¡Y el haberme yo ido de aquí!

Todavía traemos miedo á este Tostado, que torna ahora á la córte: encomiéndelo á Dios. Esa carta de la priora de Sevilla lea. Yo me holgué con la que me envió de vuestra merced, y con la que escribió á las hermanas, que cierto tiene gracia. Todas besan á vuestra merced las manos muchas veces, y se holgaron harto con ella, y mi compañera mucho, que es la de los cincuenta años, digo la que vino de Malagon con nosotros, que sale en extremo buena, y es bien entendida. Al ménos para mi regalo es el extremo que digo, porque tiene gran cuidado de mí.

La priora de Valladolid me escribió cómo se hacia en el negocio todo lo que se podia hacer, que estaba allá Pedro de Ahumada. Sepa que el mercader que en ello entiende creo lo hará bien: no tenga pena. Encomiéndemelo, y á mis niños, en especial á Francisco: deseo los tengo de ver. Bien hizo en que se fuese la moza, aunque no hubiera ocasion, que no hacen sino em-

barazarse, cuando son tantas. A doña Juana, á Pero Alvarez y á todos me diga siempre muchos recaudos. Sepa que tengo har-to mijor la cabeza que cuando comencé la carta: no sé si lo hace lo que me huelgo de hablar con vuestra merced.

Hoy ha estado acá el doctor Velazquez, que es el mi confesor. Tratéle lo que me dice de la plata y tapicería que desea dejar, porque no querria que por no le ayudar yo, dejase de ir muy adelante en el servicio de Dios; y así, en cosas no me fio de mi parecer, aunque en esto era él mesmo. Dice que eso no hace ni deshace, como vuestra merced procure ver lo poco que importa, y no estar asido á ello; que es razon, pues ha de casar sus hijos, tener casa como conviene. Así, que ahora tenga paciencia, que siempre suele Dios traer tiempos para cumplir los buenos deseos, y así hará á vuestra merced. Dios me le guarde, y haga muy santo, amén. Son x de Febrero.

Y yo sierva de vuestra merced.—TERESA DE JESUS.

Carta al señor Lorenzo de Cepeda, hermano de la Santa.—Desde Toledo á 27 y 28 de Febrero de 1577.

Sobre su oracion y mortificaciones, repitiéndole algunos consejos espirituales.

JESUS

Sea con vuestra merced. Antes que se

me olvide, como otras veces, mande vuestra merced á Francisco que me envíe unas buenas plumas cortadas, que acá no las hay buenas, y me hacen disgusto y trabajo; y nunca le quite que me escriba, que quizá lo há menester, y con una letra se contenta, que eso no me hace nada. Creo ha de ser este mal para bien, que me comienzo á mostrar á escribir de mano ajena, que lo pudiera haber hecho en cosas que importan poco: quedarme he con esto. Harto mejor estoy, que he tomado unas píldoras. Creo me hizo daño comenzar á ayunar la Cuaresma, que no era sólo la cabeza, que me daba en el corazon. De esto estoy mucho mejor, y an de la cabeza lo he estado dos dias, que es lo que me daba más pena, que no es poco: que mi miédo ha sido si me habia de quedar inhabilitada para todo, que oracion sería gran atrevimiento procurarla, y bien ve nuestro Señor el daño que me sería; porque ningun recogimiento sobrenatural tengo, mas que si nunca los hubiera tenido, que me espanta harto, porque no fuera en mi mano resistir.*No tenga vuestra merced pena, que poco á poco iré tomando fuerza en la cabeza. Yo me regalo todo lo que veo es menester, que no es poco, y an algo más que acá usan. No podré tener oracion. Tengo gran deseo de estar buena. Ello es á costa

de vuestra merced; por eso téngolo por bien, que es tal mi condicion, que para no traer pesadumbre, es menester así, y como tan mal carnero, que siempre he menester ave á comer, porque todo el negocio de él es flaqueza, como he ayunado desde la Cruz de Setiembre, y con el trabajo y edad, y en fin, ser yo para tan poco, que es enojo, que siempre este cuerpo me ha hecho mal y estorbado el bien. No es tanto que deje de escribir á vuestra merced de mi letra, que esa mortificacion no se la daré ahora, que por mí veo que será mucha.

La de que no se ponga el silicio habrá de perdonar, porque no se ha de hacer lo que él escoge. Sepa que han de ser tan cortas las diciplinas, que se siente tanto más, y hará ménos mal. No se dé muy recio, que va poco en eso, que pensará que es gran imperfeccion. Porque haga algo de lo que quiere le envío ese silicio, para que traya dos dias en la semana: entiéndese desde que se levanta hasta que se acuesta, y no duerma con él. En gracia me ha caido el contar de los dias tan cabalmente. Uso nuevo es, y no creo han alcanzado esa habilidad las Descalzas. Mire que nunca se ponga esotro: ahora estése guardado. A Teresa envío uno y una diciplina, que me envió á pedir muy recia: mándesela dar

vuestra merced, y mis ençomien^{da}s. Muchas cosas buenas me escribe de ella Julian de Avila, que me hace alabar al Señor. Él la tenga de su mano siempre, que gran merced la ha hecho, y á las que la queremos bien.

En forma habia deseado estos dias tuviese vuestra merced alguna sequedad, y ansí me holgué harto cuando vi su carta, aunque esa no se puede llamar sequedad. Crea que para muchas cosas aprovecha mucho. Si ese cilicio llegare á toda la cintura, ponga un pañico de lienzo al estómag^o, que es muy dañoso; y mire que si sintiere mal en los riñones, que ni eso ni la diciplina no lo tome, que le hará mucho mal, que más quiere Dios su salud que su penitencia, y que obedezca. Acuérdes^e de lo de Saul, y no haga otra cosa. No hará poco si sabe llevar á esa persona la condicion, porque tengo para mí que todos esos grandes trabajos y penas es melancolia, que le sujeta bravamente; y ansí, ni hay culpa ni de qué nos espantar, sino alabar al Señor, que no nos da ese tormento.

Tenga gran cuenta con no dejar de dormir y hacer colacion bastante, que no se siente hasta que está ya hecho el mal, con el deseo de hacer algo por Dios. Y yo le digo que he de quedar escarmentada para mí y para otras. El silicio cada dia es mé-

nos en parte, porque con la costumbre de traerlo no se hace la novedad que vuestra merced dice, y no había de apretarse tanto el hombro como suele. En todo mire no le haga mal. Harta merced le hace Dios en llevar tan bien la falta de oracion, que es señal que está rendido á su voluntad, que éste creo es el mayor bien que tray consigo la oracion.

De mis papeles hay buenas nuevas. El inquisidor mayor mesmo los lee, que es cosa nueva. Débense los de haber loado, y dijo á doña Luisa que no había allí cosa que ellos tuviesen que hacer en ella, que ántes había bien que mal; y dijola: ¿que por qué no había yo hecho monesterio en Madrid? Está muy en favor de los Descalzos: es el que ahora han hecho arzobispo de Toledo. Creo que ha estado con él allá en un lugar doña Luisa, y llevó muy á cargo este negocio, que son grandes amigos, y ella me lo escribió. Presto verná, y sabré lo demas. Esto diga vuestra merced al señor obispo, y á la supriora, y á Isabel de San Pablo (en mucho secreto, para que no lo digan á nadie y lo encomienden á Dios), y no á otra persona. Harto buenas nuevas son. Para todo ha aprovechado el quedar aquí, aunque no para mi cabeza, que ha habido más cartas que en otro cabo.

Por esa de la priora verá cómo han pa-

gado la mitad de la casa, y no llegando á lo de Beatriz y su madre, presto la pagarán toda, con el favor del Señor. Mucho me he holgado, y con esa carta de Agustín, que no fuese acullá, y pesádome que haya enviado vuestra merced carta sin la mía. Habré una de la Marquesa de Villena para el Virey (que es la sobrina muy querida), para cuando vayan ciertas. Harto me lastima verle en esas cosas todavía: encomiéndelo á Dios, que así lo hago yo.

De lo que dice del agua bendita, no sé más el por qué de la experiencia que tengo. Dicho lo he á algunos letrados, y no lo contradicen. Basta tenerlo la Ilesia, como vuestra merced dice. Con todo lo que va mal á las de la reformation, excusan hartos pecados.

Dice mucha verdad Francisco de Salcedo de lo de Ospedal, al ménos que soy yo como ella en este caso. Déle un gran recaudo de mi parte, y á Pedro de Ahumada, que no quiero escribir más, de que mire si pudiere dar para comprar algunas ovejas Juan de Ovalle, que será mucha ayuda para ellos y harta limosna si se puede hacer sin perder vuestra merced.

Más plumas he mudado en esta carta, que le parecerá peor la letra que suelo: pues no es del mal, sino por esta ocasion. Ayer la escribí, y hoy me levanto mejor,

gloria á Dios, que el miedo de no quedar cebe ser así, más que el mal. Donosa ha estado mi compañera con el empedrador: cijome de él habilidades, que la dije las escribiese allá. Con todo, creo que pues la priora dice que es abonado, que lo sabe, y que no lo hiciera mal, porque ella conoce al uno y al otro; aunque yo el Vitoria entendí siempre era el que entendia en ello. Plega á Dios se haga bien, y á vuestra merced guarde, como yo le suplico, para su servicio, amén. Son hoy xxviii de Febrero.

Bueno está el padre visitador. Ahora torna el Tostado, segun dicen, cosa que es para conocer el mundo estos nuestros negocios, que no parece sino una comedia. Con todo, deseo harto verle quitado de ellos. Hágalo el Señor, como ve es menester. La priora y todas se encomiendan á vuestra merced. La de Sevilla me regala mucho, y la de Salamanca; y an la de Veas y Caravaca no han dejado de hacer lo que pueden: en fin, muestran su buena voluntad. Yo quisiera estar cabe vuestra merced, para que viera y an para gustar de enviarle de ello. Unos sabalos vinieron ahora de Sevilla en pan, que se pudieron bien comer, que me he holgado, porque es mucha la esterilidad de este pueblo. El ver la voluntad con que lo hacen es lo que me cay en gracia.

Indina sierva de vuestra merced. — TERESA DE JESUS.

Carta á Alonso de Aranda, sacerdote de Avila, en Madrid.—Desde Avila, á 10 de Noviembre de 1577.

Sobre los disturbios de las monjas de la Encarnacion, con motivo de su eleccion para priora.

JESUS.

Sea con vuestra merced el Espiritu Santo, mi padre, y páguele nuestro Señor el consuelo que me da con sus cartas. Ha sido grandísimo para mí la buena sentencia del pleito: he dado muchas gracias á nuestro Señor. No sé si será mucha perfeccion tanto placer en cosa temporal. Yo creo vuestra merced le habrá tenido muy grande, y que le puede dar el enhorabuena, y así se la doy. Soledad ha de ser en tal tiempo faltarnos vuestra merced de ese lugar: sea Dios servido se allanen las cosas de manera que no hayamos menester el favor de mi señora la Marquesa, y la buena diligencia de vuestra merced.

Sepa, mi padre, que estas monjas están así, que me tienen con harta pena, digo las de la Encarnacion. Deseo harto que obedezcan por priora la que lo es, que por vicaria sí obedecen. Ellas, como les parece que el bien de aquella casa está en lo que

se ha hecho, y quizá se engañan, y que la han de ver luégo perdida, porque ya tornan allá los frailes, dicen querrian esperar hasta donde pudiesen. Por caridad vuestra merced se informe, si lleva algun medio el poderlas asolver el Tostado ú el provincial, ú si el nuncio va: donde está la causa no hacen nada en ello, porque si ha de durar mucho, es recia cosa estarse así; y lo trate vuestra merced tambien con el señor licenciado Padilla, y conforme á lo que conviene, escriba vuestra merced al padre Julian de Avila, que él porná con ellas mucho, y quizá podrá, para que obedezcan á doña Ana; que yo, como saben que no quiero ir allá, danme poco crédito. Á mi señora la Marquesa suplico favorezca este negocio en lo que pudiere. Si yo las viese ya sosegadas, seríaame gran consuelo. Al señor licenciado Padilla no escribo por no cansar á su merced, que basta lo que lo está con tantos trabajos; que deseo mucho saber qué se hace del Tostado. Le dirá vuestra merced este particular de estas monjas; suplícoselo, que no se sufre estar así mucho, ni an nada ya, que es gran inquietud, y no puede dejar de haber ofensas de Dios: su Majestad guarde á vuestra merced. Estas sus hijas se le encomiendan. Es hoy víspera de san Martin.

Carta al padre fray Ambrosio Mariano. — Desde Toledo,
á 15 de Mayo de 1577.

Advertencias sobre varios asuntos de la Orden, y en especial de la fundacion de un convento de frailes en Salamanca.

JESUS

Sea con vuestra reverencia, mi padre, y le premie las buenas nuevas que me escribe, y que, á lo que parece, nos son harto favorables, por muchas razones. El mozo se marchó al punto. Plega á Dios guiar sus pasos para mayor gloria suya, que es á lo que solamente debemos aspirar. Holguéme que vuestra reverencia se halle bien con esos padres, que por lo ménos no le ponen embarazos. Segun me dicen, el padre fray Anselmo ha escrito al Obispo de Salamanca, diciéndole que no dé licencia para fundar ningun convento, por lo que se ha formado un proceso, ni más ni ménos que el de aquí. ¡Oh, mi padre, qué mala maña se dan para arreglar esos negocios! Este se hubiera ya concluido, si hubieran tenido acierto para ello, y por el contrario, no ha servido más que para infamar á los Descalzos. Créame, que es menester tomarse tiempo para que los negocios salgan bien. Cuando las cosas van despacio, creo que van así porque Dios quiere, y que esto encierra algun misterio. Allá verémos, y suerte será que

se haga lo que dice. Dios le pague la buena opinion que tiene de mi discrecion : plega á Dios que dure, pero pienso que quien la tiene tan buena no debe hacer caso de la mia. Harto contenta estoy de que los negocios corran por tan buenas manos : bendito sea el que así lo dispone, amén. Como nunca me dice nada del padre fray Baltasar, y tampoco sé donde está, déle mis encomiendas, y tambien á mi padre Padilla y al padre Juan Diaz. La priora de aquí y Brianda la de Malagon encargan tambien sus encomiendas para vuestra reverencia. La primera estaba harto mejorada ; pero luégo que llegó esta tarde se puso peor. Tenemos esperanza de que se alivie : plega á Dios alargar su vida, como ve que es menester, y guarde á vuestra reverencia. Mire, mi padre, y tenga cuidado con esas amistades, que podrian llegar á ser violentas por no recatarse bien de ellas. El verdadero amigo, de quien debemos hacer mucho caso, es Dios : miétras hagamos su voluntad nada hay que temer. Harto deseo tengo de ver esa repuesta : tambien quisiera que vuestra reverencia y el padre maestro pudieran estar allá, si creen ser bien recibidos : cierto, que por más que se haga no ha de faltar cruz en esta vida, y más para quien es del partido del que fué crucificado.

En cuanto á lo de Antonio Manuel está equivocado: doña Catalina de Otalora no es monja nuestra, ni lo ha sido nunca. Esta señora quedó viuda, y ayudó para la fundacion de ese convento, donde no creo está. Además, que yo no la conozco, ni tengo por qué entender en cosas de ella, que mi profesion no es para eso. Suplico á vuestra reverencia que se lo diga así: an tengo un escrúpulo sobre lo que pedí á vuestra reverencia en este caso; mas con eso entenderá cuán poco conozco á ese señor, á quien sólo he visto una vez, aunque está bien colocado y es pariente mio, y no sé en qué estado se halla su alma; esto sea dicho entre nosotros. Suplico á vuestra reverencia que no haga nada en este asunto, sino lo que crea conveniente despues de haberle observado á él. No le diga vuestra reverencia nada de esto por no darle pena; pero déle mis encomiendas, y que no le escribo porque tengo dolor de cabeza, la cual continúa harto ruin. Dígale tambien que hoy escribo á la señora doña Beatriz, y sobre todo no deje de decirle, que la señora que dice no es monja.

Dios guarde á su reverencia como todos habemos menester, amén. Son hoy xv de Mayo.

De vuestra reverencia sierva.—TERESA DE JESUS.

Carta á la misma madre María de San José. — Desde
Ávila, á 19 de Diciembre de 1577.

Sobre los mismos asuntos que la anterior.

JESUS

Sea con vuestra reverencia siempre, mi hija. La suya recibí, y con ella las patatas y el pipote y siete limones: todo vino muy bueno; más cuesta tanto el traer, que no hay para qué me envíe vuestra reverencia más cosa ninguna, que es conciencia. Por la via de Madrid escribí á vuestra reverencia, habrá poco más de ocho dias, y así en ésta no seré larga, porque no hay cosa de nuevo en los negocios, que allí dije, de lo cual tenemos harta pena; porque aunque há hoy dez y seis dias que están nuestros dos frailes presos, no sabemos si los han suelto, aunque tenemos confianza en Dios que lo ha de remediar. Como ahora viene la Pascua, y no se puede tratar de negocios de justicia, hasta pasados los Reyes, si ahora no está negociado, será largo trabajo para los que padecen; y tambien dan harta pena estas monjas de la Encarnacion, porque están muy apretadas con tantos trabajos, y mas con haberlas quitado á estos santos confesores, y tenerlos así apremiados: por caridá que los encomienden á Dios

á todos, que es gran lástima lo que padecen. De que vuestra reverencia esté buena me huelgo, y de que lo estén todas las hermanas, y de que se haya descubierto la buena obra, que nos hacía Bernarda: plega á Dios que la viuda haga lo que vuestra reverencia dice, de no pedir las los dineros. Al padre prior de las Cuevas escribí con la de vuestra reverencia: envié la carta por Madrid, como digo; y porque no sé si este mensajero será cierto, no digo más. Al padre Garci-Alvarez dé mis encomiendas, y al padre fray Gregorio, que no le respondo á la suya (con la cual me holgué) por la causa que digo. Yo procuraré saber si hay aquí quien conozca á ese rector, y haré que le escriban. Á mi Grabiela me encomiendo mucho, y que me holgué con su carta. Á todas las hermanas me encomiendo, y á doña Leonor tambien dé vuestra reverencia todos los recados de mi parte que quisiere, y que harto me consuelo en saber la gran caridad que tiene con esa casa, y porque sepa lo que pasa, doce reales llevaron por traer lo que me envió, y venía harto flojo: no sé la causa. Quédese vuestra reverencia con Dios, el cual les dé tan buenas pascuas á todas, como yo deseo. Son de Diciembre XIX.

Teresa y todas se le encomiendan mu-

cho. Yo estoy harto ruin de esta cabeza (no sé como entienden que no) y tantos trabajos juntos, que me tienen cansada á ratos: ni sé cuándo llegará allá ésta, ni si será cierta. Mi hermano está bueno. Mire, que me diga á todas mucho, y á las de Paterna, que me cai en gracia sus cantos; y, á lo que podemos entender, presto serán sus esperanzas en vano, y lo verán muy á la clara. Cuanto quisiere decir de mi parte, le doy licencia: *año de 1577.*

Indina sierva de vuestra reverencia.—

TERESA DE JESUS.

Mire que la mando muy de véras, que en lo que toca á su tratamiento obedezca á Gabriela; y á ella, que tenga cuidado de vuestra reverencia, pues ve lo que nos importa su salud.

ORACION DE SANTA TERESA.

Dios mio, pues sois la misma caridad y amor, haced que esta virtud se perfeccione en mí, de manera que su fuego consuma todos los resabios de mi amor propio. Ámeos yo, tesoro único y cumplida gloria mia, sobre todo lo criado, y á mí en Vos, por Vos y para Vos, y á mi prójimo de la misma manera, llevando sus cargas, como quiero que me lleven las mias, y á todo lo que hay fuera de Vos, sólo en cuanto me ayudare á ir á Vos, gozándome, como me gozo de que os ameis perfectamente y de que os amen continuamente vuestros ángeles y bienaventurados en la gloria, corrido el velo y visto á la clara, y los justos en esta vida conocido por lumbre de fe, tinuéndoos por único y sumo bien, fin y centro de su aficion y amor. Quisiera yo que todos los imperfectos y pecadores de el mundo hicieran lo mismo. Con vuestro favor tengo de ayudar á que lo hagan así.

POESÍAS.

POESÍA I.

UNOS VERSOS DE LA SANTA MADRE TERESA DE
JESUS NACIDOS DEL FUEGO DE AMOR DE DIOS
QUE EN SÍ TENÍA.

*Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero.*

GLOSA.

Aquesta divina union,
Del amor con que yo vivo,
Hace á Dios ser mi cativo,
Y libre mi corazon:
Mas causa en mi tal pasion
Ver á Dios mi prisionero,
Que muero porque no muero.
¡Ay! Qué larga es esta vida,
Qué duros estos destierros,
Esta cárcel y estos hierros,
En que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
Me causa un dolor tan fiero,
Que muero porque no muero.
¡Ay! Qué vida tan amarga

Do no se goza el Señor :
Y si es dulce el amor,
No lo es la esperanza larga :
Quiteme Dios esta carga,
Más pesada que de acero,
Que muero porque no muero.

Sólo con la confianza
Vivo de que he morir ;
Porque muriendo el vivir
Me asegura mi esperanza :
Muerte do el vivir se alcanza,
No te tardes, que te espero,
Que muero porque no muero.

Mira que el amor es fuerte ;
Vida, no seas molesta,
Mira que sólo te resta,
Para ganarte, perderte ;
Venga ya la dulce muerte,
Venga el morir muy ligero,
Que muero porque no muero.

Aquella vida de arriba
Es la vida verdadera :
Hasta que esta vida muera,
No se goza estando viva :
Muerte, no seas esquiva ;
Vivo muriendo primero,
Que muero porque no muero.

Vida, ¿ qué puedo yo darle
A mí Dios que vive en mí,
Si no es perderte á ti,
Para mejor á Él gozarle ?
Quiero, muriendo, alcanzarle,
Pues á Él sólo es el que quiero,
Que muero porque no muero.

Estando ausente de ti,

¿Qué vida puedo tener?
Sino muerte padecer
La mayor que nunca vi:
Lástima tengo de mí,
Por ser mi mal tan entero,
Que muero porque no muero.

El pez que del agua sale
Aun de alivio no carecé,
A quien la muerte padece
Al fin la muerte le vale:
¿Qué muerte habrá que se iguale
A mi vivir lastimero?
Que muero porque no muero.

Cuando me empiezo á aliviar
Viéndote en el Sacramento,
Me hace más sentimiento
El no poderte gozar:
Todo es para más penar,
Por no verte como quiero,
Que muero porque no muero.

Cuando me gozo, Señor,
Con esperanza de verte,
Viendo que puedo perderte,
Se me dobla mi dolor:
Viviendo en tanto pavor,
Y esperando como espero,
Que muero porque no muero.

Sácame de aquesta muerte,
Mi Dios, y dame la vida,
No me tengas impedida
En este lazo tan fuerte:
Mira que muero por verte,
Y vivir sin tí no puedo,
Que muero porque no muero.

Lloraré mi muerte ya,

Y lamentaré mi vida,
En tanto que detenida
Por mis pecados está.
Oh, Dios mio, cuando será
Cuando yo diga de vero
Que muero porque no muero.

POESÍA II.

OTRA GLOSA SOBRE LOS MISMOS VERSOS.

Vivo ya fuera de mi,
Despues que muero de amor;
Porque vivo en el Señor,
Que me quiso para sí:
Cuando el corazon le di
Puso en mí este letrero,
Que muero porque no muero.

Esta divina union,
Y el amor con que yo vivo,
Hace á Dios mi cativo,
Y libre mi corazon;
Y causa en mí tal pasion
Ver á Dios mi prisionero,
Que muero porque no muero.

Ay ¡Qué larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros,
Esta cárcel y estos hierros
En que está el alma metida!
Sólo esperar la salida
Me causa un dolor tan fiero,
Que muero porque no muero.

Acaba ya de dejarme,
Vida, no me seas molesta;
Porque, muriendo, ¿qué resta,

Sino vivir, y gozarme?
No dejes de consolarme;
Muerte, que así te requiero,
Que muero porque no muero.

POESÍA III.

*Véante mis ojos,
Dulce Jesus bueno;
Véante mis ojos,
Muérame yo luégo.*

GLOSA.

Vean quien quisiere
Rosas y jazmines,
Que si yo te viere,
Veré mil jardines:
Flor de serafines,
Jesus Nazareno,
*Véante mis ojos,
Muérame yo luégo.*

No quiero contento
Mi Jesus ausente,
Que todo es tormento
A quien esto siente;
Sólo me sustente
Tu amor y deseo.
*Véante mis ojos,
Dulce Jesus bueno;
Véante mis ojos
Muérame yo luégo.*

POESÍA IV.

*Alma, buscarte has en mí,
Y á Mí buscarme has en tí.*

De tal suerte pudo amor,
Alma, en mí te retratar,
Que ningun sabio pintor
Supiera con tal primor
Tal imágen estampar.

Fuiste por amor criada
Hermosa bella, y así,
En mis entrañas pintada,
Si te perdieres, mi amada
Alma, buscarte has en Mí.

Que yo sé que te hallarás
En mi pecho retratada,
Y tan al vivo sacada,
Que si te ves te holgarás
Viéndote tan bien pintada.

Y si acaso no supieres
Donde me hallarás á Mí,
No andes de aquí para allí,
Sino, si hallarme quisieres
A mí, buscarte has en tí.

Porque tú eres mi aposento,
Eres mi casa y morada,
Y así llamo en cualquier tiempo,
Si hallo en tu pensamiento,
Estar la puerta cerrada.

Fuera de tí no hay buscarme,
Porque para hallarme á Mí
Bastára sólo llamarme,
Que á tí iré sin tardarme,
Y á mí buscarme has en tí.

POESÍA V.

VILLANCICO.

¡ Oh hermosura que excedeis
A todas las hermosuras !
Sin herir dolor haceis,
Y sin dolor deshaceis,
El amor de las criaturas.

Oh fudo que así juntais
Dos cosas tan desiguales,
No sé por qué os desatais,
Pues atado fuerza dais
A tener por bien los males.

Quien no tiene sér juntais
Con el Sér que no se acaba :
Sin acabar acabais,
Sin tener que amar amais,
Engrandecis vuestra nada.

POESÍA IV.

DE LA SANTA MADRE TERESA DE JESUS SOBRE ESTAS PALABRAS «DILECTUS MEUS MIHI.»

*Ya toda me entregué y dí,
Y de tal suerte he trocado,
Que mi amado es para mí
Y yo soy para mi Amado.*

Quando el dulce Cazador
Me tiró y dejó rendida,
En los brazos del amor
Mi alma quedó caida,
Y cobrando nueva vida
De tal manera he trocado,

*Que mi amado es para mí
Y yo soy para mi Amado.
Tiróme con una flecha
Enarbolada de amor,
Y mi alma quedó hecha
Una con su criador;
Ya yo no quiero otro amor,
Pues á mí Dios me he entregado,
Y mi amado es para mí
Y yo soy para mi Amado.*

POESÍA VII.

A SAN ANDRES.

*Si el padecer con amor
Puede dar tan gran deleite,
¡Qué gozo nos dará el verte!
¿Qué será cuando veamos
A la eterna Majestad?
Pues de ver Andres la cruz
Se pudo tanto alegrar.*

*¡Oh, qué no puede faltar
En el padecer deleite!
¡Qué gozo nos dará el verte!*

*El amor cuando es crecido
No puede estar sin obrar,
Ni el fuerte sin pelear,
Por amor de su Querido.*

*Con esto le habrá vencido,
Y querrá que en todo acierte,
¡Qué gozo nos dará el verte!*

*Pues todos temen la muerte,
Como te es dulce el morir;
Oh, que voy para vivir*

En más encumbrada suerte,
¡Oh mi Dios! que con tu muerte
Al más flaco hiciste fuerte :
¡Qué gozo nos dará el verte !
¡Oh Cruz! madero precioso,
Lleno de gran majestad ,
Pues siendo de despreciar
Tomaste á Dios por esposo.
A tí vengo muy gozoso.
Sin merecer el quererte :
¡Esme muy gran gozo el verte!

POESÍA VIII.

Á SANTA CATALINA MÁRTIR,

*Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita
desiderat anima mea.*

Oh gran amadora
Del Eterno Dios ,
Estrella luciente ,
Amparadnos vos.

Desde tierna edad
Tomastes esposo ,
Fué tanto el amor
Que no os dió reposo :
Quien es temeroso ,
No se llegue á vos
Si estima la vida
Y el morir por Dios.

Mirad los cobardes
Aquesta doncella ,
Que no estima el oro
Ni verse tan bella :

Metida en la guerra
De persecucion,
Para padecer
Con gran corazon.

Mas pena le da
Vivir sin su esposo,
Y así en los tormentos
Hallaba reposo :
Todo le es gozoso,
Quiere ya morir,
Pues que con la vida
No puede vivir.

Las que pretendemos
Gozar de su gozo,
Nunca nos cansemos,
Por hallar reposo,
¡Oh engaño engañoso,
Y que sin amor,
Es querer sanar,
Viviendo el dolor!

POESÍA IX.

Fortitudo mea et laus mea Dominus mihi.

DE SAN HILARION.—DE LA SANTA MADRE.

*Hoy ha venido un guerrero
Al mundo y sus valedores,
—Vuelta, vuelta, pecadores,
Sigamos este sendero.*

Sigamos la soledad,
Y no queramos morir,
Hasta ganar el vivir
En tan subida pobreza.

¡Oh qué grande es la destreza
De aqueste nuestro guerrero!
*Vuelta, vuelta, pecadores,
Sigamos este sendero.*

Con armas de penitencia
Ha vencido á Lucifer,
Combate con la paciencia,
Ya no tiene que temer.
Todos podemos valer
Siguiendo este caballero,
*Vuelta, vuelta, pecadores,
Sigamos este sendero.*

No ha tenido valedores,
Abrazóse con la Cruz:
Siempre en ella hallamos luz,
Pues la dió á los pecadores.

¡Oh que dichosos amores
Tuvo este nuestro guerrero!
*Vuelta, vuelta, pecadores,
Sigamos este sendero.*

Ya ha ganado la corona,
Y se acabó el padecer,
Gozando ya el merecer,
Con muy encumbrada gloria,
¡Oh venturosa victoria
De nuestro fuerte guerrero!
*Vuelta, vuelta, pecadores,
Sigamos este sendero,*

POESÍA X.

OCTAVA.

Dichoso el corazón enamorado
Que en sólo Dios ha puesto el pensamiento,

Por Él renuncia todo lo criado,
Y en Él halla su gloria y su contento.
Aun de sí mismo vive descuidado,
Porque en su Dios está todo su intento,
Y así alegre pasa y muy gozoso
Las ondas deste mar tempestuoso.

POESÍA XI.

CUARTETAS.

Si el amor que me teneis,
Dios mio, es como el que os tengo;
Decidme ¿en qué me detengo?
O vos ¿en qué os deteneis?
Alma, ¿qué quieres de mí?
—Dios mio, no más que verte.
—Y ¿qué temes más de tí?
—Lo que más temo es perderte.
Un amor que ocupe os pido,
Dios mio, mi alma os tenga,
Para hacer un dulce nido
Adonde más la convenga.
Un alma en Dios escondida
¿Qué tiene que desear,
Si no amar y más amar,
Y en amor toda encendida
Tornarte de nuevo á amar?

POESIA XII.

Quam magnificata sunt opera tua, Domine.

DE LA SANTA MADRE PARA CUANDO HICIEREN
PROFESION LAS HERMANAS.

*Oh dichosa la zagala
Que hoy se ha dado á un tal zagal,*

Que reina y ha de reinar.

Venturosa fué su suerte
Pues mereció tal Esposo :
Ya yo, Gil, estoy medroso,
No la osaré más mirar,
Pues ha tomado Marido

Que reina y ha de reinar.

Pregúntale qué le ha dado
Para que lleve á su aldea ;
El corazon le ha entregado
Muy de buena voluntad :
Mi fe poco le ha pagado
Que es muy hermoso el zagal :

Y reina y ha de reinar.

Si más tuviera más diera ;
Porque le avisas charillo,
Tomemos el cobanillo,
Sirva nos, deja sacar,
Pues ha tomado Marido,

Que reina y ha de reinar.

Pues vemos lo que dió ella,
¿Qué la ha de dar el zagal ?
Con su sangre la ha comprado ;
¡Oh qué precioso caudal,
Y dichosa esta zagala

Que contenta á este zagal !

Mucho la debia amar,
Pues le dió tan gran tesoro ;
No ves que se lo da todo
Hasta el vestir y calzar ;
Mira que es ya su Marido

Que reina y ha de reinar.

Bien será que la tomemos,
Para este nuestro rebaño,
Y que la regocijemos

Para ganar su amistad,
Pues ha tomado Marido,
Que sin fin ha de reinar.

POESÍA XIII.

OTRA PARA LAS PROFESIONES.

*Todos los que militais
Debajo de esta bandera,
Ya no durmais, ya no durmais,
Pues que no hay paz en la tierra.*

Ya como capitán fuerte
Quiso nuestro Dios morir,
Comencémosle á seguir
Pues que le dimos la muerte.

¡Oh qué venturosa suerte
Se le siguió desta guerra!
*Ya no durmais, ya no durmais,
Pues Dios falta de la tierra.*

Con grande contentamiento
Se ofrece á morir en cruz,
Por darnos á todos luz
Con su grande sufrimiento.

¡Oh glorioso vencimiento!
¡Oh dichosa aquesta guerra!
*Ya no durmais, ya no durmais,
Pues Dios falta de la tierra.*

No haya ningún cobarde,
Aventuremos la vida,
Pues no hay quien mejor la guarde
Que el que la da por perdida;
Pues Jesús es nuestra guía
Y el premio de aquesta guerra.
Ya no durmais, ya no durmais,

Porque no hay paz en la tierra.

Ofrezcámonos de véras
Á morir por Cristo todas,
Y en las celestiales bodas,
Estarémos placenteras;
Sigamos estas banderas,
Pues Cristo va en delantera.
No hay que temer no durmais,
Pues que no hay paz en la tierra.

POESÍA XIV.

PARA CUANDO ALGUNA PROFESA.—DE LA SANTA MADRE.

¡Oh qué bien tan sin segundo!
¡Oh casamiento sagrado!
Que el Rey de la Majestad,
Haya sido el desposado.

¡Oh qué venturosa suerte,
Os estaba aparejada,
Que os quiere Dios por amada,
Y ha os ganado con su muertel
En servirle estad muy fuerte,
Pues que lo habeis profesado,
Que el Rey de la Majestad,
Es ya vuestro desposado.

Ricas joyas os dará
Este Esposo, Rey del cielo,
Daros há mucho consuelo,
Que nadie os lo quitará,
Y sobre todo os dará
Un espíritu humillado;
Es Rey y bien lo podrá
Pues quiere hoy ser desposado.

Mas os dará este Señor
Un amor tan santo y puro,
Que podréis, yo os lo aseguro,
Perder al mundo el temor,
Y al demonio muy mejor,
Porque hoy queda maniatado;
*Que el Rey de la Majestad,
Ha sido hoy el desposado.*

Dilectus meus mihi et ego illi.

POESÍA XV.

OTRAS DE LA MISMA SANTA MADRE.

*Pues que nuestro Esposo
Nos quiere en prision,
A la gala gala
De la Religion.*

Oh qué ricas bodas
Ordenó Jesus;
Quiérenos á todas,
Y danos la luz;
Sigamos la Cruz
Con gran perfeccion;
*A la gala gala
De la Religion.*

Este es el estado
De Dios escogido,
Con que del pecado
Nos ha defendido;
Hanos prometido
La consolacion,
Si nos alegramos
En esta prision.

Darnos ha grandezas

En la eterna gloria,
Si por sus riquezas
Dejamos la escoria,
Que hay en este mundo,
Y su perdicion,
A la gala gala
De la Religion.

Oh qué captiverio
De gran libertad,
Venturosa vida
Para eternidad;
No quiero librar
Ya mi corazon,
A la gala gala
De la Religion.

POESÍA XVI.

GLOSA QUE NUESTRA SANTA MADRE TERESA
DE JESUS HIZO AL VELO DE LA HERMANA
ISABEL DE LOS ÁNGELES EN SALAMANCA.
AÑO DE 1571.

Hermana, porque veleis,
Os han dado hoy este velo,
Y no os va ménos que el cielo :
Por eso no os descuideis.

Aquese velo gracioso
Os dice que esteis en vela,
Guardando la centinela
Hasta que venga el Esposo,
Que, como ladron famoso,
Vendrá cuando no penseis:
Por eso no os descuideis.

No sabe nadie á cuál hora,

Si en la vigilia primera,
En la segunda ó tercera,
Todo cristiano lo inora.
Pues velad, velad, hermana,
No os roben lo que teneis;
Por eso no os descuideis.

En vuestra mano encendida
Tened siempre una candela,
Y estad con el velo en vela,
Las renas muy bien ceñidas.
No esteis siempre amodorrada,
Mirad que peligraréis:
Por eso no os descuideis.

Tened óleo en la aceitera
De obras y merecer,
Para poder proveer
La lámpara, no se muera;
Porque quedaréis de fuera
Si entónces no la teneis:

Por eso no os descuideis.
Nadie os le dará prestado;
Y si lo vais á comprar,
Podriades mucho tardar,
Y el Esposo haber entrado;
Y desque una vez cerrado,
No hay entrar aunque llameis:
Por eso no os descuideis.

Tened continuo cuidado
De cumplir con alma fuerte,
Hasta el dia de la muerte,
Lo que habeis hoy profesado;
Porque habiendo así velado
Con el Esposo entraréis:
Por eso no os descuideis.

POESÍA XVII.

*Mihi autem absit gloriari nisi in Cruce Domini nostri
Jesu Christi.*

AL NACIMIENTO.—DE LA SANTA MADRE.

*Pues el amor
Nos ha dado Dios,
No hay que temer,
Muramos los dos.*

Danos el Padre
A su único Hijo:
Hoy viene al mundo
En un pobre cortijo.
¡Oh gran regocijo,
Que ya el hombre es Dios!
No hay que temer,
Muramos los dos.

Pues ¿cómo, Pascual,
Hizo esa franqueza,
Que toma un sayal
Dejando riqueza?
Mas quiere pobreza,
Sigámosle nos;
Pues ya viene hombre,
Muramos los dos.

Pues ¿qué le darán
Por esta grandeza?
Grandes azotes
Con mucha crueza.
Oh qué gran tristeza
Será para nos:
Si esto es verdad,
Muramos los dos.

Pues ¿cómo se atreven
Siendo Omnipotente?
Él ha de ser muerto
De una mala gente.
Pues si eso es, Llorente,
Hurtémosle nos.
—No ves que él lo quiere,
Muramos los dos.

POESÍA XVIII.

OTRO DE LA MISMA SANTA MADRE.

*¡Ah, pastores, que velais,
Por guardar vuestro rebaño,
Mirá que os nace un Cordero,
Hijo de Dios Soberano.*
Viene pobre y despreciado,
Comenzalde ya á guardar,
Que el lobo os le ha de llevar,
Sin que le hayamos gozado.
—Gil, dame acá aquel cayado
Que no me saldrá de mano,
No nos lleven al Cordero :
—¿No ves que es Dios Soberano?
Sonzas que estoy aturdido
De gozo y de penas junto.
—Si es Dios el que os ha nacido,
¿Cómo puede estar difunto?
Oh que es hombre tambien junto,
La vida estará en su mano ;
Mira, que es este el Cordero,
Hijo de Dios Soberano.
No sé para qué le piden,
Pues le dan despues tal guerra:

—Mia fee, Gil, mejor será
Que se nos torne á su tierra.

Y está el bien todo en su mano.
Ya que ha venido padezca
Este Dios tan Soberano.

Poco te duele su pena;
Oh como es cierto, del hombre
Cuando nos viene provecho,
El mal ajeno se esconde.
No ves que gana renombre
De Pastor de gran rebaño.
—Con todo, es cosa muy fuerte
Que muera Dios Soberano!

POESÍA XIX.

OTRO DE LA SANTA MADRE.

*Pues que la estrella
Es ya llegada,
Vaya con los Reyes
La mi manada.*

Vamos todos juntos
A ver al Mesías,
Que vemos cumplidas
Ya las profecías;
Pues en nuestros días,
Es ya llegada,
*Vaya con los Reyes
La mi manada.*

Llevémosle dones
De grande valor,
Pues vienen los Reyes
Con tan gran hervor,

Alégrese hoy
Nuestra gran zagala,
Vaya con los Reyes,
La mi manada.

No cures, Llorente,
De buscar razon,
Para ver que es Dios
Aqueste garzon,
Dale el corazon,
Y yo esté empeñada,
Vaya con los Reyes
La mi manada.

POESÍA XX.

OTRO DE LA SANTA MADRE.

Hoy nos viene á redimir
Un zagal, nuestro pariente,
Gil, que es Dios Omnipotente.

Por eso nos ha sacado
De prision de Satanás;
Mas es pariente de Bras,
Y de Menga, y de Llorente,
¡Oh que es Dios Omnipotente!

Pues si es Dios, ¿como es vendido
Y muere crucificado?

—¿No ves que mató el pecado,
Padeciendo el inocente?

Gil, que Dios es Omnipotente.

Mi fee yo lo vi nacido,
Y una muy linda zagala.

—Pues si es Dios, ¿cómo ha querido
Estar con tan pobre gente?

—¿No ves que es Omnipotente?

Déjate desas preguntas,
Miremos por le servir,
Y pues Él viene á morir,
Muramos con Él, Llorente ;
Pues es Dios Omnipotente.

POESÍA XXI.

OTROS QUE HIZO Á LA CIRCUNCISION.

*Este niño viene llorando ;
Mirale, Gil, que te está llamando.*

Vino del cielo á la tierra
Para quitar nuestra guerra ;
Ya comienza la pelea,
Su sangre está derramando,
Mirale, Gil, qué te está llamando.

Fué tan grande el amorio,
Que no es mucho estar llorando,
Que comienza á tener brío,
Habiendo de estar mandando ;
Mira, Gil, que te está llamando.

Caro nos ha de costar,
Pues comienza tan temprano
A su sangre derramar,
Deberémos de estar llorando ;
Mira, Gil, que te está llamando.

No viniera Él á morir,
Pudiera estarse en su nido,
¿ No ves, Gil, que si ha venido
Es como el leon bramando?
Mira, Gil, que te está llamando.

Dime, Pascual, ¿ que me quieres,
Que tantos gritos me das?
— Que le ames, pues que te quiere,



Y por tí está tiritando ;
Mira, Gil, que te está llamando.

POESÍA XXII.

LETRILLA AL NACIMIENTO QUE HIZO NUESTRA
SANTA MADRE TERESA DE JESUS.

*Mi gallejo, mira quién llama.
Angeles son, que ya viene el alba.*

Heme dado un gran zumbido
Que parecia cantillana,
Mira, Bras, que ya es de día,
Vamos á ver la zagala.

*Mi gallejo, mira quien llama.
Angeles son, que ya viene el alba.*

¿Es pariente del Alcalde,
U quién es esta doncella?

—Ella es hija de Dios Padre,
Relumbra como una estrella.

*Mi gallejo, mira quién llama.
Angeles son, que ya viene el alba.*

POESÍA XXIII.

OTROS QUE HIZO LA MISMA Á LA CIRCUNCISION.

*Vertiendo esta sangre,
¡Dominguillo, eh!*

Yo no sé por qué.

Por qué te pregunto,

Hacen dél justicia,

Pues es inocente

Y no tiene malicia ;

Tuvo gran codicia

Yo no sé por qué
De mucho amarme;
¡Dominguillo, eh!
Pues luégo en naciendo,
¿Le han de atormentar?
—Sí, que está muriendo
Por quitar el mal.
¡Oh que gran Zagal
Será por mi fe!
¡Dominguillo, eh!
Yo no sé por qué.
Tú no lo has mirado,
Que es niño inocente.
—Ya me lo ha contado
Brasillo y Llorente;
Gran inconveniente
Será de no amalle,
¡Dominguillo, eh!

POESÍA XXIV.

*Pues nos dais vestido nuevo,
Rey celestial,
Librad de la mala gente
Este sayal.*

SANTA TERESA.

Hijas, pues tomáis la cruz,
Tener valor,
Y á Jesus, que es vuestra luz,
Pedid favor:
Él os será defensor
En trance tal.

CORO.

*Librad de la mala gente
Este sayal.*

SANTA TERESA.

Inquieta este mal ganado
En la oracion,
El ánimo mal fundado,
En devocion ;
Mas en Dios el corazon
Tened igual.

CORO.

Librad, etc.

SANTA TERESA.

Pues vinisteis á morir,
No desmayeis ;
Y de la gente *incivil*
No temeréis,
Remedio en Dios hallaréis
En tanto mal.

CORO.

*Librad de la mala gente
Este sayal.*

*Pues nos dais vestido nuevo ,
Rey celestial,
Librad de la mala gente,
Este sayal.*

POESÍA XXV.

*Caminemos para el cielo,
Monjas del Carmelo.*

Vamos muy mortificadas,
Humildes y despreciadas,
Dejando el consuelo,
Monjas del Carmelo.

Al voto de la obediencia,
Vamos, no haya resistencia,
Que es nuestro blanco y consuelo,
Monjas del Carmelo.

La pobreza es el camino,
El mismo por donde vino
Nuestro Emperador del cielo,
Monjas del Carmelo.

No deja de nos amar
Nuestro Dios, y nos llamar,
Sigámosle sin recelo,
Monjas del Carmelo.

Vámonos á enriquecer,
A donde nunca ha de haber
Pobreza ni desconsuelo,
Monjas del Carmelo.

Al Padre Elías siguiendo
Nos vamos contradiciendo
Con su fortaleza y celo,
Monjas del Carmelo.

Nuestro querer renunciando,
Procuremos el doblado
Espíritu de Eliseo,
Monjas del Carmelo.

POESÍA XXVI.

VERSOS QUE COMPUSO NUESTRA MADRE SANTA
TERESA DE JESUS, CON MOTIVO DE LA TRANS-
VERBERACION DE SU CORAZON.

En las internas entrañas

Sentí un golpe repentino:
El blason era divino,
Porqué obró grandes hazañas.
Con el golpe fui herida,
Y aunque la herida es mortal,
Y es un dolor sin igual,
Es muerte que causa vida.

Si mata, ¿cómo da vida?
Y si vida, ¿cómo muere?
¿Cómo sana, cuando hiere,
Y se ve con él unida?
Tiene tan divinas mañas,
Que en un tan acerbo trance
Sale triunfando del lance
Obrando grandes hazañas.

POESÍA XXVII.

OFRECIMIENTO QUE DE SÍ HACÍA Á DIOS, SANTA
TERESA DE JESUS.

*Vuestra soy, para Vos nací,
¿Qué mandais hacer de mí?*

*Soberana Majestad,
Eterna sabiduría,
Bondad buena á el alma mia;
Dios, un sér, bondad y alteza,
Mirad la suma vileza
Que hoy os canta amor así;
¿Qué quereis, Señor, de mí?*

*Vuestra soy, pues me criastis,
Vuestra, pues me redimistis,
Vuestra, pues que me sufristis,
Vuestra, pues que me llamasteis,
Vuestra, pues me conservasteis,*

Vuestra, pues no me perdí ;
¿Qué quereis hacer de mí?
¿Qué mandais pues, buen Señor,
Que haga un tan vil criado ?
¿Cuál oficio le habeis dado
A este esclavo pecador ?
Veisme aquí, mi dulce Amor,
Amor dulce, veis aquí ;
¿Qué mandais hacer de mí?
Ves aquí mi corazon,
Yo le pongo en vuestra palma,
Mi cuerpo, mi vida y alma,
Mis entrañas y aficion ;
Dulce Esposo y redemeion,
Pues por vuestra me ofrecí ;
¿Qué mandais hacer de mí?
Dadme muerte, dadme vida :
Dad salud ó enfermedad,
Honra ó deshonra me dad,
Dadme guerra ó paz cumplida,
Flaqueza ó fuerza á mi vida,
Que á todo diré que sí ;
¿Qué quereis hacer de mí?
Dadme riqueza ó pobreza,
Dad consuelo ó desconsuelo,
Dadme alegría ó tristeza,
Dadme infierno, ó dadme cielo,
Vida dulce, sol sin velo,
Pues del todo me rendí ;
¿Qué mandais hacer de mí?
Si quereis, dadme oracion,
Si no, dadme ceguedad,
Si abundancia y devocion,
Y si no esterilidad.
Soberana Majestad,

Sólo hallo paz aquí ;

¿Qué mandais hacer de mí?

Dadme, pues, sabiduría,
O por amor, ignorancia,
Dadme años de abundancia,
O de hambre ó carístia ;
Dad tinieblas ó claro día,
Revolvedme aquí ó allí ;

¿Qué quereis hacer de mí?

Si quereis que esté holgando,
Por amor quiero holgar,
Si me mandais trabajar,
Morir quiero trabajando.

Decid, ¿ dónde, cómo ó cuándo ?

Decid, dulce Amor, decid ;

¿Qué mandais hacer de mí?

Dadme Calvario ó Tabor,
Desierto ó tierra abundosa,
Sea Job en el dolor,
O Juan que al pecho reposa,
Sea yo viña frutuosa
O estéril, si cumple así ;

¿Qué mandais hacer de mí?

Sea Josef puesto en cadenas,
O de Egipto Adelantado,
Sea David sufriendo penas,
O David ya encumbrado,
Sea Jonás anegado,
O libertado de allí ;

¿Qué mandais, Señor, de mí?

Esté callando ó hablando,
Haga fruto ó no le haga,
Muéstreme la Ley mi llaga,
Goce de Evangelio blando ;
Esté penando ó gozando,

Sólo Vos en mí vivid.
¿Qué mandais hacer de mí?

POESÍA XXVIII.

Á LA CRUZ. — GLOSA.

*Cruz, descanso de mi vida,
Vos seais la bienvenida.*

¡Oh bandera, en cuyo amparo
El más flaco será fuerte;

¡Oh vida de nuestra muerte,
Qué bien la has resucitado!

Al leon has amansado,
Pues por tí perdió la vida.

Vos seais la bienvenida.

Quien no os ama está cautivo
Y ajeno de libertad;

Quien á vos quiere llegar
No tendrá en nada desvío.

¡Oh dichoso poderío,
Donde el mal no halla cabida!

Vos seais la bienvenida.

Vos fuisteis la libertad
De nuestro gran cautiverio;

Por vos se reparó el mal
Con tan costoso remedio,

Para con Dios fuiste medio
De alegría.

Vos seais la bienvenida.

OBRAS ATRIBUIDAS Á SANTA TERESA.

Desengaños de un alma religiosa, sacados de algunos papeles y escritos de nuestra santa Madre.

Cuando Dios corrige
Grandemente affige,
Mas tras un nublado
Envía un día claro.
Quien á Dios se arroja
No tendrá congoja.
Quien busca alivio en el suelo
No tendrá consuelo.
Quien su juicio ciega
Presto se sosiega.
El buen disciplinar
Es en la voluntad.
Cuando á alguno quiero
Viviendo muero.
No queriendo nada
Vivo descansada.
No hay mayor placer
Que no tener querer.
Y es pesar amargo
Este querer largo.
No es la más pesada
La cruz abrazada.
Si tú haces cruces de nada
Siempre te verás crucificada.
No te turbe nada
De lo que aquí se acaba.

Quien malas mañías há
Si se mortifica las perderá.
El amor fuerte y esforzado
Es el trabajado.

A la que es sufrida
Fácil le es cualquier vida.

A la que no se sabe sufrir
Cualquier vida le será morir.

Quien no busca su provecho
Todo lo halla hecho.

Quien quiere su comodidad
En todo halla dificultad.

La mortificacion
Alivia la afliccion.

Quien ama á Dios sin padecer
Poco tiene que hacer.

Procura siempre un modo
Que sienta bien de todo.

Y es muy buen sentir
Todo mal de ti.

El que quiere vivir contento en la Religion
Disimule su pasion.

Paga Dios un servicio con dar ocasion
De que se le haga otro mayor.

Nunca os venga bien
Yendo contra la voluntad de nuestro Bien.

Dios nos libre de haber
Las criaturas menester.

Plega á Él nos deje ver
Sin haber menester más que á Él.

Nunca se consigue el fin
Que por respetos humanos se pretende.

Versos acerca del *Amor Divino*, atribuidos á SANTA TERESA DE JESUS sobre el tema: *Oye, corazon mio, te diré lo que es amor.*

Quando el amor está obrando
Lo que tiene obligacion,
Si flaquea, si se cansa,
Si desmaya, no es amor.

Quando el amor está orando
Con amorosa atencion,
Si decae, si se entibia,
Si se inquieta, no es amor.

Quando en sequedad padece
Tormenta de una opresion,
Si no sufre, si no es firme,
Si se queja, no es amor.

Quando el amante se ausenta,
Y le deja en afliccion,
Si se acobarda y se turba,
Si se abate, no es amor.

Quando la piedad divina
Dilata la peticion,
Si no cree, si no espera,
Si no aguarda, no es amor.

Quando tiene de sí mismo
El amor satisfaccion
De que ama, de que adora,
De que sirve, no es amor.

Quando en la adversa fortuna
Y en toda atribulacion,
No es humilde, no es alegre,
No es afable, no es amor.

Quando favores recibe
En una y otra porcion,

Si los quiere, si los toma,
Si le llenan, no es amor.

Respuesta á la pregunta : *¿ Qué es amor ?*

Y pues nada de lo dicho
Se llama amor con razon,
Pregunto, corazon mio,
¿ No me dirás qué es amor ?

Amor es un dulce afecto
Del alma para con Dios,
Que termina en caridad
Comenzando en dileccion.

Si deseas padecer
Por quien tanto padeció,
Y en el padecer te alegras,
Y en la cruz, esto es amor.

Si en este mundo apeteces
Vivir en humillacion,
Y que todos te desprecien
Por Jesus, esto es amor.

Si no apetece alabanzas,
Y cuando le dan loor
Le refiere confundido,
A su amado, esto es amor.

Si en medio de adversidades
Persevera el corazon
Con serenidad, con gozo
Y con paz, esto es amor.

Si á su voluntad en todo
Contradice con teson,
Posponiéndola á la ajena

Por obediencia, es amor.

Si cuando está meditando
No apega su corazon
A los consuelos anejos
Al orar, esto es amor.

Si las dulzuras que advierte
Cuando está en contemplacion,
Sabiendo no merecerlas,
Las renuncia, esto es amor.

Si conoce su bajeza
Y la grandeza de Dios,
Y despreciándose á sí
A Dios exalta, es amor.

Si se ve igualmente alegre
En gozo, que en afliccion,
Y ni penas, ni contentos
La entibian, esto es amor.

Si se mira traspasada
De agudisimo dolor
Al contemplar á su amado
Ofendido, esto es amor.

Si desea eficazmente
Que cuantas almas crió
La divina Omnipotencia
Se salven, esto es amor.

Y en fin, si cuanto produce
Su pensar, su obrar, su voz,
Quiera que sea en obsequio
De su amado, esto es amor.

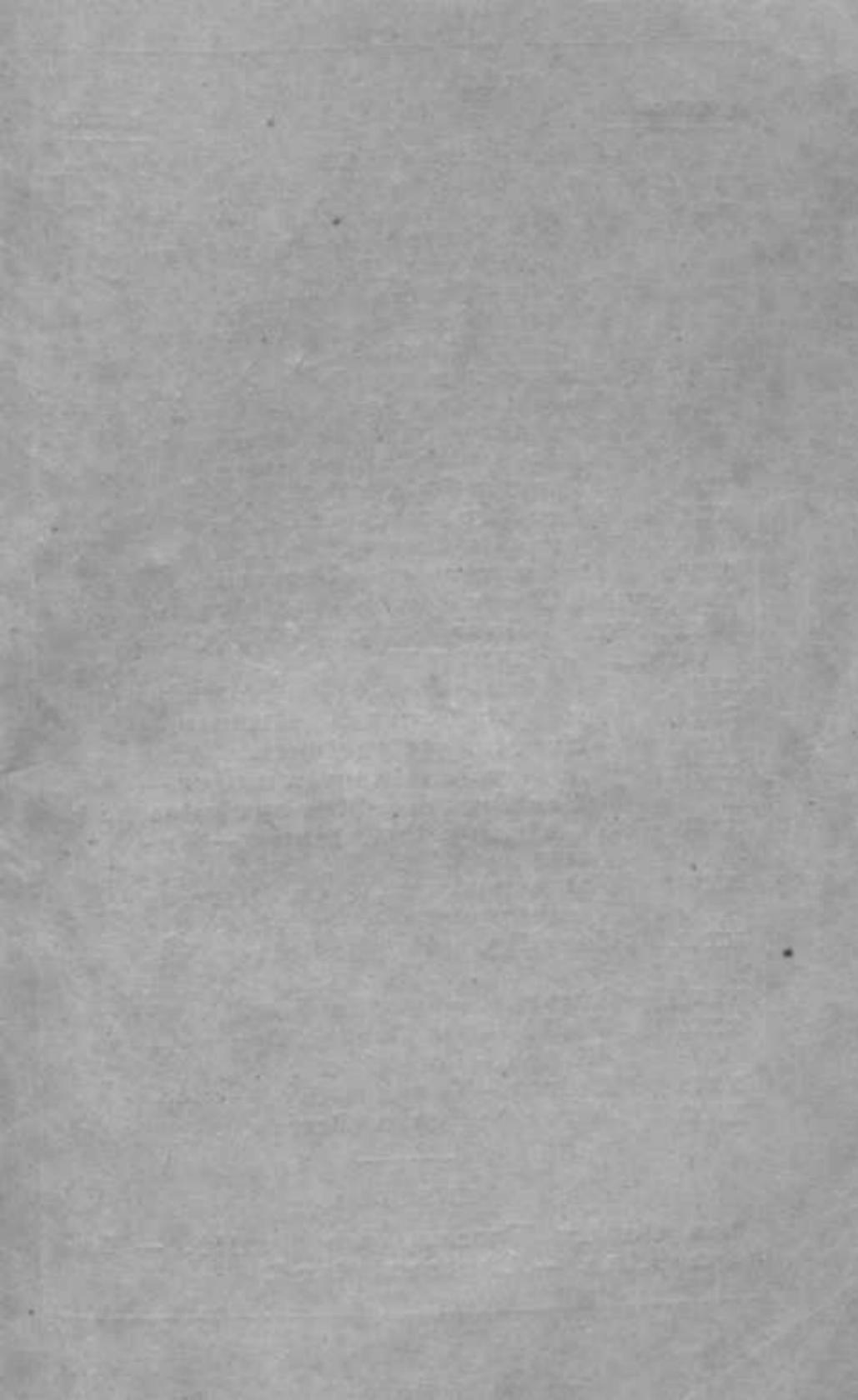
FIN.

ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
Conceptos del amor de Dios. — Prólogo.	5
Consideracion de Teressa de Jesus.	11
Capítulo primero.	13
Capítulo II.	22
Capítulo III.	44
Capítulo IV.	53
Capítulo V.	60
Capítulo VI.	65
Capítulo VII.	74
Exclamaciones.	82
Cartas.	117
Oracion.	154
Poesías.	155

INDICE

	Página
Conceptos del amor de los	7
logos	11
Consideración de las cosas de la vida	13
Capítulo primero	15
Capítulo II	17
Capítulo III	19
Capítulo IV	21
Capítulo V	23
Capítulo VI	25
Capítulo VII	27
Exclamaciones	29
Cartas	31
Oraciones	33
Poesías	35



206 TADDOO 4175 V II

VOLÚMENES EN VENTA.

TOMOS.		PRECIOS.
I	Romancero del Cid.	2 rs.
II y III	La Celestina.	4 »
IV	Edad Media, por F. Pi y Margall.	2 »
V	Fray Luis de Leon y San Juan de la Cruz, Poesías.	2 »
VI	Poesías líricas alemanas.	2 »
VII	Contradicciones políticas, por P.-J. Proudhon.	2 »
VIII y X	Romancero morisco.	4 »
IX	Novelas de Cervántes.	2 »
XI	Leyendas y narraciones de Alejandro Herculano.	2 »
XII	Espronceda, Poesías.	2 »
XIII	Werther, novela de Goethe.	2 »
XIV y XV	Obras de Larra.	4 »
XVI	Romancero caballeresco.	2 »
XVII, XVIII, XX, XXII y XXX.	Tesoro de la poesía castellana (siglos XV, XVI, XVII, XVIII y XIX).	8 »
XIX	El Diablo Mundo, Espronceda.	2 »
XXI	La Vida Nueva.—Aminta.—Sonetos y Canciones.	2 »
XXIII	La Prudencia en la mujer.—Los Tres maridos burlados.	2 »
XXIV	El Alcalde de Zalamea.—Entremeses.	2 »
XXV	Fama póstuma.—La Discreta enamorada.	2 »
XXVI.	Zorrilla.—Composiciones varias.	2 »
XXVII	Quevedo.—Los Sueños.	2 »
XXVIII	Soulié.—Las Cuatro Epocas.—Tomo I.—Los Celtas.	2 »
XXIX	Balzac.—Cuentos fantásticos.	2 »
XXXI	Obras de Santa Teresa.	2 »

EN PRENSA.

Las Cuatro Epocas, por Soulié. — Lamartine. — Chateaubriand.

THE
LAW
OF
THE
STATE

OF
THE
STATE
OF
NEW
YORK